



HARLEQUIN

Bianca™



*4*ROSOS

EL PRECIO DE UNA OBSESIÓN

CAROL MARINELLI



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2016 Carol Marinelli

© 2017 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

El precio de una obsesión, n.º 5495 - enero 2017

Título original: Return of the Untamed Billionaire

Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-9321-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Epílogo

Capítulo 1

Siempre que bailaba lo hacía para él.

Era la última representación en Londres de *El pájaro de fuego*. La última vez que había estado allí, Anya había pasado de ser una de las princesas y una suplente a bailar el papel principal. En ese momento, por aclamación popular, el impresionante ballet había vuelto y el público había ido a ver a Tatiana, el nombre artístico de Anya. El teatro estaba a rebosar y le habían dicho que esa noche había una duquesa entre el público, pero ella bailarían solo para él, para Roman Zverev. Su primer y único amor, aparte del ballet.

Las horas de ejercicios y de control absoluto, la preparación rigurosa y el anhelo de alcanzar la perfección lo hacía para sí misma, pero, cuando bailaba, lo hacía siempre para él.

En ese momento, tenía su propio camerino. Ella, como la mayoría de los bailarines, era supersticiosa y el tocador era como un altar. Estaba lleno de pequeños objetos que había ido reuniendo a lo largo de los años y los cepillos y cosméticos estaban perfectamente ordenados.

Ya había calentado, tenía los pies vendados y las zapatillas estaban usadas, tenía otro par preparado por si lo necesitaba. Ya se había recogido el pelo en un moño y se había maquillado la cara de blanco. También se había pintado con cuidado y precisión los ojos de negro y dorado para resaltar el color verde de los iris.

Todo estaba preparado.

La habían avisado de que faltaba media hora y se había bebido un zumo de coco y se había comido medio plátano. La otra mitad la había envuelto y se lo comería durante el entreacto con una chocolatina. Le encantaba el chocolate, le recordaba a Roman.

Después de comer, se limpió la boca y se puso el tocado con plumas rojas y doradas. Se lo sujetó con cuidado y lo comprobó varias veces. Una vez satisfecha, se pintó los labios de rojo y llamó a la jefa de vestuario. Se quitó la bata dorada y se puso el vestido. El corpiño era rojo con lentejuelas naranjas y doradas y el tutú, de

diez capas, tenía plumas de seda. Levantó los brazos mientras le subían la cremallera. El vestido le quedaba perfectamente y mostraba sus piernas y sus brazos largos y estilizados. Fuera, en el mundo real, la miraban y susurraban porque era menuda y estaba muy delgada, pero ese cuerpo diminuto era un manojo de músculos fibrosos y estaba en un estado de forma increíble. Lo ejercitaba todos los días. Las horas de entrenamiento y ensayos, y ese control mental implacable, le permitían realizar proezas que los demás solo podían soñar. Sin embargo, a pesar de su seguridad en el escenario, en ese momento, cuando le avisaron de que faltaban diez minutos y la jefa de vestuario comprobaba todo por última vez, se estremeció por los nervios. Ya era Tatiana, la *prima ballerina*.

–*Merde!* –dijo la jefa de vestuario para desearle suerte.

Ella asintió con la cabeza porque le castañeaban los dientes y no podía hablar. Se cubrió los hombros y los brazos con el chal de seda que había comprado para su madre.

Katya, su madre, había sido madre soltera y cocinera en un orfanato ruso. Había muerto hacía poco, pero había podido ver el éxito de su hija y eso la llenaba de satisfacción. Su madre había creído en ella mucho antes que ella misma.

Cuando era pequeña, practicaba los pasos de baile en la cocina del *detsky dom* donde había trabajado su madre. Cuando creció, ella, en vez de ir a su casa vacía, fría y diminuta, iba al orfanato y practicaba con una punzada de hambre por los guisos que cocinaba su madre. Algunas veces, los probaba a escondidas, pero, si su madre la sorprendía, le daba una torta.

–¿Quieres ponerte gorda como yo? –la regañaba Katya.

Naturalmente, habían chocado, pero solo durante su adolescencia.

–Nada de chicos –le había advertido Katya cuando la sorprendió mirando a Roman–. Y menos uno como Roman Zverev. Es problemático.

–No –había replicado ella–. Es que echa de menos a su gemelo.

–El gemelo al que pegó, el gemelo que ahuyentó.

–No –había insistido ella–. Eso fue porque Daniil se negaba a que lo adoptaran sin su hermano y fue lo único que pudo hacer Roman para que se marchara.

–No me contestes.

Esa noche, ya en casa, Katya le había hablado con más dureza.

–No puede haber chicos. Si quieres triunfar en el ballet, solo puedes centrarte en una cosa.

Ella había obedecido y no había salido con chicos. Sin embargo, unos años más tarde, lejos ya del orfanato, se había encontrado con Roman, que se había convertido en un hombre.

En ese momento, preparada para salir al escenario, miró los objetos que tenía en el tocador. Abrió una cajita, pero no sacó el envoltorio de papel de aluminio. Lo dejaría para el entreacto. En cambio, sí pasó los dedos por una etiqueta desvaída. Era la etiqueta que había cortado de las sábanas la primera vez que Roman y ella hicieron el amor, y al lado estaba un arete de oro. Esa noche, se llevó la etiqueta a los labios, volvió a dejarla en la caja y la cerró.

Llamaron a la puerta para decirle que había llegado el momento. Ella recorrió el laberinto de pasillos del viejo teatro de Londres. Le desearon *merde* muchas veces, pero ella no contestó. No hacía amigos fácilmente. Su único objetivo era llegar a lo más alto y todo el mundo la consideraba fría. Lo era, era la Reina de Hielo. Hasta que bailaba.

Mika estaba allí. Iba vestido de rojo y llevaba un pequeño tocado en la cabeza, que pronto luciría la pluma que le daría el pájaro de fuego. Se saludaron con la cabeza, pero los dos estaban absortos en los papeles que iban a representar. La prensa insistía en que eran pareja. Mika tenía cierta fama de mujeriego y se entendían tan bien en el escenario que se daba por supuesto que también se entendían después.

La verdad era que no se entendían nada bien. Ella no se sentía especialmente apegada a nadie. Lo había estado antes. Se había reído, había conocido la pasión y se había abierto a otros hasta que Roman la había abandonado, pero nunca más.

El público empezó a aplaudir y ella se quitó el chal y estiró las piernas por última vez mientras la orquesta afinaba.

–*Merde* –le deseó a Mika.

Él tomó al arco y la flecha que utilizaba en el primer acto y se convirtió en Iván, el príncipe. Anya se acercó al escenario, que era el jardín mágico. Tomó aire y apretó los dientes para contener la náusea. Después de tantos años, seguía sufriendo un miedo escénico espantoso, que aumentaba a medida que avanzaba en su carrera.

Era un papel increíblemente exigente y sentía una presión inmensa. Retrocedió unos pasos, se colocó en su sitio, tomó aire lentamente y esperó el momento.

Cuando llegó, ya no era Anya, ni siquiera era Tatiana, era el pájaro de fuego que volaba en el escenario. Era un destello dorado iluminado por un foco y pudo oír que el público contenía el aliento. Iván, el príncipe, se quedó intrigado al ver el pájaro de fuego. Se escondió detrás de un árbol mientras el pájaro de fuego, en el extremo opuesto del escenario, tomaba aire y se preparaba para asombrar otra vez al público, y lo consiguió.

El príncipe, escondido, esperaba el momento de capturar al pájaro de fuego, que tomó una fruta dorada. Ella, mientras bailaba, pensaba que el pájaro de fuego era muy hermoso. Era muy estilizado, frágil y elegante. Muy pocos sabían lo que había que sufrir para crear esa belleza y esa noche, la noche de clausura, todo ese sufrimiento se condensó mientras resplandecía y bailaba para él, para Roman, el hombre al que había amado con toda su alma. Su aventura amorosa solo había durado dos semanas, hasta que él la abandonó sin compasión. Ella creyó durante mucho tiempo que él había muerto, pero no había muerto ni le había dicho ni una sola vez que la amaba.

¿Se lo había dicho? ¿Volvería a verlo? Eso se preguntaba el pájaro de fuego una y otra vez mientras el príncipe la capturaba entre sus brazos y empezaban el *pas de deux*. Sintió un atisbo de esperanza porque la compañía iría pronto a París y ella estaba segura de que él vivía allí. ¿La buscaría Roman?, se preguntó el pájaro de fuego mientras el príncipe la elevaba al cielo.

Una vez sola en el escenario, bailó con todo lo que tenía, absolutamente con todo.

Llegó el entreacto, pero ella no contestó a lo que le decían sus colegas y se encerró en el camerino. Durante diez minutos, se limitó a recuperar la respiración. Era el papel más exigente de todos. Se comió la mitad de plátano que le quedaba y una chocolatina y cerró los ojos para no salir del espacio propio que había encontrado esa noche. El sabor del chocolate hizo que recordara cuándo lo probó por primera vez.

Ella había practicado siempre en la cocina, pero una vez, cuando era adolescente, su madre le había dicho que no podía bailar

cuando los chicos estaban comiendo porque los provocaba. Entonces, se ponía un delantal y les servía la comida en vez de bailar. Aunque le habría encantado provocar a uno en particular, a Roman. Su gemelo y él tenían talento para el boxeo y Sergio, el encargado de mantenimiento, los entrenaba y aseguraba que los gemelos Zverev saldrían adelante en el mundo del boxeo. Ella, cuando era más joven, se había reído de ellos cuando entrenaban y les había dicho que estaba mucho más en forma que ellos... y lo había estado.

La habían aceptado en una prestigiosa escuela de danza, pero volvía durante las vacaciones. Ellos eran cuatro chicos que siempre estaban juntos; Roman, Daniil, Nikolai y Sev. Los trabajadores decían que eran problemáticos, pero ella no lo creía. Sin embargo, hubo una pelea la víspera de que una familia rica de Inglaterra adoptara a Daniil y Roman ganó. Recordaba a Daniil en la cocina mientras su madre hacía lo posible para curarle la mejilla.

–La familia rica no quiere chicos feos –le había dicho Katya mientras ella llevaba el botiquín.

Ella había mirado a Daniil y había visto su perplejidad por que su hermano hubiese podido hacerle eso. Había querido decirle que era porque Roman quería lo mejor para él, le había parecido evidente que Roman no había estado enfadado con su hermano, que solo había querido que se diera cuenta de que boxearía mejor sin él. Sin embargo, no se había atrevido a decirlo delante de su madre.

El grupo se disolvió enseguida cuando Daniil se marchó a Inglaterra. Sev recibió una beca para un colegio muy bueno y se quedó interno allí. Nikolai se escapó y todos creyeron que se había tirado a un río, aunque, como habían averiguado hacía poco, solo se había escapado. Roman fue el único que se quedó en el orfanato e iba a comer en el segundo turno, el reservado para los chicos mayores y más problemáticos.

Había sido muy guapo. Tenía el pelo moreno, la piel muy blanca y unos ojos grises que algunas veces la miraban desde el extremo opuesto del comedor. Ella siempre se había fijado en él y preveía su llegada. Le ardían las mejillas solo porque había estado cerca de ella incluso en las mañanas más gélidas, cuando él iba a desayunar. Por las tardes, cuando le servía el guiso, sus dedos se tocaban algunas veces por debajo del plato que él le ofrecía.

Ella había vivido esperando esos momentos y había anhelado hablar con él, pero él estaba en la zona de seguridad y había sido un sueño imposible. Algunas veces, se había imaginado que Roman sentía lo mismo por ella, hasta que una noche, cuando sus dedos se encontraron por debajo del plato, él le dio algo y ella frunció el ceño al notar el envoltorio. Se lo guardó en el bolsillo del delantal para que su madre no se diese cuenta y no lo sacó hasta que la mandaron a la despensa a comer su sopa. Era chocolate, ¡una tableta entera de chocolate belga!

¿Cómo lo había conseguido? ¿Por qué había guardado para ella una exquisitez tan inusitada en vez de comérsela él?

Además, su madre la había descubierto. Había abierto la puerta y la había visto metiéndose un trozo de chocolate en la boca. La había regañado y le había dado una torta, pero a ella le había merecido la pena, no solo por el sabor dulce, sino, más bien, porque Roman había pensado en ella y le había regalado esa exquisitez. Había conservado el envoltorio desde entonces y en ese momento, mientras lo tocaba, sonrió por el recuerdo.

Llegó el momento de volver al escenario. Cubierta con el chal de su madre, volvió a pintarse los labios y a recorrer el laberinto de pasillos.

El pájaro de fuego voló más alto todavía. Bailó para que los monstruos quedaran entre las sombras y pensó en el amante que la había abandonado, en cómo le había destrozado el corazón cuando se marchó sin despedirse siquiera.

Sin embargo, ella había ascendido a la cumbre, había descargado todo su dolor, su rabia y su añoranza en su siguiente amor, el ballet... y, al parecer, le había correspondido porque estaba bajo los focos, era una *prima ballerina* que cautivaba al público.

Como siempre, se imaginaba que Roman estaba viéndola mientras el príncipe la tomaba y hacía que girara entre sus brazos con figuras perfectas. Esperaba que Roman lamentara dolorosamente haberse marchado sin ella.

Cuando el huevo mágico se abrió, ella se olvidó del dolor y el recuerdo de su sonrisa le llenó el corazón.

Hubo un brote de gripe en el orfanato y los huérfanos habían quedado confinados en sus dormitorios. Ella había tenido que ir a

su cuarto, en la zona de seguridad, para llevarle la sopa. Fue justo antes de que él dejara el orfanato y, por primera vez, habían estado solos durante un momento. Cuánto había anhelado bajar la cabeza y besar esos labios sombríos...

–¿Cómo conseguiste el chocolate? –le había preguntado ella.

Roman no había contestado, pero ella había sentido la calidez de su sonrisa.

Esa noche, estaba en llamas por el recuerdo. Sin embargo, se había acabado.

El pájaro de fuego no aparecía en la última escena y se sentó en el suelo con la respiración entrecortada y completamente agotada, vacía. Entonces, cuando terminó la representación, oyó los vítores y aplausos y se levantó. Cuando llegó su turno, el pájaro de fuego volvió al escenario tan sereno y hermoso como siempre para recibir los aplausos.

El público se puso en pie. Sabía que esa noche había presenciado una actuación increíble y que ella había bailado con todo lo que tenía. Tatiana hizo reverencias y recogió algunas de las muchas rosas que arrojaban al escenario. Sabía que se merecía todos los «bravos» y vítores y sonrió. Fue una ovación de diez minutos y volvió una y otra vez al escenario para recibir los aplausos. Entonces, cuando el ruido empezaba a cesar, lo oyó. *Brava krasavitsa!* «Mujer hermosa». Se quedó helada un momento, levantó la cabeza, la giró hacia la derecha y miró entre la oscuridad. No pudo verlo, pero su alma había reconocido su voz. Roman estaba allí.

Capítulo 2

No se había quedado helada por la frase, había muchos rusos entre el público y la había oído muchas veces. Había sido por esa voz profunda y, durante un segundo, en otra representación impecable, era Anya Ilyushin, la hija de la cocinera.

Todos los huérfanos la habían considerado una pija porque había tenido una madre y, más tarde, había ido a una prestigiosa escuela de danza donde no solo había aprendido a bailar, también había aprendido a andar, comer y hablar como una dama. Ellos no habían entendido que ella también había sido pobre como una rata. Antes de que fuera interna a la escuela de danza, y luego, durante las vacaciones, se había levantado antes de las cinco de la mañana en una casa heladora y había ido al orfanato con su madre. Allí, al contrario que en su casa, la cocina estaba caliente. Katya trabajaba todo el día, hasta bien entrada la noche. No solo cocinaba, también limpiaba y fregaba y organizaba los víveres. Cuando su madre dejaba la avena preparada para la mañana siguiente, volvían a su casa oscura y fría. Así día tras día. Ella siempre había esperado con avidez que llegara el día siguiente. Siempre lo había buscado cuando estaba allí, como estaba buscándolo en ese momento. Miraba entre las sombras del público, pero él no volvió a gritar. Quizá hubiese oído mal... o quizá estuviese volviéndose loca.

Volvió al camerino. Estaba agotada y anhelante. Se sentó frente al espejo del tocador e intentaba concentrarse cuando le dijeron que la duquesa aparecería enseguida.

—¿Quién más? —preguntó ella.

Había muchas personas que querían saludarla y contuvo el aliento mientras le leían los nombres.

Al año anterior, cuando representó al pájaro de fuego por primera vez, Daniil, el gemelo de Roman, había estado entre el público y había ido al camerino para cerciorarse de que era ella. Ella había corrido hacia él porque, durante una fracción de segundo, había creído que era Roman, pero vio la cicatriz y se le

cayó el alma a los pies.

Le daba miedo hacerse ilusiones otra vez. Entendía que era inevitable que saludase a la duquesa y aceptó con un gesto tenso de la cabeza. Naturalmente, estaba uno de los patrocinadores con su hija adolescente, quien también quería ser bailarina de ballet. Cerró los puños con impaciencia mientras le leían la lista.

–¿Quién más? –volvió a preguntar Anya en tono tajante.

–Hay un caballero que dice que lo recordarás como el gemelo de Daniil Zverev...

Anya parpadeó cuando le confirmaron que Roman estaba allí, aunque él no había dado su nombre.

–Te felicita por tu actuación. Dijo que siempre había sabido que lo conseguirías y me pidió que te entregara esto.

Anya miró la mano de su ayudante y vio el arete de oro que se olvidó la primera vez que hicieron el amor. Se acordaba de que esa noche volvió tarde a su casa y de que su madre le preguntó dónde había estado.

–Te falta un pendiente –había dicho Katya.

Entonces, había visto el brillo de los ojos de su hija, las mejillas sonrojadas y los labios inflamados por los besos ardientes de Roman. Le había dado una bofetada en cada mejilla.

En ese momento, se sonrojó al acordarse de su primera vez y de la felicidad que habían sentido. Además, Roman le había devuelto el pendiente.

–Dile al gemelo de Daniil que puede devolvérmelo él mismo. Puedes traerlo al camerino después de que haya saludado a los demás.

Naturalmente, anhelaba tener la pareja. Su madre le había regalado los pendientes cuando la aceptaron en la escuela de danza. Sin embargo, sería un fraude para su corazón y le quemaría en las manos si lo recibía de alguien que no fuera Roman.

Por el momento, tuvo que alinearse con el resto de la compañía y, mientras la duquesa la felicitaba por su actuación, se estremeció solo de pensar que Roman seguía cerca. Tatiana hizo una reverencia, sonrió y charló con la duquesa, pero le costaba respirar por el momento que podía acercarse.

Saludó a los demás y recibió sus felicitaciones con gentileza. Habló con la hija del patrocinador e, incluso, le regaló un par de sus

zapatillas. Efectivamente, hizo todo lo que tenía que hacer hasta que por fin se sentó en el tocador y le dijo a su ayudante que ya podía recibir al último invitado.

Se miró en el espejo y vio que le temblaban las plumas del tocado y que tenía los ojos muy abiertos, como si estuviese conmovida... y lo estaba. Iban a verse y a hablar después de tantos años. Bueno, lo había visto una vez hacía un par de años, pero fue de lejos e intentó por todos los medios no pensar en aquella vez, por todos los medios.

Llamaron a la puerta y no pudo levantarse ni darse la vuelta, solo pudo decir «adelante» en ruso. No se dio la vuelta ni siquiera cuando se abrió la puerta y volvió a cerrarse detrás de él. Tenía la carne de gallina solo de sentirlo cerca.

Entonces, apareció en el espejo. Al principio, solo vio el traje oscuro y la camisa blanca, pero eso le bastó para saber que su cuerpo seguía siendo maravilloso. Mejor que antes incluso porque parecía más alto y más ancho. Cuando se quedó detrás de ella, hizo un esfuerzo para encontrar sus ojos en el espejo.

Roman era más bello de lo que recordaba.

Tenía el pelo más corto, pero seguía siendo moreno y lustroso. Los ojos grises que la miraban fueron una advertencia para su corazón. Después de tantos años, seguían teniendo la misma capacidad de hacerle daño. No se repondría si lo perdía dos veces. En realidad, eran tres veces, pero prefirió no pensar en eso.

Parecía como si todos los años de sufrimiento que había pasado ella le hubiesen sentado bien a él. El hombre del espejo era pulcro, equilibrado y usaba una colonia embriagadora. Él dominaba sus sentidos, siempre los había dominado porque siempre tenía el mismo efecto en ella cuando estaba cerca, llevara unos vaqueros baratos o un traje hecho a medida. Sus sentidos no se preocupaban por esas diferencias, les daba igual que los dedos que había apoyado en su hombro se hubiesen hecho la manicura. Al sentir el contacto, tuvo que hacer un esfuerzo para no arquear el cuello y frotarse la mejilla en su mano. Solo sabía que él había vuelto. Cerró los ojos extasiada.

—Bravo —dijo él.

—Roman —fue lo único que le salió a ella.

Para él una sola palabra era casi demasiado; oír su nombre dicho

por ella, en ese tono ligeramente ronco, hizo que se desbordaran recuerdos que tenía encerrados bajo siete llaves.

Saber que su hermano se había casado y que la esposa de Daniil acababa de tener una hija había sido como recibir un puñetazo. Había sido doloroso saber que tenía una sobrina y que su gemelo era padre y había hecho un esfuerzo para no ponerse en contacto.

Recordaba que un empleado del orfanato habló con él el día de la pelea, el último día que los cuatro habían compartido el mismo dormitorio. Lo llamaron al despacho, pero no se había inmutado porque estaba acostumbrado a meterse en problemas.

–Daniil dice que no aceptará esta oportunidad si no te adoptan a ti también.

Él se había sentado.

–A ti no te quieren.

Él no había dicho nada.

–¿Te acuerdas de cuando erais cuatro y aquella familia os llevó de paseo?

–Nyet.

–Era un matrimonio que estaba pensando en adoptaros a los dos, pero dijeron que tú eras demasiado díscolo.

Él lo había recordado vagamente. Los habían llevado a un parque y él se había puesto de pie en un columpio por primera y única vez.

–Entonces, nosotros dijimos que preferíamos no separar a los gemelos. Roman, Daniil perdió una oportunidad por tu mal comportamiento, no permitas que pase otra vez.

–Dígale que, si va, cuando yo sea mayor...

–No –le había interrumpido inmediatamente el empleado–. Creo que no entiendes la oportunidad que es para él. Daniil recibirá una educación privada, recibirá la mejor oportunidad de tener una vida nueva. ¿Quieres que tu gemelo tenga que ocuparse de ti, sostenerte?

«Jamás».

–Tienes que hacer lo que es mejor para él y dejar que se marche para siempre.

Eso fue lo que hizo.

En ese momento, Daniil trabajaba en Londres. Roman se dijo a sí mismo que estaba allí para comprar una casa y que, si coincidía con *El pájaro de fuego*, era una casualidad. Al final, había comprado una

entrada para la representación de esa noche. Ya vestido con el traje oscuro, dispuesto para salir del lujoso hotel, se había sentado en el borde de la cama, había mirado el pendiente y había pensado en romper la entrada. Se había prometido a sí mismo que nunca volvería.

Sin embargo, había ido al ballet y lo había visto en silencio desde un palco. Tuvo que contener la respiración cuando Anya apareció brevemente en el escenario y después le pasó lo mismo. La había observado bailar y se había sentido orgulloso por lo que había logrado. Esa niña pequeña que había practicado una y otra vez en la cocina, la adolescente que se había entregado en cuerpo y alma a un sueño era una *prima ballerina*... y no habría llegado tan lejos con él. Lo sabía a ciencia cierta.

Cuando se levantó para aplaudir, pensó en marcharse en ese momento, desaparecer con el maravilloso recuerdo de haber visto a Anya en lo más alto, pero fue incapaz de resistirse y le gritó. Vio que se le iluminaba el rostro y que lo buscaba con la mirada, y se reconoció a sí mismo que se había mentido al pensar en desaparecer porque había llevado el pendiente de oro que encontró en el suelo cuando ordenaba su habitación. No, se rebatió a sí mismo, porque lo llevaba a todos lados.

Sin embargo, ¿querría ella verlo? No lo sabía.

Entonces, Anya hizo una pregunta que él no podía contestar sinceramente.

—¿Por qué estás aquí?

Hablaban en ruso y hacía mucho tiempo que él no empleaba su lengua materna, pero lo hizo con un alivio inesperado.

—Para felicitarte, claro —contestó Roman—. Lo has conseguido. Siempre supe que lo conseguirías.

Se inclinó hacia delante y ella volvió a captar su olor embriagador. También notó que su brazo le rozaba el hombro destapado mientras dejaba el pendiente en el tocador. Ella lo tomó y recordó cuando tenían dieciocho años y solo se deseaban el uno al otro, al margen del mundo.

—Me dijiste que no pudiste encontrarlo.

—No pude, pero cuando recogí mis cosas...

Había metido todas sus cosas en una pequeña mochila y se había marchado sin despedirse.

–Podrías haber ido a dármelo.

–No –replicó él–. Habríamos acabado haciendo el amor. Tuvo que ser así.

Ella no podía discutir que habrían acabado haciendo el amor y tampoco podía perdonarle que hubiese decidido marcharse, pero significaba muchísimo que hubiese conservado su pendiente durante todos esos años. Quiso abrir la cajita y meter el pendiente con su pareja, pero decidió que lo haría cuando él se hubiese marchado. No quería que Roman supiera cuánto lo había echado de menos. Volvió a dejarlo en el tocador, se levantó y se dio la vuelta. Era diminuta en comparación con él. Le costaba respirar, pero lo miraría a la cara aunque ver todo lo que había perdido estuviera a punto de matarla.

Estaba impecable. Tenía el pelo perfectamente cortado, estaba bien afeitado y olía a colonia cara. El traje era tan exclusivo que levantó una mano para tocarle la solapa. Su pecho era como un muro de músculos y notó que se le llenaban los ojos de lágrimas al ver a ese Roman tan distinto del joven pobre que había conocido.

Él le tomó la mano con la intención de retirarla porque ese contacto era excesivo, pero acabó apretándosela. Ella lo miró a los ojos y fue como si se esfumaran todos esos años que habían estado separados. Nadie podía emocionarla como Roman, y a él le pasaba lo mismo.

–¿Dónde has estado? –preguntó ella.

Él no contestó cuando ella necesitaba saber tantas cosas, casi podía sentir la reticencia de él.

–Da igual.

–A mí no.

–No puedo quedarme mucho tiempo.

Roman sacudió la cabeza, aunque no le soltó la mano.

–Al menos, podrías llevarme a cenar. Tenemos que hablar de muchas cosas.

–¿No tienes que ir a una fiesta? –le preguntó Roman.

Oculto entre las sombras, había visto que ella recibía la felicitación de la duquesa y había oído la conversación. Seguían agarrados de la mano, pero los dedos se habían entrelazado y las palmas palpitaban mientras la llama que nunca se había apagado volvía a reavivarse con fuerza.

–Puedo perdérmela.

–No –él sacudió la cabeza–. La última vez que fuimos a cenar no salió muy bien, ¿te acuerdas?

Ella tuvo que contener la risa al acordarse de la única vez que habían estado juntos en un restaurante. Roman, que intentaba abrirse camino como boxeador, había empleado el dinero ganado en un combate para llevarla a cenar el Día de San Valentín. El Día de San Valentín era relativamente nuevo en Rusia, pero ella había querido celebrarlo. Ella había querido flores y, naturalmente, chocolate, pero Roman la había llevado a un restaurante. No les dejaron entrar en el primer restaurante porque Roman no llevaba chaqueta y corbata y el otro había sido un infierno. Le dieron la carta a él, que ni siquiera sabía que existía algo así. También había una carta de vinos.

Él había querido darle todo, pero no tenía nada que darle. Nada. Sin embargo, se había ocupado de su cuerpo dolorido por los ensayos y le había aliviado el pánico que sentía mientras se preparaba para una audición muy importante. Se habían tumbado en el cuarto de él y habían hablado, habían vislumbrado un porvenir, aunque Katya le había dicho que sería un porvenir imposible.

Entonces, sin previo aviso, él se había marchado.

–Me abandonaste...

Anya lo dijo con el dolor que había sentido entonces y notó la calidez de su mano mientras le golpeaba el pecho con un dedo.

–Anya, tuve que hacerlo. No estarías donde estás ahora si me hubiese quedado.

–Eso no lo sabes.

–Pero es verdad –replicó Roman–. Querías ir a San Petersburgo y fuiste.

–Tú también habrías podido ir. Podríamos haber alquilado un piso...

–No habría salido bien, Anya. Yo no podía pagar un piso y tampoco podía quedarme de brazos cruzados y no decir nada sobre...

Él no terminó la frase, pero los dos sabían a qué se refería.

Aquella noche en el restaurante había sido un desastre. Se habían marchado y habían vuelto a la pequeña habitación que tenía

él. Había sido el más sombrío de los días de San Valentín. Roman se había quedado tumbado porque sabía que la había abochornado con sus malos modales.

No. Ella se había quedado mirando al techo y preguntándose cómo podría deshacerse de la cena de tres platos. Habían comido carne con un acompañamiento de rábano picante y remolacha, que le encantaba, y habían bebido vino. Sin embargo, una comida copiosa era lo que menos le convenía para una audición tan importante. Ella había sabido que él se había gastado todo lo que tenía y Roman había creído que una buena comida la ayudaría al día siguiente. Sin embargo, le había caído como plomo en el estómago y ella había sabido que le pesaría.

Cuando estuvo segura de que él se había dormido, fue al diminuto cuarto de baño, se arrodilló e hizo lo que tenía que hacer para que todo saliera bien al día siguiente.

En ese momento, volvió a sentir la misma vergüenza que sintió entonces cuando se encendió la luz. La discusión fue tan apasionada como eran ellos.

–¿Puede saberse qué estás haciéndote? –le había gritado Roman.

–No entiendes lo dura que es la competencia.

–¡No hay nada que compense eso! Anya, tu madre se equivoca al decirte...

Él no llegó a terminar la frase. Ella, abochornada porque la había sorprendido, e intentando salvar la situación, salió en defensa de Katya.

–Ella hace lo que es mejor para mí. Roman, tú no entiendes a las familias.

Ella se había arrepentido inmediatamente de lo que había dicho porque Roman cerró los ojos. Fue la última conversación que tuvieron.

Efectivamente, pensó Anya, quizá él no hubiese podido quedarse de brazos cruzados mientras ella hacía lo que tuviese que hacer para llegar a donde había llegado. No había vuelto a provocarse el vómito, se había limitado a medir las raciones y a trabajarse el cuerpo, pero muy pocas personas entendían la disciplina que se necesitaba.

–¿Dónde has estado? –volvió a preguntarle ella.

–En Francia. Córcega...

–Entonces, ¿te alistaste en La Legión Extranjera?

Ella miró la mano inmensa que agarraba la suya e intentó contener las lágrimas.

–Sí.

Anya sabía lo de La Legión Extranjera francesa porque él le había contado que era una posibilidad y, cuando desapareció, indagó un poco. Los legionarios recibían un pasaporte y un certificado de nacimiento nuevos, una identidad nueva. Sus pasados quedaban borrados. Eso significaba que el soldado que amaba podía morir y que ella no se enteraría.

–¿Lo preferiste a estar conmigo?

–Lo necesitaba, Anya. Necesitaba empezar de cero.

–Entonces, ¿cuál es tu nuevo nombre?

Él no contestó y ella supo que no podía revelar su nueva identidad. Ni siquiera debería estar allí porque estaba absolutamente prohibido que visitara su pasado.

–Roman –contestó Anya a su propia pregunta.

Siempre sería Roman para ella. Quizá hubiesen cambiado los detalles, pero seguía siendo Roman para su corazón. Nunca había dejado de sentir lo que había sentido por él, pero, en ese momento, era más intenso.

–¿Sigues en La Legión?

–No.

–¿Cuánto tiempo estuviste allí?

–Diez años.

Eso significaba que había estado hasta los veintiocho años, y como tenía treinta y dos, faltaban cuatro años.

–Entonces, ¿por qué estás aquí?

Porque, a pesar de todas las promesas que se había hecho a sí mismo, no había podido quedarse lejos.

–Tenía que comprobar con mis propios ojos que estás bien.

–¿Luego te marcharás?

–Sí.

Tenía que marcharse, no quería complicarle la vida a ella, como había hecho siempre.

Además, había leído que estaba saliendo con Mika. Siempre había dado por supuesto que los bailarines de ballet solo eran chicos guapos con mallas. Esa noche había cambiado de opinión.

—Anya, he venido para comprobar que te va bien y está claro que te va bien.

—Entonces, márchate.

Él, sin embargo, no se marchó. Se quedaron mirándose, mantenían una conversación con los ojos, no con la boca, como hacían al principio. Ella le preguntó, sin decirlo, si la había echado de menos. Sus ojos le contestaron que sí. Tenía unos intensos y ardientes ojos grises y también podían hacer que ella ardiera por dentro. Le miró la boca pintada y supo que iba a besarla porque había tomado un pañuelo de papel del tocador y estaba quitándole el pintalabios. Ella se lo permitió. Roman, mientras le sacaba a la luz la carne de los labios, sabía que debería marcharse. ¿Acaso había creído que podría ir a verla bailar y marcharse sin más?

Era imposible.

Se miraban a los ojos y respiraban al mismo ritmo que la primera vez que se habían besado. Aquella vez, ella había salido de la entrada de artistas y se había encontrado con Roman. Esa noche, sin embargo, cuando ella llevó las manos a su rostro, él no dio un respingo, al contrario que la otra vez. Se limitó a sentir los dedos que le recorrían el rostro con delicadeza.

Era un rostro muy bello. Los pómulos altos, los ojos grises que llevaba grabados en la mente y los labios la habían llevado a la gloria y que le permitirían volver a vislumbrarla.

—Voy a darte un beso de despedida —dijo Roman.

No le preguntó si podía besarla, Roman nunca había tenido que pedirlo. Fue un beso delicado y eso la sorprendió porque sus besos siempre habían sido ardientes y algo implacables. Sin embargo, en ese momento, bajó la cabeza, le tomó la barbilla entre las manos y besó sus labios con delicadeza, y se redescubrieron el uno al otro. Anya separó los labios y él introdujo la lengua en su boca. Se paladearon, cuando se habían devorado, pero, entonces, volvió a besarla implacablemente. La estrechó contra sí y Anya pensó que nunca la había abrazado con tanta pasión. Sencillamente, poseyó su cuerpo y su boca devastó la de ella mientras el tutú se estrujaba contra su traje. Tomó su boca con un beso tan apasionado y profundo que hizo que llevara las manos a su pecho solo para sentir su fuerza, no para apartarlo.

La abrazó con más fuerza. Tenía la mano en la parte más baja de

su espalda, era cálida y sensual, y la tela del tutú no fue un impedimento para que la bajara más y le acariciara el trasero. Las lenguas se entrelazaban, la pasión era cada vez más intensa y ya no podía decirse que fuera un beso de despedida porque sus cuerpos estaban saludándose otra vez. Lo notaba contra el abdomen y su otra mano estaba acariciándole un pecho por encima del corpiño. Le pasaba el pulgar por el pezón y anhelaba tener el pecho desnudo en su mano.

–Tatiana...

Llamaron a la puerta y la jefa de vestuario pidió permiso para entrar. Dejaron de besarse, pero él no dejó de acariciarle el pecho y se miraron a los ojos. Podía notar su erección, pero, sobre todo, podía notar que su cuerpo era más fuerte y lo anhelaba, lo anhelaba después de todos los años que le había negado sus caricias y su cuerpo. Debería decirle que se marchara y tenía la ocasión perfecta.

Roman sabía que debería marcharse.

Sin embargo, sus ojos se dijeron que una vez más, que solo esa vez. Sus cuerpos podrían darse un beso de despedida.

–Ya me ocuparé yo del vestido –gritó Anya en ruso–. Déjame.

Ella sabía que Roman se ocuparía de su vestido y, sin decir una palabra, cerró la puerta con llave. Él había vuelto. Era la noche de clausura para ellos.

Capítulo 3

Anya se estremeció de deseo, no de miedo escénico. Sus piernas, que hacía poco habían realizado las piruetas más increíbles, casi no podían andar cuando él la tomó de la mano y la llevó a la silla del camerino. Se sentó y él se arrodilló con una rodilla en el suelo, le desató las cintas de seda de las zapatillas y se las quitó. Anya hizo un gesto de dolor, siempre le dolía quitárselas después de una representación. Había sangre en la punta de las mallas, aunque se había vendado minuciosamente los pies. Él le acarició las plantas de los pies y los doloridos talones y luego subió las manos por los tensos gemelos. Roman notó que tenían los músculos rígidos y se los alivió un momento mientras Anya se apoyaba en su hombro y deseaba que subiera la mano.

–Ven –susurró él en un tono grave que hizo que ella vibrara.

Roman se levantó y ella también se puso de pie levantando los brazos. Él sabía ser cuidadoso, encontró la cremallera disimulada y la bajó. Ella se quitó el vestido mientras él lo sujetaba.

–No me digas que estoy demasiado delgada...

–Shhh...

Él no quería revivir aquella última discusión y tomó la cinturilla de las mallas y se las bajó. Quedó desnuda, salvo por los vendajes de los pies. Anya volvió a sentarse y él empezó a quitárselos. Sin poder evitarlo, le acarició el lustroso pelo moreno, no podía creerse que él estuviese allí después de tantos años separados.

Roman, de rodillas todavía, levantó la mirada y observó su cuerpo. Vio sus pequeños pechos y ella cerró los ojos cuando le pasó la lengua por uno y sopló antes de tomarle el pezón entre los labios. Introdujo los dedos entre su pelo mientras le tomaba un pecho con la boca y succionaba antes de hacer lo mismo con el otro. Los tomó con tanta vehemencia que le dolió y le temblaron los muslos, pero él los sujetó con las manos.

–Roman...

Estaba embriagada de él, anhelaba estar con él, y, cuando retiró

la boca, contuvo la respiración y lo observó mientras le separaba los muslos y la miraba. Anhelaba que hundiera ahí la cabeza, pero él la acarició un momento, introdujo los dedos y trazó la figura de un ocho sobre el clítoris. Sonrieron al acordarse de la primera vez, cuando ella tuvo que decirle dónde estaba. Entonces, él solo se había preocupado de su propio placer... al principio. Hasta que descubrió el escondite de su felicidad.

En ese momento, retiró los dedos y se levantó. Ella podía ver su erección y pasó la mano por encima una y otra vez mientras él se soltaba el cinturón. Ella se lo quitó mientras él se deshacía el nudo de la corbata y se desabrochaba la camisa, pero se dejó la camisa y la chaqueta puestas.

Anyá pensó que era bello, se pasó la lengua por los labios y bajó la cabeza para paladearlo un poco... que se convirtió en algo más.

Las plumas del tocado oscilaban y le acariciaban con delicadeza el granítico abdomen, al contrario que su diestra boca, que lo cautivaba con sus rápidos movimientos. Roman dejó escapar un gemido que ella ya conocía y la excitaba completamente. Lo tomó más profundamente, pero fue más lenta mientras él le quitaba las horquillas del tocado y, olvidándose de todo cuidado, lo tiraba a un lado mientras le bajaba la cabeza.

Le soltó el pelo y luego le levantó la cabeza. Estaba al borde del clímax y ella volvió a pasarse la lengua por los labios. La levantó, quitó la silla con un pie, apartó los objetos que tenía cuidadosamente dispuestos en el tocador y la sentó encima. Ella lo acarició mientras él colocaba el espejo para que hubiese cientos de reflejos de ellos. Luego, le separó los muslos y, con su voz grave, le dijo que iba a llenarla de placer. Ella se agarró al borde del tocador y se arqueó hacia atrás mientras él entraba. Se reprodujo el dolor y el éxtasis de la primera vez.

A Roman siempre le había encantado observarlos y, en ese momento, le separó más las piernas para ver cómo entraba y salía. Ella miró al espejo. Había cientos de Anyas y Romans, cientos de imágenes cuando debería haber cientos de recuerdos, todos los que él le había negado a ella.

–Te odio porque te marchaste –sollozó ella cuando él empezó a acometer más deprisa.

Luego, apretó los labios con todas sus fuerzas para no revelar

más lo dolida que estaba.

Él no miraba los espejos, miraba hacia abajo y entonces, cuando tuvo que sentir su cuerpo más cerca, la tomó en brazos para sentir su cuerpo sobre su pecho desnudo. Anya lo rodeó con las piernas, se movió sobre él, volvió a bailar a pesar de todo lo que había bailado esa noche. Se aferraba con las piernas de bailarina alrededor de su cintura mientras los poderosos muslos de él le permitían acometer con más fuerza. Roman la agarraba del trasero y la movió rítmicamente hasta que ella se estremeció por dentro.

–Quédate quieta... –le pidió él.

–No puedo.

–Quiero sentirte.

Él sabía que estaba llegando y la agarró con más fuerza para que no se moviera. Conocía su cuerpo y tenía razón porque, cuando la dejó quieta, ella notó que él se quedaba rígido, dejaba escapar un gruñido primitivo y cumplía su promesa, la llenaba de placer. La sensación de su explosión dentro de ella la arrastró al más intenso de los climas. Le recorrió toda la espalda entre palpitaciones para exprimirle hasta la última gota y anheló más.

Se besaron e, incluso en ese momento, ella supo que podría tenerlo otra vez. Tal era su deseo que, con las frentes apoyadas una en la otra, ella supo que podría recuperarlo con un par de movimientos de las caderas, que podrían empezar otra vez y volver a buscar el olvido.

Sus bocas se encontraron y sus lenguas se persiguieron mientras sus caderas hacían exactamente eso, mientras lo conservaba dentro con unos movimientos rítmicos... hasta que llamaron a la puerta.

Anya cerró los ojos con desesperación y le comunicaron que iba a llegar el coche para llevarla a la fiesta. Sus labios se separaron y, mientras Roman la bajaba, ella deseó que sus pies no tocaran nunca el suelo, pero lo tocaron. Apoyó la cabeza en su pecho e inhaló su olor, el olor de los dos.

–¿Me amaste?

Anya tenía que saberlo, pero él no contestó. Habían pasado casi catorce años y seguía sin saberlo. Catorce años sin verlo. Aunque eso no era verdad del todo porque él se presentaba periódicamente en sus sueños. Además, también lo había visto una vez más desde entonces, una vez que había intentado borrar de su memoria. Algo

que habría preferido no ver jamás, pero lo vio.

Miró su boca, su leve sonrisa, y ella sabía lo raro que era que Roman sonriese. Entonces, cuando lo miró a los ojos, ¿captó cierto brillo triunfal? ¿Era una sonrisa jactanciosa por lo fácilmente que podía tenerla, que, después de todos esos años, podía aparecer y ella se derretiría como una vela por su llama?

Sintió rabia contra él, pero más rabia todavía contra sí misma por lo fácilmente que había sucumbido. La rabia se adueñó de ella. Sabía muy bien lo que había visto hacía dos años. Volver a verlo había sido un alivio muy pequeño porque el hombre que amaba no había muerto en el campo de batalla. Había sentido rabia, la misma rabia que sentía en ese momento.

Levantó la mano y le dio una bofetada, que él recibió casi sin inmutarse. Luego, le preguntó lo que quizá debería haberle preguntado antes.

—¿Qué tal está tu esposa?

Capítulo 4

Efectivamente, debería habérselo preguntado antes. Sin embargo, su amor había sido siempre así, tan intenso y absorbente que no quedaba sitio para nada que no fuesen ellos dos.

Roman estaba seguro de que, si Anya hubiese estado casada y tuviese trillizos, si hubiese estado trabajando en un almacén, su primer encuentro, después de tantos años, habría sido igual.

Tenían que tenerse el uno al otro... y por eso tenía que dejarla marchar.

–¿Lo sabes? –Roman frunció el ceño–. ¿Cómo lo sabes?

–Te vi en París hace dos años, cuando estaba actuando allí –contestó Anya–. Estabais tomando algo en el café de una plaza y os besabais al sol de la tarde...

Había sido un suplicio verlo y era un suplicio recordarlo en ese momento. Ella iba corriendo del hotel al teatro para preparar la representación. Había ascendido a solista y había representado el papel de Violente, una de las hadas de *La bella durmiente*. Además, había sido suplente del Hada de las Lilas, un papel protagonista.

Aquella noche representaría al Hada de las Lilas por primera vez y había sido en lo único que podía pensar hasta que entró en la plaza y su paso acelerado se detuvo bruscamente. Era Roman, con toda certeza. Se había quedado petrificada.

Roman estaba sentado en una terraza al sol de última hora de la tarde y aunque su corazón lo había reconocido, ella no había entendido al hombre impecablemente vestido que se recostaba en una silla... ni por qué había una mujer de mediana edad a su lado. Había apretado los dientes con la garganta atenazada por la rabia cuando esa mujer se inclinó y lo besó. Había fruncido el ceño cuando pudo ver el resplandor de la alianza de ella y, por un instante, había dado por supuesto que él estaba teniendo una aventura con una mujer mayor y casada. Eso ya le dolió bastante, pero entonces, cuando dejaron de besarse, él levantó su taza y todo su mundo se nubló cuando vio que él también tenía una alianza en

el dedo.

El grito que había dejado escapar había pasado inadvertido para los viandantes. Bueno, en ese momento se acordó de que una mujer había girado la cabeza para mirarla.

Entonces, cuando había creído que su corazón había muerto, comprobó que Roman, su amor latente y en la distancia, estaba torturándose, que había tomado la mano de su esposa y se besaban otra vez. Había querido gritar de rabia, había querido abalanzarse sobre ellos y preguntarle a Roman cómo podía engañarla. Así era exactamente como se sentía, como si lo hubiese sorprendido teniendo una aventura. Sin embargo, había sido incapaz de enfrentarse a él. Había estado tentada de volver a la diminuta habitación de su hotel y quedarse llorando, pero la actuación de aquella noche era vital. Por primera vez en su vida, había llegado a creer que no podría salir al escenario, había dudado que pudiera bailar en la noche más crucial de su carrera.

Sin embargo, había conseguido llegar al teatro y había sacado todos sus pequeños tesoros, el anillo, el envoltorio de la chocolatina y la etiqueta de la sábana. También pensó en tirarlos, pero, en vez de eso, lloró encima de ellos, volvió a llorar por ellos dos.

Sin embargo, acabó levantándose y aquella noche bailó como no había bailado jamás, aunque su furia le duró hasta ese momento.

–Entonces, ¿qué tal está? –volvió a preguntarle Anya mientras se cubría con una bata y Roman se recolocaba la ropa–. ¿Te espera entre bastidores? –ella le miró el traje impecable–. Viste muy bien a su muñeco...

–Mi dinero es mío –replicó Roman.

–Por favor... Tú no tienes nada.

–No tenía nada cuando te conocí. He hecho una fortuna.

–Sandeces. Encontraste una esposa rica. La vi allí sentada y recubierta de joyas. Dime, ¿qué tal está?

–Estaba maravillosamente.

Roman quiso comunicarle que su esposa había muerto y que defendería a su difunta esposa y la indefendible realidad de que había tenido otra mujer después de Anya.

–No vuelvas a hablar mal de ella, Anya, o mi reacción no iba a gustarte.

Anya sintió un violento arrebato de celos mientras él seguía

hablando.

–Celeste murió hace un año.

Había dos cosas en esa declaración que ella no podía soportar. Que sabía el nombre de su esposa y que él no la había buscado a pesar de que su esposa había muerto hacía un año. Sin embargo, ¿qué esperaba? Tampoco había buscado a su gemelo idéntico. Roman era el más frío y complejo de los hombres, sus ojos grises siempre habían sido un misterio y ella se los miró.

–¿Sabías entonces que estaba actuando en París?

–Sí.

–¿Fuiste a verme? –le preguntó Anya, que siempre bailaba para él.

–No –contestó Roman–. Celeste quería ir, pero me busqué una excusa para no ir y fue con una amiga.

–¿Por qué?

Él no quería contestar. Sabía perfectamente a qué noche se refería Anya. Celeste y él habían estado sentados en una terraza mientras esperaban a que llegara la amiga.

–¿Por qué no quieres venir al ballet? –le había preguntado Celeste.

–Es que... –él no había terminado la frase y se había encogido de hombros.

–Estamos rompiendo, ¿verdad? –Celeste se había inclinado y lo había besado–. No pasa nada, Roman, pactamos dos años.

Esos dos años iban a cumplirse enseguida, pero Celeste se había enterado de que estaba gravemente enferma y de que solo le quedaban seis meses de vida. Él había dado un sorbo de café y había tomado una decisión.

–No voy a dejar que lo afrontes sola.

Él le había tomado la mano.

–Te acompañaré mientras lo pasas –le había prometido él rubricándolo con un beso.

Un beso que, al parecer, había presenciado Anya.

–¿Por qué? –insistió Anya–. ¿Por qué no fuiste a verme? ¿Te daba igual?

–No –contestó Roman–. Prometí que sería fiel a mi esposa y verte bailar me habría parecido una infidelidad.

Eso fue lo único que le permitió entrever que los sentimientos

habían permanecido a lo largo de los años. No entendía a Roman y él no le ofrecía nada que pudiera ayudarla a entenderlo.

–¿Por qué no le has dicho a Daniil que estás en Londres? –le preguntó ella en tono desafiante.

–No sabes si se lo he dicho o no.

–Sí lo sé porque he estado esta tarde en casa de Daniil.

Roman no dijo nada, pero ella vio que apretaba los dientes al darse cuenta de que Anya y su hermano estaban en contacto.

–Se ha casado...

–Lo leí en el periódico –la interrumpió él.

–Acaban de tener un bebé.

–También lo he leído.

–Él sigue buscándote. No sabe si estás vivo o muerto.

–¿No le has contado que me viste en París?

–No.

Anya no se lo había contado porque le hubiera gustado no haber visto a Roman en un café besando a una mujer que no era ella.

–Quizá se lo cuente la próxima vez que lo vea –añadió ella provocadoramente–. ¿Sabías que van a bautizar a tu sobrina el domingo que viene?

Ella lo miró mientras él cerraba los ojos.

–Es posible que borraras tu pasado cuando estuviste en La Legión, pero los demás seguimos con nuestras vidas. Tu sobrina se llama Nadia...

–Anya... –él levantó una mano para que ella no siguiera, pero no le hizo caso.

–Sev también estará allí, con Naomi, su esposa...

Ella podía oír su respiración entrecortada mientras lo bombardeaba con nombres del pasado, nombres de personas a las que había querido, y a las que había preferido dejar de ver.

–Nikolai va a ir. ¿Te acuerdas de que le gustaban los barcos? Pues ahora tiene un superyate.

–Eso es mentira –replicó Roman–. ¿No te acuerdas? No, claro, estabas en la escuela de danza. Nikolai se escapó y se suicidó.

Habían sido momentos muy dolorosos y sombríos. Todavía podía acordarse de la noche en que les comunicaron que habían sacado el cuerpo de Nikolai del río. Él había pedido hablar con Sev porque sabía que estaría destrozado. Al fin y al cabo, Sev y Nikolai

habían sido amigos íntimos. Le denegaron aquella petición y él se encerró en su cuarto. No había llorado, no habría sabido cómo hacerlo, pero aquella noche, mientras pensaba en el tormento mental de Nikolai, había estado más cerca que nunca de desmoronarse.

En ese momento, Anya estaba diciéndole que Nikolai estaba vivo.

–Nikolai se escapó, pero el cuerpo que sacaron del río no era el suyo –le explicó Anya.

Roman disimuló sus sentimientos, como había hecho siempre y como había perfeccionado en La Legión, pero al oír que Nikolai estaba vivo y que todos sus amigos estarían juntos el domingo siguiente, tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para que su voz no se alterara.

–¿Tú también estarás allí?

–Sí. Voy a volver de París solo para eso.

–¿A volver?

–Mañana nos vamos allí.

–¿Nos?

–La compañía de danza.

Él quiso preguntarle por Mika, pero no lo hizo. Se dijo a sí mismo que había sido una aventura de una noche por los viejos tiempos.

Volvieron a llamar a la puerta y les dijeron que el coche estaba allí para llevarla a la fiesta de despedida.

–¡Puedo esperar! –gritó Anya.

–Deberías irte –le dijo Roman–. Si no, tu madre volverá a decir que soy un saboteador.

–Ella murió, Roman, y, por favor, no me pidas una disculpa falsa.

–No lo haré.

Él odiaba a Katya más de lo que Anya podía imaginarse.

–Me marcharé para que te prepares para la fiesta.

–Entonces, ¿tenemos relaciones sexuales y te marchas? –preguntó Anya en tono desafiante mientras dejaba escapar una risotada despectiva–. Nada ha cambiado, ¿verdad?

Lo observó mientras él se miraba en el espejo. Sabía que lo hacía por ella, que no daría una buena imagen si salía con restos de su

maquillaje, pero el aspecto desaliñado de él la hizo arder por dentro. Roman se alisó el pelo, se ajustó la corbata y se quitó con un pañuelo de papel los restos de maquillaje que tenía en la cara.

Fue a darle un beso en la mejilla y ella se apartó, pero lo llamó cuando llegó a la puerta. Tenía que saber algo más.

–Roman, ¿cómo conociste a tu esposa?

–Da igual.

–A mí no me da igual. Quiero saberlo. ¿Fue amor a primera vista o querías su dinero? Dímelo, Roman, ¿cómo la conociste?

–Contesté a un anuncio. Ella estaba buscando un marido.

Esa sórdida confesión fue como si le hubiese arrancado el corazón y lo hubiese pisoteado. Él, en vez de buscarla, se había limitado a contestar a un anuncio.

–¡Malnacido!

–Sí.

–Eres un gigoló, Roman. Te odio.

–¿Por qué? ¿Porque me busqué la vida?

Ella no contestó. Efectivamente, lo odiaba por buscarse una vida donde no entraba ella y nunca le perdonaría que se hubiese casado con otra mujer.

–Vamos, Anya... –él tocó un asunto del que no quería hablar especialmente con ella–. No irás a decirme que no has estado con nadie.

–Claro que sí –contestó ella–. ¿Acaso creías que iba a estar esperándote?

Era mentira. No había habido nadie más. Lo único que tenía era la danza. No solo se había conservado en hielo, se había convertido en hielo. Nadie podía llegar a parecerse al recuerdo que tenía de él y se había alejado de todos los demás.

–Me alegro de haberte visto, Roman –siguió ella–, pero, por favor, no esperes que se repita en París, preferiría que no aparecieras –fue a dirigirse hacia la ducha, pero cambió de opinión–. Tienes que decirle a tu gemelo que sigues vivo, si no, lo haré yo. Tú has decidido reaparecer y ya no pienso seguir guardando tus secretos –le dio la dirección de Daniil–. Cambió de nombre hace un par de años para que pudieras encontrarlo. No puedo creerme que no te hayas pasado todos los días buscándolo.

Entonces, miró al hombre que le había dado la espalda a la vida

que podían haber vivido juntos y pudo entenderlo.

–Espero que ella compensara.

–¿Compensara qué?

El final de ellos dos.

–Vete –contestó Anya.

Quería que se marchara en ese momento y él, como se trataba de Roman, se marchó sin más. Anya no volvió a llamarlo por orgullo.

Se duchó y se vistió apresuradamente para la fiesta. El aire del secador soplaba con suavidad alrededor de su cara, pero todavía le temblaban las manos por la breve reunión. Se puso un vestido gris claro, unos zapatos de tacón y salió. Los colores vivos los reservaba para el escenario.

–¿Dónde te habías metido? –le preguntó Mika cuando se montó en la limusina que los llevaría al hotel donde se celebraba la fiesta.

–Tenía que saludar a algunas personas.

Se quedaron en silencio. Anya se quedó absorta en sus pensamientos y Mika, molesto porque había tenido que esperarla, leyó lo que decían algunas redes sociales sobre la representación de esa noche. No se hicieron caso, pero revivieron en cuanto pisaron la alfombra roja porque eso daba más misterio al mundo de la danza. Se oyeron algunos gritos hacia Mika, que tenía muchas admiradoras, pero él rodeó los hombros de Anya protectoramente, sonrieron a las cámaras y entraron en el hotel.

Anya, en vez de rechazar las exquisiteces que les ofrecían, como hacía habitualmente, tomó una servilleta y un pastel de hojaldre y mordió la esponjosa masa. Más de una persona arqueó las cejas cuando se comió varios más. Normalmente, su combustible en esas ocasiones era el limón que le ponía al agua. Sin embargo, el sexo le había dado hambre... ¿o era que Roman había reaparecido? Efectivamente, la gente podía ver los cambios. Por lo que comía y porque tenía las mejillas sonrosadas y los ojos verdes le brillaban. Después de tantos años, su cuerpo se sentía vivo otra vez, aunque él le había matado el alma.

A la mañana siguiente, mientras la afamada compañía de danza se dirigía hacia una breve semana en su tierra o directamente a

París antes de que empezaran los ensayos, Anya tuvo que hacer un esfuerzo para no detener el coche y bajarse.

Roman estaba en Londres.

Una vez en el avión, mientras se abrochaba el cinturón de seguridad, quiso desembarcar. Le parecía mal marcharse cuando él estaba allí. Miró por la ventanilla sin hacer caso de la charla de sus colegas y pensó en Roman y Daniil reencontrándose después de todos esos años. Entonces, pensó en lo que había pasado la noche anterior y, a pesar de las cosas tan ásperas que le había dicho a Roman, a pesar de que se había repetido una y otra vez que había acabado con él, se consoló con una idea. Estaba segura de que lo vería en el bautizo. No había acabado, jamás lo había hecho.

Capítulo 5

Roman se despertó la mañana del bautizo y tuvo una sensación rara, hubiera querido estar despertándose en su casa de París. No estaba acostumbrado a echar de menos una ciudad o un edificio, pero, mientras se levantaba y se duchaba, se alegró de que pronto volvería a su casa.

Sin embargo, ese día, se encontraría con Daniil. Todavía no se había puesto en contacto con él. Lo natural sería suponer que querría ver a su gemelo idéntico antes que a Anya. Esa suposición habría sido errónea.

A Daniil y a él los habían abandonado cuando tenían unas dos semanas. Nunca se supo quién había nacido antes, pero siempre se había dado por supuesto que él era el mayor. Él había sido un líder nato y, aunque Daniil era duro de pelar, había cuidado de su hermano a cada paso. Había cargado con todas las culpas y solo había querido lo mejor para su gemelo. Cuando adoptaron a Daniil, él se prometió a sí mismo que iba a dejar a su gemelo en paz para siempre.

Daniil había tenido la oportunidad, la oportunidad real, de llevar una buena vida y de empezar de cero y él había insistido en que la aprovechara. Cuando Daniil se negó, cuando le había recordado que saldrían adelante como boxeadores, él le había dicho que le iría mejor solo, que él era el mejor boxeador y que, si Daniil se quedaba, lo frenaría.

Se organizó una pelea clandestina en el dormitorio y, esa noche, él había peleado antideportivamente.

—¿Lo ves, *shishka*? Me irá mejor sin ti.

Daniil estaba intentando reponerse de un puñetazo brutal que le había partido la mejilla y él había empleado el apodo que le habían puesto desde que se enteraron de que iban a adoptarlo. Quería decir «pez gordo» o algo así.

Daniil aprovechó la ocasión. No habían llegado cartas al orfanato desde Inglaterra, Daniil no había intentado ponerse en

contacto con su gemelo. Aunque él lo había echado de menos, se había consolado al saber que su hermano tenía una oportunidad.

Cuando él dejó el orfanato, había pensado en seguir la pista de Daniil, pero la idea de presentarse en su puerta, de ser una carga para su hermano, había bastado para que decidiera dejarlo en paz. Lo había pensado otra vez cuando salió de La Legión Extranjera. Él, al contrario que la mayoría de los legionarios, había amasado una considerable fortuna gracias a una conversación con un compañero de armas, Dario. Aquellos hombres no hablaban casi nunca de sus vidas previas a La Legión, al fin y al cabo, se habían alistado para alejarse de ellas. Sin embargo, una noche, cuando los dos estaban heridos en el desierto y esperaban a que llegara alguna ayuda, hablaron de sus pasados.

–Mantente despierto –le había repetido una y otra vez mientras Dario perdía y recuperaba la consciencia.

Él también quería cerrar los ojos tranquilamente, pero sabía que eso sería el final. La arena era como sal en su espalda herida y podía oír el borboteo del pecho cuando intentaba respirar. Agarró con fuerza el pendiente de oro que había sacado del bolsillo y fue como si sintiera a Anya a su lado, y mantuvo los ojos abiertos por ella.

–¡Dario! ¡Habla! –le había ordenado él.

Hubo un silencio.

–¿En qué estás pensando?

–En mi esposa –había contestado Dario–. Dejé un caos cuando me marché. Espero que ella esté bien.

Hablaban en francés, que era la regla.

–Creo que, si me hubiese quedado, me habrían encerrado –le había contado Dario–. ¿Y tú?

–No lo sé.

Él había intentado imaginarse cómo habría sido su vida si se hubiese quedado. Podría haberse ido a vivir a San Petersburgo, pero no había podido imaginarse que las cosas hubiesen salido bien allí. ¿Cómo habría mantenido a Anya? No habría podido.

Se acordó de las palabras furibundas que le había lanzado Katya. La audición de Anya no había salido bien y, según su madre, él tenía toda la culpa.

–Intenté ser boxeador, pero no llegué a ninguna parte –le había

contado él a su compañero.

–Eres un buen boxeador –había comentado Dario porque él estaba en el equipo de boxeo del regimiento de paracaidistas.

–Entonces, no sabía nada de nutrición. En cualquier caso, la verdad es que no me atraía la idea de que me pegaran para ganarme la vida. Solo era un sueño mientras éramos pequeños, una vía de escape.

–¿Erais?

Él no había contestado a esa pregunta.

–A mí se me daba bien las inversiones en el mercado de valores –había comentado Dario–. Gané mucho dinero hasta que fui un necio.

–¿Un necio?

–No me ceñí a las reglas. Tienes que saber cuándo contenerte, cuándo salir.

Dario le contó las reglas que no había seguido y le habló de agentes de bolsa y esas cosas.

Él, una vez en Provenza, mientras se recuperaba, empezó a poner las cosas en marcha. Los legionarios tenían comida y alojamiento y no había tocado casi su paga, de modo que puso ese dinero a trabajar. No tenía apego a nada ni a nadie, ni al dinero, y sí tenía mucha más disciplina que la mayoría. Eran los requisitos perfectos para entrar en el mercado de valores y le fue increíblemente bien.

Una vez recuperado de las heridas, firmó por otros cinco años más, pero dejaría La Legión siendo un hombre rico. Aun así, había cosas que desconocía, que no había vivido, y le abochornaba acudir a su hermano. La noche anterior a que se marchara, sus compañeros y él bebieron mucho. Lo echarían de menos, no podían imaginarse a un soldado mejor para acompañarlos en la batalla ni a una persona más resuelta y centrada durante aquellas caminatas interminables. Siempre había hecho todo lo que había podido para no dejar abandonado a un compañero.

–¿Qué me dices de esto...? –le había preguntado Dario mientras leían unos anuncios de contactos–. Si yo me marchara, intentaría esto. No sé lo de ir al ballet y al teatro, pero no me importaría el sexo estimulante...

Él había sonreído mientras lo leía. Ella tenía cuarenta y pocos

años y vivía en París. No daba ningún nombre, solo decía que se había resignado a no encontrar el amor, pero que quería casarse para complacer a su padre, que estaba muriéndose. Quería a alguien, preferiblemente joven y atractivo, que la acompañara al ballet y al teatro. Además, también quería un compañero estimulante para las relaciones sexuales. Entendía que el matrimonio podría no durar mucho, pero esperaba que durara dos años por lo menos. Naturalmente, ofrecía alojamiento y era una cocinera excelente, aunque prefería salir a cenar fuera.

A él le gustó su franqueza. Él, durante toda su vida, siempre había tenido comida y alojamiento, primero en el orfanato y luego en La Legión, ¡quizá también lo tuviera como amante!

Los hombres habían gritado de júbilo cuando se guardó los datos y hasta él había sonreído.

Contestar al anuncio había sido algo calculado. Nunca había vivido en una casa y mucho menos había ido al teatro. Quizá iba a un bar con los compañeros en los escasos días libres que tenía, pero jamás había ido a un restaurante, salvo aquella desastrosa experiencia con Anya.

Se dirigió a París.

Mientras intentaba acostumbrarse a vivir en un piso y a compartir una cama, comprobó que había hecho bien en no ponerse en contacto con su gemelo. Le costaba hasta aguantar el tiempo que duraba una comida; no habría podido verse con Daniil.

Las cosas mejoraron después de las primeras e incómodas semanas. Celeste, más que satisfecha con su comportamiento en el dormitorio, quiso aventurarse. Le encantaba la tarea de «pulir» a Roman. Tenía buen ojo para la moda y lo llevaba bien vestido. Aprendió a comer en platos de porcelana y a pedir en un restaurante con naturalidad. Ella cocinaba con pasión y él también empezó a hacerlo enseguida. Él siempre se gastaba su propio dinero, pero Celeste conocía el mercado inmobiliario de París y en su cartera empezó a haber casas además de acciones, aunque, como le pasaba con las acciones, no tenía apego a ninguno de los inmuebles.

¿Y las relaciones sexuales?

Naturalmente, eran abundantes, pero, si bien empezaron siendo casi obscenas, el afecto y la delicadeza fueron aumentando tanto

que al cabo de los dos años, Celeste cayó enferma y él siguió casado con ella. Permaneció a su lado, igual que nunca había dejado abandonado a un compañero. Se convirtió en el profesor y le demostró que, si se centraba y era resuelta, seis meses de vida podían llegar a ser un año.

–Eres lo mejor que me ha pasado en la vida –le había dicho Celeste justo antes de morir.

Naturalmente, su patrimonio pasó a manos de su hermana, quien había parpadeado de sorpresa cuando él no impugnó el testamento. Todos habían dado por supuesto que lo había hecho todo por el dinero.

Sin embargo, se habían equivocado.

Lo había hecho por la educación, para pasar de instituciones reglamentadas, como el orfanato y La Legión, al mundo real.

Después de su muerte, dejó el hotel donde estaba alojado y fue al distrito ocho para ver un piso que quería comprar como inversión. Cuando tomó el ascensor antiguo, subió a la última planta y entró en el magnífico piso, sintió algo que no había sentido jamás. Los muebles franceses, la vista impresionante de París, la terraza... todo le cautivó. Tanto que, por primera vez en su vida, se sintió apegado a un edificio y compró el piso para vivir allí. Sin embargo, sobre todo, por fin se sintió parte del mundo en el que vivía y estaba preparado para plantearse la posibilidad de ponerse en contacto con su hermano. Casi.

A Daniil lo había adoptado una familia inglesa muy rica. Además, había leído que su hermano se había casado con una mujer inglesa. Como él solo podía hablar en ruso y francés, había dedicado los últimos meses a aprender inglés.

Ya estaba preparado para ver a su gemelo, al hermano que había prometido dejar en paz para siempre. No sería una carga.

Sacó un traje, se vistió y se anudó la corbata con manos firmes, solo le temblaron un poco cuando abrió la caja de seguridad del hotel. Había encontrado un joyero ruso y había visto una piedra verde claro que le había recordado a los ojos de Anya. Sin embargo, el regalo que había comprado para su sobrina era una cruz de platino con diamantes y por detrás le habían grabado la palabra «Sila» en caracteres cirílicos. Quería decir «fuerza» en ruso. No era una baratija para llevarla puesta, sino, más bien, un seguro en caso

de que su sobrina pasara un momento de apuro. Lo único que podía dar era dinero.

No estaba seguro de que estuviese preparado para ver a Daniil, pero se había tomado en serio la advertencia de Anya de que ya no iba a fingir más que no lo había visto. Por eso, la mañana del bautizo lo llevaron a la dirección que le había dado Anya y entró en el impresionante vestíbulo.

–Buenos días, señor Zverev –lo saludó el conserje.

Roman pensó que hacía mucho tiempo que no le pasaba eso. En el orfanato los habían confundido constantemente y ellos lo habían aprovechado.

–Yo no lo he hecho –decían cada uno de ellos por separado–. Está confundiéndome con él.

–Pues tu hermano dice que has tenido que ser tú.

Esa mañana volvió a aprovecharlo y se dirigió al ascensor que lo llevaría al ático de Daniil. Él había luchado en las condiciones más penosas y había visto el infierno que era el frente, pero, en ese momento, estaba nervioso. Cuando vio a Anya, que hacía una reverencia a la duquesa y supo que la vería pronto, se le aceleró el corazón como se le había acelerado en ese momento. Llamó a la enorme puerta de madera y se abrió un momento después. Apareció una mujer rubia y su expresión le indicó que lo había reconocido y que estaba atónita.

–¡Daniil!

Ella llamó a su marido en un tono apremiante y luego parpadeó varias veces como si hubiese caído en la cuenta de que se había olvidado de saludarlo.

–Roman, hemos estado buscándote.

Ella avanzó un paso y lo abrazó. Hacía unos años, él habría retrocedido, pero Celeste había sido una buena maestra y aceptó el abrazo.

–Soy Libby –se presentó la mujer apartándose.

Entonces, él pudo ver que tenía lágrimas en los ojos.

–Ya sé que es muy inesperado –Roman hablaba en inglés con un acento mezcla del ruso y el francés–. Enhorabuena por el nacimiento de tu hija. Tengo un regalo...

Entonces, ella se giró hacia su marido, que estaba entrando en el recibidor. Eran absolutamente idénticos. Eran casi como el reflejo

en un espejo, menos por la cicatriz que Roman había dejado en la mejilla de Daniil.

–¿Puede saberse dónde te has metido? –le preguntó Daniil a modo de saludo–. Creía que estabas muerto y...

–No lo estoy –le interrumpió Roman.

No podían saludarse cariñosa o efusivamente después de todos esos años; había demasiado dolor y demasiadas preguntas antes de que pudieran llegar a esperar eso.

–Me he enterado de que has tenido una hija. Enhorabuena.

–Se llama Nadia.

Aunque habían hablado muy poco, Roman pudo darse cuenta de que tenía un acento muy fuerte en comparación con el de su hermano y, solo por comodidad, siguió en su lengua materna y le preguntó qué tal estaba.

–*Kak dela?*

–Delante de mi esposa, hablaremos en inglés –contestó Daniil en tono tajante.

–¡Daniil!

Libby frunció el ceño por la reacción de su marido, pero Daniil no se paró a explicarle el inesperado arrebato de angustia que ensombrecía el alivio que sentía porque su hermano estaba vivo y, en cambio, repitió la pregunta vital.

–¿Puede saberse dónde has estado?

Roman no contestó.

–¿Dónde vives? –insistió Daniil.

–En París.

–¿Desde cuándo vives allí?

–Desde hace unos años.

–¡Está a una hora de distancia! –exclamó Daniil mientras se enfrentaba a su hermano como si fuese a pelear con él–. Vives a una hora de aquí y no te has puesto en contacto.

–Daniil –Libby elevó la voz, pero volvió a hablar en un tono más normal–. Entra, Roman.

Era un piso precioso con unos ventanales que permitían tener una vista impresionante de Londres. La ciudad resplandecía por el sol de la mañana, pero el ambiente de la habitación era tan tenso como Roman se había imaginado que sería.

Se sentó y le pareció raro ver a Daniil tan mayor cuando todavía

tenía doce años en su cabeza. Su parecido era increíble salvo por la cicatriz y le sorprendió que Daniil no se hubiese hecho una operación de cirugía plástica.

–Tienes que hacer algo al respecto –comentó Roman señalándose su propia mejilla.

–La conservé para que me recordara a ti –replicó Daniil con amargura–. Es lo único que tengo.

–No –replicó Roman–. ¿No encontraste las fotos que te dejé en la maleta?

Daniil asintió con la cabeza. Roman se acordaba de haberlas metido en la maleta de su gemelo justo antes de que se marchara a Inglaterra.

–He estado buscándote. He estado varias veces en Rusia y alguien me contó que habías hablado de alistarte en La Legión Extranjera.

–Me alisté cuando tenía dieciocho años y me quedé diez.

–Entonces, ¿cómo te llamas ahora? –Roman no contestó–. ¿Pierre? –el tono despectivo de Daniil le indicó a Roman lo enfadado que estaba su hermano por que hubiese cambiado de identidad–. No vas a decírmelo, ¿verdad?

Roman no iba a decírselo, pero no solo por el motivo que suponía Daniil. Todo el mundo recibía una identidad nueva al alistarse en La Legión Extranjera, pero lo que Daniil y Anya no sabían, evidentemente, era que los legionarios, al final del primer año, podían elegir si seguían con esa identidad o recuperaban la suya propia. Cuando él se alistó, había tenido la intención de hacer borrón y cuenta nueva, pero un año después, la víspera de que tuviera que tomar la decisión, se había tumbado en la cama con las manos debajo de la cabeza, mirando al techo y meditándolo profundamente, y había decidido que no podía hacerlo.

Había sobrevivido a un adiestramiento brutal, había saltado de aviones, hablaba francés perfectamente, había encontrado compañeros de armas y un objetivo. Tenía todo lo que había esperado conseguir cuando se alistó. Su contrato había sido de cinco años y volvería a firmar otro, pero, cuando había llegado el momento, no pudo dar la última vuelta a la llave y cerrar la puerta del pasado. Si hubiese conservado su nueva identidad, habría tenido que seguir las normas y había sido un soldado adiestrado para

obedecer. Eso habría significado que no habría podido tener ningún tipo de contacto con Daniil... ni con Anya.

No habría podido estar con ella como la noche de la semana anterior ni habría podido ir allí esa mañana. Sin embargo, si les contaba eso a Daniil o a Anya, les demostraría lo mucho que los necesitaba, pero no quería entrometerse en sus vidas y no les dijo nada.

–Aquella pelea –Daniil tenía que hacerle una pregunta–, fue para obligarme a que me marchara, ¿verdad?

–Si no, no te habrías marchado.

–No quería marcharme.

–Mira todo lo que tienes. La familia a la que te mandaron...

–¡Me mandaron al infierno! –le interrumpió Daniil levantándose de repente–. Era el sustituto de su hijo muerto.

Roman se quedó sentado sin inmutarse.

–Recibiste una buena educación.

–*Poshyol ty* –maldijo Daniil en ruso.

–Creía que teníamos que hablar en inglés delante de tu esposa –le recordó Roman sin alterarse.

–No sabes lo que era aquello.

–Porque nunca me escribiste para contármelo.

Había mucho resentimiento por las dos partes.

–Te escribí, pero mucho después me enteré de que mis padres no mandaron las cartas. Me cambié el nombre de Daniel Thomas y recuperé el de Daniil Zverev solo para que pudieras encontrarme.

–Me enteré.

–¿Cuándo?

–El año pasado.

–¿Y, aun así, esperaste?

Libby estaba sentada y perpleja por sus reacciones. Sabía lo mucho que Daniil había buscado a su gemelo y, sencillamente, no entendía nada. Quería abrazos, champán y unos rusos sonrientes. ¡Eso no debería ser así!

–¡Traeré al bebé!

Libby se marchó y volvió con un bebé dormido en brazos, y con la esperanza de que Nadia obrara un milagro.

–¿Qué tiempo tiene? –preguntó Roman.

–Dos semanas –contestó Libby.

El mismo tiempo que tenían Daniil y él cuando los dejaron en el orfanato. Mejor dicho, el tiempo que se supuso que tenían.

–Puedes tomarla en brazos –le ofreció Libby.

–No –Roman sacudió la cabeza–. Déjala que duerma.

Libby, sin embargo, le dejó el bebé en los brazos. Él no había tenido uno jamás.

–Pesa muy poco –comentó Roman.

Entonces, Nadia se agitó un poco, abrió los ojos y reconoció los ojos que la miraban como los de su padre. Era preciosa, era una mezcla de Libby y Daniil y eso quería decir que, de alguna manera, podría ser suya. Era raro, nunca se había imaginado a sí mismo como padre, ni a Daniil. Miró a la diminuta niña y sintió un arrebató de emoción y alivio al verla tan cuidada y protegida, al saber que a su hermano le había ido bien y que podría cuidar muy bien a su esposa y a su hija.

Él estaba haciendo todo lo que podía para sobrellevar esos días. Reencontrarse con el pasado era un suplicio y, si la tenía un minuto más en brazos, podría desmoronarse. Jamás había derramado una lágrima, ni una sola, y no iba a empezar en ese momento.

Le devolvió el bebé a Libby, se levantó y fue al asunto que lo había llevado allí.

–He encargado esto para Nadia.

Fue a entregarle la caja a Libby, pero Daniil intervino.

–Van a bautizarla dentro de una hora, puedes dárselo después de la ceremonia. Vamos a venir todos aquí para celebrarlo.

–No puedo asistir al bautizo.

–Me importa un comino tu identidad nueva y si pueden verte con nosotros o no –replicó Daniil–. Estarás en el bautizo de tu sobrina.

Roman no dijo nada.

–Estará Nikolai y también va a estar Sev; se casó hace un par de semanas y va a volver de su luna de miel solo para asistir al bautizo. Él ha hecho el esfuerzo y tú también lo harás. Después, nos reuniremos todos en el yate de Nikolai. Volveremos a estar los cuatro juntos.

Habían sido inseparables.

–Es posible que Anya también venga al bautizo. ¿Te acuerdas de ella? –le preguntó Daniil–. Era la hija de la cocinera que estaba

bailando todo el rato.

–Vagamente.

–Ahora, es una *prima ballerina* –le explicó Daniil, aunque él ya lo sabía.

–Ha estado a punto de ser la madrina de Nadia –comentó Libby con un suspiro.

–¿Tan íntimos sois? –preguntó Roman frunciendo el ceño.

–La verdad es que no –reconoció Libby–. Bueno, todas somos bailarinas de ballet...

–¿Todas?

–Mi amiga Rachel y yo, pero Anya se mantiene al margen.

–¿Así la conociste? –Roman tenía curiosidad, pero no quería que supieran que la conocía íntimamente–. ¿Habéis bailado juntas?

–No, no –contestó Libby–. Yo me retiré el año pasado y Daniil me llevó al ballet para animarme.

–No dio resultado –comentó Daniil en tono irónico.

–Bueno –siguió Libby–, Daniil reconoció a Anya y luego fuimos a su camerino. Hemos estado en contacto desde entonces. No sabíamos si Rachel podría venir hoy y Anya se ofreció a ser la madrina. Anoche me enteré de que Rachel podría venir después de todo y creo que he ofendido a Anya, por eso es posible que no venga.

Llamaron por el telefonillo. Al parecer, el catering había llegado y Libby dejó escapar una exclamación cuando vio la hora.

–Tengo que preparar a Nadia. Roman... –Libby tomó aliento–. ¿Vas a venir al bautizo?

Roman titubeó. Que existiese la posibilidad de que Anya no fuese a estar allí facilitaba las cosas y asintió con la cabeza.

Los gemelos se quedaron solos un momento y se miraron fijamente.

–Dejaré que te prepares, nos veremos en la iglesia.

–Ven con nosotros en el coche –le ofreció Daniil.

–Tengo mi propio chófer.

–No desaparezcas otra vez, Roman –le advirtió Daniil.

No podría ni aunque quisiera. Había entrado en contacto y quería formar parte de sus vidas.

Se acordó de lo que le dijo Katya.

–Eres una maldición, Roman, una carga para el sistema. Ni

siquiera eres apto para que te adopten, ¿qué familia iba a querer que formases parte de ella?

¿La de Daniil? Tenía que estar seguro.

Capítulo 6

Anya, mientras se bajaba del taxi, miró detenidamente el gentío que se había reunido delante de la iglesia, pero no vio ni rastro de él. No estaba allí.

Había llegado esa mañana desde París y tenía reservado un vuelo para esa misma tarde, para no pasar una noche en la cama con Roman. ¡Como si eso fuese a ser un impedimento para ellos!

Todos habían hecho un esfuerzo. Sev y Naomi, que vivían en Nueva York, habían vuelto de su luna de miel para estar allí. Nikolai, que había ido a Londres para la boda, había retrasado su partida para celebrar ese día. Hasta Rachel, quien no había sabido hasta la noche anterior si podría librarse de un compromiso familiar, lo había conseguido.

Roman, sin embargo, no lo había hecho. Estaba furiosa.

Fue directamente hacia Rachel. Era una impresionante pelirroja que se había retirado hacía muy poco como bailarina y había empezado un blog sobre ballet. Se lo habían comunicado cuando comprobó sus correos electrónicos y lo había leído en el avión. Para disimular su decepción, sonrió más resplandecientemente de lo que haría normalmente.

–Leí tu reseña –le dijo Anya–. Es impresionante. Rachel, estaré en contacto y veremos lo que podemos hacer para que tengas unas entradas la noche del estreno...

Rachel había intentado conseguirlas durante la boda de Sev y Naomi, pero Anya le había dado excusas.

Intentaba no ser así en ese momento. Siempre se contenía. No hacía amigos con facilidad, pero estaba empezando a apreciar sinceramente a esa gente que había entrado en su vida desde la noche que Daniil y Libby se presentaron en su camerino. Le aterraba abrirse, que alguien entrara en su vida, para que acabaran haciéndole daño. Sin embargo, en ese momento, desde que Roman había vuelto, cada vez le costaba más conservar el dominio de sí misma y dejar a un lado los sentimientos y las emociones.

Pudo ver la sorpresa de Rachel por su cambio de actitud. Ella también estaba sorprendida, pero eso era lo que conseguía Roman, la cambiaba. Había pasado una noche con él y estaba volviendo a ser tan emotiva como antes.

Volvieron con el grupo.

–Hola, Anya.

Libby la había saludado con una sonrisa, pero ella podía captar que estaba tensa. Entonces, entendió el motivo. Un coche se detuvo y Roman se bajó.

–Apareció esta mañana –comentó Libby, aunque se dirigió más a Rachel, su amiga íntima, que a Anya–. No fue precisamente bien.

–Oh... ¿no es el desaparecido? –preguntó Rachel.

Libby sacudió un poco la cabeza como si quisiera decirle que era demasiado complicado para explicarlo en ese momento.

A Anya, en cambio, le pareció que era un momento muy bueno y cumplió la promesa de que no volvería a fingir que no había sabido dónde había estado durante todos esos años.

–Nunca ha estado desaparecido. Ha estado en París.

–Sabías dónde estaba y no se lo has dicho a Daniil... –le reprochó Libby.

Anya, sin embargo, se limitó a encogerse de hombros.

–¿Has oído hablar de las novias rusas por encargo? –preguntó Anya con una sonrisa jactanciosa–. Roman era el novio por encargo de una mujer rica, de mediana edad y aburrida de París...

–¿Está casado? –la voz de Daniil fue como el restallido de un látigo.

Sin embargo, no esperó a que Anya le contestara y, con Nikolai y Sev, se acercó a Roman. Volvían a estar juntos por primera vez después de muchos años.

Anya los observó mientras se estrechaban las manos. Esos cuatro hombres tan bellos con los que se había criado se habían reencontrado por fin. Uno de ellos había poseído su corazón desde siempre. Ese día se aferraba a eso con todas sus fuerzas.

Siempre se vestía discretamente, pero nunca tanto como esa mañana. Llevaba un vestido color arena, unos zapatos planos y una chaqueta fina de lana para taparse los brazos. Cuando salía, se tapaba lo que se consideraba hermoso en el escenario y provocaba susurros y miradas de admiración. No permitiría que Roman

pensara ni por un momento que había hecho un esfuerzo especial por él.

Había pasado una semana infernal en París. No había habido ensayos porque algunos bailarines se habían ido a Rusia antes de que los preparativos empezaran de verdad. Se había torturado a sí misma, había ido a la misma plaza donde había visto a Roman con Celeste, se había sentado en el mismo café y había pedido un menú diciéndose que volvería a ponerse a dieta al día siguiente. En cambio, había vagabundeador por las calles imaginándose allí con su esposa. Le dolería toda la vida. Además, se había sentado en otro café y había comido *crêpes* intentando asimilar que Roman había vivido allí.

En ese momento, otra vez en Londres, se quedó en silencio y observó a los cuatro hombres que hablaban. Entonces, él le dio la espalda.

–Vamos adentro –dijo Libby.

Todos entraron en la iglesia por fin y ella se encontró sentada con Rachel en el banco que había detrás de Roman. Ni siquiera la había saludado, pero podía no hacerle ningún caso, se dijo a sí misma mientras lo fulminaba con la mirada. Entonces, un momento después, él se dio la vuelta y la expresión de sus ojos y de sus labios le indicó lo furioso que estaba.

–Muchas gracias por lo discreta que has sido antes –dijo él en ruso y en un tono muy tenso–. No le había dicho a Daniil que estuve casado.

Ella dejó escapar una risa burlona.

–Rachel preguntó dónde habías estado y yo se lo dije. ¿Por qué iba a mentir por ti, Roman?

–Me ocuparé de ti más tarde.

–Eso quisieras.

Entonces, ella vio que se pasaba la lengua por el interior de la mejilla para contener una sonrisa. Así eran, se conocían al dedillo, pero esa vez no acabarían en la cama, se prometió a sí misma. Le avisó con la mirada de que ya había pasado por eso y de que no iba a volver a pasar.

Si la gente la consideraba fría, ese hombre era el causante. Lo había amado, lo había amado con toda su alma y, neciamente, había creído que él también la amaba.

Le ceremonia era preciosa, pero era un infierno para ellos dos. Ella casi no podía mirar a Nadia.

Se había pasado toda la vida a dieta, más estricta todavía durante los dos últimos años, y, por ese motivo, nunca podría tener un bebé. En cualquier caso, se había repetido una y otra vez que no quería ser madre. Sin embargo, al final de la ceremonia, cuando Daniil tomó a su hija en brazos, se le hizo un nudo en la garganta por la otra cosa que no podría tener, aparte de Roman.

Efectivamente, era doloroso para ellos dos.

Ver a su gemelo, que, evidentemente, estaba enamorado, podía ser como una burla de lo que habían tenido Celeste y él y, además, Daniil le había dejado ver que estaba furioso porque no le había contado nada sobre su esposa. Roman, que nunca le había dado explicaciones a nadie, no sabía cómo hablar de eso.

Salieron de la iglesia y Anya aceptó inmediatamente la oferta de Sev y Naomi para llevarla en su coche. Solo había visto a Naomi en su boda, pero era muy simpática y también había leído el blog de Rachel.

—Me encantaría verte bailar.

Mientras Sev y Naomi hablaban sobre si podrían ir a París el mes siguiente, Anya estaba pensando en dos cosas. En Roman, naturalmente, y en una bolsa de copos de chocolate que Naomi había sacado del bolso con un regalo para Nadia envuelto en papel de plata.

—Creo que no hacía falta que trajésemos comida —comentó Sev.

—A todo el mundo le encantan —replicó Naomi entre risas.

Se había llevado una maleta llena desde Nueva York y le gustaba compartirlas. Probablemente, eran las golosinas favoritas de Anya.

Una vez en el piso, los camareros repartían champán, pasteles rosas y bocaditos maravillosos sin parar. Anya se limitó al agua. Esa semana se había excedido, pero vio que Naomi ponía los copos de chocolate en un cuenco e intentó resistir la tentación.

Había ido la familia de Libby y otras personas que no conocía, pero ella solo tenía ojos para Roman. El piso era enorme y, aun así, notaba su dolorosa presencia junto a Libby mientras le daba el regalo para Nadia.

—Gracias, Roman —dijo Libby—. Es maravillosa. Estoy segura de que siempre la conservará como un tesoro.

Roman asintió y, cuando se fue para conseguir una bebida, ella no pudo resistir la tentación de pedirle a Libby que se la enseñara. Tomó la cruz en la mano. Era impresionante y se preguntó cómo habría podido pagarla. Entonces, le dio la vuelta y leyó la inscripción. Fuerza. Efectivamente, iba a necesitar esa fuerza. Era un tormento estar en la misma habitación que él, pero se alegraba de que estuviese allí. No sabía qué hacer, deseaba estar con él, pero no era capaz de acercarse.

Volvieron a ofrecerle una bandeja con comida y volvió a rechazarla con la cabeza, pero no podía dejar de mirar los copos de chocolate que había llevado Naomi. Decidió que se comería solo uno. Fue a desenvolverlo, pero decidió que se lo comería más tarde y lo guardó en el bolso. Pensó que también le gustaría comerse uno durante el viaje de vuelta y se guardó otro en el bolso. Quizá también pudiera llevarse algunos para los entreactos de las representaciones y así acordarse de que había estado allí con Roman. Entonces, cuando fue a tomar unos cuantos más, supo que la habían visto guardándose en el bolso los pequeños copos de chocolate envueltos en papel de plata. Se dio la vuelta y vio a Naomi con el ceño fruncido y a Roman que la miraba a los ojos. Sintió la misma vergüenza que sentía cuando su madre la sorprendía. La habían sorprendido otra vez robando comida y no sabía cómo explicarlo. Salió de la habitación roja como un tomate y al borde del llanto.

—¿Por qué se guarda comida en el bolso? —le preguntó Naomi a Sev en un susurro.

Roman, sin embargo, la había oído. Porque se había criado teniendo que hacerlo, se contestó a sí mismo, aunque no dijo nada. Salió de la habitación y la alcanzó en el pasillo.

—Déjame —le pidió Anya en tono tajante.

Estaba completamente abochornada e intentaba no llorar. En ese momento, se acordaba de la bofetada que le había dado su madre cuando la encontró en la despensa con la boca llena de chocolate.

—Estoy muy abochornada.

—No, no... —Roman abrió una puerta, entró con ella en una habitación y la abrazó—. No tienes por qué estar avergonzada.

—Me han visto —era espantoso. Ella se dominaba en todo y, aun así, la habían visto—. Todos me han visto robando comida.

–¿Y? –Roman le levantó la barbilla para que tuviese que mirarlo y sonrió, algo inusitado en él–. Te gusta el chocolate. Me llevaré un par de botellas de champán cuando me marche y así podrán hablar de lo maleducados que somos...

Sus palabras no dieron resultado porque Anya estaba empezando a llorar.

–No pasa nada –añadió él.

–Sí pasa. Solo quería algunos para más tarde. Sé que es absurdo, pero me siento muy incómoda si como con gente alrededor...

–No es absurdo –replicó Roman–. Te mandaban a la despensa a comer.

–Ella siempre...

Anya no terminó lo que iba a decir porque no quería dejar mal a su madre, pero lo hizo Roman.

–Ella siempre te sorprendía, te reñía y te daba una torta.

–¿Cómo lo sabes?

–No había televisión en el orfanato –le recordó Roman, y ella sonrió ligeramente–. Sabes que observaba todo lo que te pasaba.

Él era la única persona que podía entenderla porque había estado allí, había visto con sus propios ojos la vergüenza que pasaba cuando intentaba comer algo.

–«Te pondrás gorda» –a Anya le tembló la voz cuando repitió las palabras de su madre–. «Si quieres bailar, tienes que...»

–Anya –la interrumpió él–. No puedo decir muchas cosas buenas de tu madre, pero, en este caso, Katya hacía todo lo que podía para que fueses a trabajar con ella –Roman le dijo lo que había intentado decirle la noche de la discusión, cuando ella le reprochó que no sabía nada sobre las familias–. Intentaba conservar su empleo y tenerte cerca de ella para no dejarte sola en casa.

Anya frunció el ceño.

–El supervisor le habría dicho que ya tenían bastantes bocas hambrientas como para dar de comer a los hijos de los empleados. Estaban envidiosos porque tu madre, al ser la cocinera, tenía una comida. Si el supervisor te hubiese sorprendido comiendo, en el mejor de los casos te habría prohibido que fueses al orfanato y en el peor, tu madre habría perdido el empleo.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque veía y oía lo que pasaba. Cuando yo estaba de servicio

en el comedor, antes de que tú volvieras del colegio, tu madre hacía la cena y no paraban de advertirle que la comida no era para ti.

Anya cerró los ojos y recordó aquellos tiempos, cuando su madre la mandaba a la despensa a comer sopa. La batalla con la comida y su madre había empezado como una forma de supervivencia, pero se había convertido en una obsesión para Katya cuando el talento de su hija había empezado a despuntar. Para ella también lo era en ese momento. Él siguió abrazándola.

–¿Sabes una cosa? –siguió Roman–. Cuando era pequeño, creía que eras rica porque tenías madre, pero eras tan pobre como nosotros, si no más; nosotros, al menos, comíamos periódicamente.

Ella se sintió mejor por su comprensión, pensó en su madre y pudo ver las cosas con unos ojos más indulgentes. Era muy agradable sincerarse con él y que la abrazara mientras recordaba aquellos tiempos.

–Siempre tenía mucha hambre.

–Lo sé. Por eso, la noche que te llevé a cenar, creí que era muy buena idea que comieras antes de la audición. Entonces, no sabíamos nada del mundo.

–Aun así, fueron unos buenos tiempos.

Anya suspiró porque tenía muchos recuerdos felices de cuando eran pequeños, de cuando se reía y presumía de que estaba en mejor forma que Daniil y Roman cuando hacían sus ejercicios de boxeo. Se acordó de las cenas de Navidad, cuando las familias de los empleados podían ir al orfanato. Ella comía con los huérfanos y se sentaba con los cuatro chicos en vez de quedarse mirando en la cocina.

–Fueron los mejores –comentó Roman.

Su comentario fue inesperado.

La abrazó con fuerza para que apoyara la cabeza en su pecho y pudo oír los latidos de su corazón.

–Creía que no tendrías buenos recuerdos.

–Tengo muchos. Durante los primeros doce años tuve a Daniil, a Sev y a Nikolai y siempre estaba deseando verte. ¿Te acuerdas de la vez que me llevaste sopa a la cama?

–Quise besarte –reconoció Anya.

–Yo quise tocarte los pechos.

Ella sonrió.

–¿Hoy deseabas verme? –le preguntó ella.

–No.

La respuesta no le molestó porque sabía el motivo.

–¿Por qué? –preguntó Anya en voz baja.

–Por esto.

Por ese deseo, ese anhelo que solo podía satisfacer el otro. Ella sabía que, si levantaba la cabeza, la besaría... y por eso levantó la cabeza.

Él le besó primero las pestañas húmedas, y la felicidad del beso hizo que le brotaran más lágrimas. Le recorrió las mejillas con la boca hasta que llegó a los labios. Fue un beso delicado, pero nada titubeante. Ella detestaba sus besos cariñosos porque las cosas no eran así antes y no los había aprendido de ella, pero, aun así, también los anhelaba. Profundizó el beso, agarró la chaqueta que llevaba para taparse los brazos, se la quitó, la tiró al suelo y le acarició los brazos.

–Deja de taparte.

Él sabía todo lo que hacía ella.

Entonces, la besó con más fuerza, un beso que sí era suyo, y ella se dejó arrastrar a ese espacio embriagador que formaban juntos. Sus lenguas no disimulaban la necesidad de más. Él la abrazó con más fuerza todavía, ella se puso de puntillas e hizo un esfuerzo para no rodearlo con las piernas mientras apartaba la boca.

–No vamos a acostarnos en el cuarto de invitados durante el bautizo de tu sobrina.

Roman sonrió porque se había propuesto ser un invitado correcto y amable en casa de Daniil, pero no había tenido en cuenta que Anya fuese a estar allí.

–Si nos sorprendiesen, sí tendrían algo de lo que hablar.

Anya se apartó de su pecho, miró alrededor y frunció el ceño. No era el cuarto de invitados. Habían estado tan concentrados el uno en el otro que no se habían fijado en dónde estaban.

–¡Roman!

Él también miró alrededor y se dio cuenta de que estaban en un cuarto enorme con el suelo de madera encerada. Era un gimnasio preparado para boxear. Había espejos, pesas, sacos... De pequeños, habría sido el sueño de Daniil y de él.

–Sin embargo, no hay un cuadrilátero –comentó Roman.

Por el momento, Daniil y él luchaban contra sus demonios y luchaban solos.

–Es posible que lo haya algún día –replicó ella.

En ese momento, Anya le consoló a él. Era posible que algún día Daniil y él pudieran hablar tranquilamente. Libby no podía entender que Daniil y él no estuviesen entusiasmados de reencontrarse por fin, pero ella sí lo entendía.

Había habido tanto sufrimiento y habían dependido tanto de sí mismos para llegar a ese punto en sus vidas que les costaba reconocer que podían querer depender de alguien más, o sentirse digno de su amor.

–Le ha ido muy bien –comentó Roman–. Es raro verlo mayor y con una familia...

–¿Le envidias? –le preguntó Anya, porque había algo que tenía que saber–. Quiero decir, tiene una esposa, una hija...

–No entiendes a los gemelos –la interrumpió él–. Nunca he tenido envidia de mi hermano. Me alegro de que tenga todo lo que yo he querido tener siempre.

Si eso era lo que Roman había querido siempre, había algo que ella no podría darle nunca; un hijo. La respuesta de él le había dolido y fue hasta una balda para evitar su mirada. Le recordó a su tocador antes de una actuación, era como un altar donde, al parecer, Daniil colocaba sus cosas más preciadas. Había una foto de Daniil y Libby el día de su boda y una ecografía de Nadia. Sabía que estaba viendo algo muy íntimo, y Roman, que había ido a su lado, también lo sabía. Había una figurita de porcelana rosa con las piernas muy largas y algunas cosas más. Ella reconoció dos de esas cosas.

–Me acuerdo de cuando las sacaron –Anya tomó dos fotografías–. Sergio llevó la cámara aquel día.

Una imagen era de Daniil y Roman en pantalón corto y posando como boxeadores. Roman tenía el ceño fruncido en la foto y Anya sonrió.

–Tú solo querías que sacara la foto de una vez.

–Es verdad –reconoció Roman–, pero ahora me alegro de que la sacara.

–¿Por qué se las diste a Daniil?

–No se las di, se las metí en la maleta. Pensé que le ayudaría

tener unas fotos de nosotros.

–Pero tú te quedaste sin ninguna.

Anya miró la otra foto. Era de los cuatro chicos, de los cuatro hombres que estaban juntos por fin.

–Vamos a ir al yate de Nikolai después de la fiesta –Roman le contó lo que habían organizado–. Vamos a contarnos todo lo que hemos pasado.

–¿No te apetece?

–No lo sé. Luego te contaré cómo ha ido todo.

–No estaré aquí, Roman. Vuelvo a París esta tarde.

–Anya, sabes que tenemos que hablar.

Él se había dado cuenta, durante esa semana, de que tenían que hablar. No podía separarse de ella otra vez, formaban parte de sus vidas otra vez.

–No, nos pelearíamos.

–¿Y? –Roman se encogió de hombros–. Ya sabemos cómo acaban nuestras peleas.

Anya sonrió, pero se puso seria enseguida y sacudió la cabeza.

–No quiero oír hablar de tu esposa, Roman. No estoy preparada para oírlo y no sé si lo estaré alguna vez. No puedo soportar que me hables de tu vida y mantengo lo que te dije, no quiero verte en París.

–Eso es mentira.

–En parte –reconoció ella–, pero también es verdad.

Roman, sin embargo, no iba a tolerarlo.

–Tengo que verme con los demás, pero esta noche le diré a mi ayudante que flete un avión...

–¿Quién eres? –le interrumpió Anya–. Regalas cruces de platino con diamantes, fletas aviones...

–Te lo contaré.

–Pero no puedo soportar oírlo –replicó ella.

–¿Me esperarás? –volvió a preguntarle él.

–No. Te he esperado mucho, Roman, pero se acabó.

Entonces, se obligó a sí misma a hacerle la pregunta cuya respuesta le aterraba. Conocía a Roman y no se quedaría ni cinco minutos con una persona si no le gustaba. Había pasado años con Celeste.

–¿Sentías algo por ella?

Roman la miró a los ojos y supo que, si mentía, acabarían para siempre, pero fue muy cauteloso con la respuesta.

–No sentí lo mismo que siento por ti.

–Que sentiste –le corrigió ella–. Si no, no me habrías dejado.

Él no dijo nada.

–¿La amaste? –le preguntó ella, porque nunca le había dicho que la amaba.

Él contestó toda la verdad.

–Brotó una especie de amor.

¡No! Nunca estaría preparada para oírlo. Además, tampoco podía reunir fuerzas para contarle la verdad sobre los hijos. Sus sueños ya estaban aniquilados.

Se dio la vuelta y se marchó.

Capítulo 7

Roman se sentó en la terraza del yate de Nikolai e intentó asimilar que estaban juntos otra vez en ese ambiente tan magnífico. El yate llevaba dos semanas atracado en los muelles del Támesis y era una atracción en sí mismo, pero ninguno había pedido que se lo enseñara y Nikolai tampoco se lo había ofrecido. Ese rato que iban a pasar juntos era único. Llevaban separados desde hacía casi dos décadas y tenían que hablar de muchas cosas en muy poco tiempo. Sacaron el vodka aromatizado con jengibre y Roman y Daniil hicieron una mueca al probarlo.

–Tomad.

Nikolai les dio una botella de vodka puro y Roman sirvió dos vasos, uno para él y el otro para su hermano.

–Toma, *shishka* –dijo Roman mientras le entregaba el vaso a Daniil, quien lo miró con el ceño fruncido al oír el apodo.

Había tensión entre ellos. Sin embargo, era interesante reencontrarse. Nikolai había sabido siempre a dónde le llevaría la vida, al mar. Mientras bebían abundantemente y hablaban, Roman averiguó que los inicios de su amigo no habían sido tan opulentos, que había empezado como polizón en un barco.

–Cualquier cosa era mejor que seguir allí –comentó Nikolai.

Roman asintió con la cabeza. Se había enterado, cuando estaba en el orfanato, de que un profesor había abusado sexualmente de Nikolai y de que se había escapado por eso. Recordó que, de niño, Nikolai había construido un barco con cerillas y que se lo había llevado cuando se había escapado. Se lo había conservado y se lo había devuelto.

–Tardé mucho en hacerlo.

Nikolai lo dejó en la mesa y le emocionó que su amigo lo hubiese conservado durante todos esos años y lo hubiese enviado desde Nueva York por servicio de mensajería para dárselo ese día.

–Me alegro de que salieras adelante –comentó Roman mirando alrededor–. Este sitio es fantástico para dar fiestas.

–Sí, lo es.

–¿Estás saliendo con alguien? –le preguntó Daniil a Nikolai.

Nikolai no contestó y se dirigió a Sev para cambiar de conversación, pero Roman se dio cuenta.

–Sev, ¿cuándo vuelves a Nueva York? –le preguntó Nikolai.

–Esta noche –contestó Sev–. Daniil y Libby irán a finales de diciembre para pasar el Fin de Año. Vosotros dos también deberíais ir.

Daniil se fijó en que Roman puso los ojos un poco en blanco. Por el momento, podía prescindir de Nueva York, familias felices y más reencuentros. Pensó en Anya y ya estaba preparado para aclarar las cosas. Estaba decidido desde que la vio esa mañana. Efectivamente, a ella le iba muy bien y estaba en la cumbre de su carrera, pero tenía cierta vulnerabilidad que solo él conocía. Tenían que hablar y tener esas conversaciones imposibles.

En ese momento, sin embargo, escuchó. A Sev le había ido bien, como siempre supieron que sucedería. Era inteligente y, en ese momento, era un experto en seguridad cibernética. Había sido el que siempre había estado enfrascado en los libros y, sin embargo, también había sido el que, a su manera, había dado un paso al frente cuando las cosas se habían torcido... como estaba empezando a pasar en ese momento.

Roman escuchó a su gemelo. La familia que lo había adoptado había resultado ser espantosa.

–Creo que se dieron cuenta de su error en cuanto llegué –les explicó Daniil–. Nunca conseguiría reemplazar a su hijo.

Roman se enteró de lo mucho que había trabajado para llegar a donde estaba. Había empezado trabajando en el bar de un hotel que estaba pasando una mala racha y había descubierto que tenía habilidad para los números. Empezó a construir su imperio financiero mientras los ayudaba a tener beneficios otra vez. Roman lo escuchó en silencio. Se parecían en muchas cosas, pero también eran muy distintos por haber estado separados.

–¿Qué nos cuentas de ti, Roman? –le preguntó Sev muchos vodkas después.

–Dejé el orfanato a los dieciséis años –Roman se encogió de hombros–. Lo intenté en el boxeo... –miró a su hermano–. Sergio no sabía de lo que hablaba. Perdí la mayoría de los combates y solo

gané unos cuantos. Conseguí un pasaporte con las victorias, me marché a Francia y me alisté en La Legión Extranjera...

Roman no contó que había estado en la zona de seguridad del orfanato ni el infierno que había sido el dormitorio ni el alivio que había encontrado con Anya. Vio que Daniil apretaba los dientes por lo poco que contaba sobre su pasado cuando los demás habían hablado mucho más.

–Serví allí durante diez años, luego me fui a París y... aquí estoy.

–¿No te olvidas de algo? –le preguntó Daniil–. ¿No vas a hablarnos de tu esposa?

Roman lo miró con frialdad y se dirigió al grupo.

–Me casé, pero Celeste murió el año pasado.

Sev y Nikolai le presentaron sus condolencias, pero Roman se limitó a hacer un gesto con la cabeza. No sabía si se las merecía, al fin y al cabo, no había sido un matrimonio convencional.

Daniil, sin embargo, no iba a darle solo el pésame.

–Saliste adelante, te casaste y seguiste con tu vida...

Daniil se levantó por la tensión que había ido en aumento desde que Libby había forzado la situación y había visto a su gemelo. Roman también se levantó y lo miró a la cara mientras Daniil daba rienda suelta a la rabia que sentía.

–Podría haber estado en tu boda y en el entierro, pero, en cambio, ni siquiera llegué a conocerla.

–No fue un matrimonio como el tuyo con Libby. Como dijo Anya, para que todos lo oyeráis, contesté a un anuncio.

–¿Por qué lo sabía Anya?

Roman se encogió de hombros y eso indignó a Daniil.

–Me da igual que contestaras a un anuncio, Roman. Celeste significó algo para ti, es imposible que compartieras tu espacio personal con alguien que no fuese especial.

Sabía lo sombrío que era su hermano y hasta dónde llegaba, y le enfurecía que hubiese pasado por todo eso sin ponerse en contacto con él.

–Daniil –replicó Roman con frialdad–, no te cambiaste de nombre hasta hace muy poco...

–Es posible, pero tampoco intentaste encontrarme antes. No finjas que lo hiciste.

–No te busqué.

Roman se encogió de hombros y agarró el puño que Daniil le había lanzado a la cara.

–¿Quieres que te deje la otra mejilla igual? –le advirtió Roman.

–Ya está bien –intervino Sev, como había hecho siempre que las cosas se ponían feas.

Los dos hombres accedieron, ya habían descargado bastante rabia por el momento.

–Solo quiero saber todo lo que ha pasado –insistió Daniil antes de que se dieran un breve abrazo.

–Es posible que lo sepas algún día –contestó Roman utilizando las mismas palabras que había empleado Anya cuando habían estado en el gimnasio de Daniil.

Quería contarles más cosas, pero la conversación sobre su matrimonio se la debía primero a Anya. Por eso, se sentaron, se intercambiaron los números de teléfono y Daniil le dio a Roman todos los que tenía, el de Anya entre ellos. Se miraron un instante a los ojos. Daniil sabía que había algo entre Roman y Anya. Eran gemelos y habían estado muy unidos. Tanto que, algunas veces, no tenían que hablar. Se sonrieron tan levemente que los demás no lo habrían visto aunque hubiesen estado mirando.

Llegó el momento de marcharse. Todos estaban un poco... perjudicados y Nikolai los observó mientras se bajaban del yate en medio de la noche. Todos se estrecharon la mano y Sev se alejó para seguir con su luna de miel. Roman y Daniil se quedaron solos en el embarcadero. Roman vio a una pelirroja, Rachel, que estaba sentada en un banco. Entonces supo por qué Nikolai había contestado con evasivas a las preguntas sobre las mujeres, pero no se lo dijo a Daniil.

–¿Dónde estás alojado? –le preguntó Daniil.

Roman le dio el nombre del hotel.

–Ven a nuestra casa.

Roman sacudió la cabeza. No estaban preparados para eso ni mucho menos.

–Tienes un bebé recién nacido.

–Es tu sobrina. No quiero que duermas en un hotel cuando tengo una casa.

–No, quiero volver a mi piso. La verdad es que no sé por qué –

reconoció Roman. No quería ser grosero al no aceptar la invitación de su hermano e intentó explicárselo—. Estoy hartito del hotel, aunque está muy bien. Solo quiero... –no podía explicarle que quería estar entre sus cosas y dormir en su cama—. El hotel tiene de todo... pero es que me gustaría estar entre mis cosas.

–Sientes añoranza.

Roman descubrió que había una palabra para expresar esos sentimientos. No sentía añoranza solo de su casa, sino de París porque Anya estaba allí.

Se despidieron y Roman sacó el teléfono mientras se alejaba. Llamó a su secretaria para que le organizara el vuelo y se dirigió directamente al aeropuerto. Una vez allí, sacó el teléfono otra vez y llamó a Anya mientras miraba el cielo de Londres.

Ella contestó sin pensárselo. Había dado por supuesto que sería Mika o alguien de la compañía para ver si estaba preparada. Habían quedado en el vestíbulo y estaba retrasándose un poco. Estuvo a punto de caérsele el teléfono cuando se dio cuenta de que era Roman.

–¿Cómo has conseguido mi número? –le preguntó ella.

–Da igual. ¿Dónde estás?

–Estamos a punto de irnos a cenar.

–¿Quiénes?

–Eso no es de tu incumbencia –contestó Anya con frialdad.

–Recoge tus cosas. Llegaré dentro de un par de horas...

–¿Cómo dices?

–Ya me has oído –esa vez, empleó las palabras de Daniil—. No vas a dormir en un hotel cuando tengo una casa...

La diferencia con Anya era que ellos sí estaban preparados para eso, estaba seguro. Estaban preparados para revisar juntos el pasado y comprobar a dónde los había llevado.

–No habrías dicho lo mismo la última vez que estuve aquí –replicó Anya—. Estabas demasiado ocupado siendo un...

–Anya –la interrumpió Roman–, hablaremos de Celeste cuando puedas decir su nombre sin rencor.

–Jamás.

–Entonces, hablaremos de por qué me marché.

–Te marchaste porque no podías soportar verme triunfar.

Así había acabado justificándose ella, pero casi podía ver que a

él se le aceleraba el pulso en la muñeca mientras desdeñaba el armazón que se había construido para proteger su maltrecho corazón.

–Eso es una bobada.

–¿Tanto te intimidaba...?

–No me intimidas –la interrumpió él.

Ella estuvo a punto de echarse a llorar. Intimidaba a todo el mundo, todo el mundo la consideraba fría y sin sentimientos. Roman, sin embargo, veía más allá. Él conocía el corazón que había detrás del hielo. Había conocido su pasión, sus esperanzas y sus temores.

–Me habría encantado estar a tu lado cuando llegaste a lo alto – siguió Roman.

Quería estar a su lado en ese momento, se sentía preparado para estarlo y haría lo que hiciese falta.

–¡No! –Anya sacudió la cabeza–. Querías hacer fortuna y rechazaste ser pobre conmigo.

Había sido una vida muy pobre. Todo el mundo daba por supuesto que eran ricos, aunque los bailarines bailaban solo porque lo amaban. Había estado inmersa en un mundo donde muy pocos ganaban dinero de verdad. Ella no lo había conseguido hasta hacía muy pocos años. No era un prodigio, había tenido que luchar y trabajar muchísimo para llegar a donde estaba y por fin había conseguido pagar las deudas que había acumulado. Antes, había vivido en un piso diminuto con su madre. Su ascensión a la cumbre había sido muy ardua, pero pasaría los próximos diez años, o lo que le permitiera el cuerpo, asegurándose el futuro para cuando dejara de bailar.

En ese momento, tenía que concentrarse en una actuación, pero Roman no le dejaba.

–Haz la maleta y mándame un mensaje con el nombre de tu hotel.

–No.

–Lo digo en serio, Anya. Pondré París patas arriba para encontrarte.

–Entonces, buena suerte con los gendarmes. No vuelvas a llamarme, Roman.

Anya cortó la llamada y apagó el teléfono. Entonces, pensó en

encenderlo otra vez para borrar su número, pero sabía que no podría soportar hacerlo. Tenía tentaciones en el bolso mientras se dirigía a la cena con los patrocinadores. No solo tenía copos de chocolate, también tenía el número de Roman en su teléfono. Solo podía pensar en él y en la llamada que le había hecho para llevarla a su casa, y pensó en la última vez que habían compartido una cama, o un colchón, mejor dicho. Pensó en la primera vez y en el amor que habían acabado haciendo. Él, al principio, había sido frío e indiferente al placer del contacto, como si quisiera acabar enseguida. Hasta que se entregaron a un placer muy intenso y se grabaron unos recuerdos que nada podría borrar jamás.

Roman, mientras el avión lo acercaba a Anya, miró por la ventanilla... y recordó lo mismo.

Capítulo 8

Anya salió al callejón por la entrada de artistas y quiso ir corriendo a su casa, no solo para escapar de la nieve gélida, sino porque tenía una noticia para su madre. Acababan de decirle que dentro de dos semanas le harían una audición para formar parte del cuerpo de baile de la próxima representación. Era un paso importante para que dejara de ser una principiante y había trabajado mucho para conseguirlo.

Entonces, lo vio. Era Roman Zverev. No lo había visto desde que él dejó el orfanato dos años antes, pero sí había oído hablar de él. Llevaba unos pantalones vaqueros negros y rasgados y un chaquetón ligero. Además, tenía el pelo oscuro y largo mojado por la nieve. Estaba dirigiéndose hacia ella.

–Has perdido el combate –dijo ella a modo de saludo.

Le miró el ojo y la mejilla amoratados y la boca hinchada.

–Las buenas noticias corren como la pólvora.

Él miró a Anya. Siempre había sido la perfección para él, era muy delicada y fuerte a la vez. Ella era lo único que había echado de menos del orfanato y, en ese momento, sus ojos verdes se encontraron con los de él sin que estuviera su madre para impedirlo. Los años desde la marcha de Daniil habían sido un infierno y ella había sido el único bálsamo. Sergio había seguido intentando que canalizara su rabia con el boxeo, pero era como si las ganas de ser boxeador se hubiesen esfumado con su gemelo y solo había ganado unos cuantos combates. La noche anterior había perdido contra un bárbaro mucho más grande que él.

–Estabas en la categoría de peso equivocada –comentó Anya–. Tienes que perder peso antes de pesarte, tu oponente lo habrá hecho. Podrías haber entrado en el peso medio y, sin embargo, te enfrentaste a un hombre que acababa de bajar a peso semipesado.

Ella era una atleta, una bailarina, y lo sabía todo sobre nutrición, sobre pasar hambre y sobre la musculatura.

–Sergio está desfasado... –siguió ella hasta que Roman la

interrumpió.

–No necesito que me des consejos sobre dietas, Anya.

No los necesitaba. Estaba mucho más delgada que antes y eso le preocupó. Aun así, también estaba mucho más hermosa.

–En cualquier caso... –Roman se encogió de hombros– estoy harto de boxear. He solicitado un pasaporte.

–¿Por qué?

–Porque aquí no hay nada para mí.

–¿Vas a buscar a Daniil?

–No –él sacudió la cabeza–. No voy a presentarme en su puerta...

–A él podría gustarle.

–No.

Roman era inflexible, no sería una carga para su hermano.

–Entonces, ¿adónde vas a ir?

Anya no quería que se marchara, fuera a donde fuese. Aunque no lo había visto en dos años, le gustaba saber que estaba cerca y oír algo de él de vez en cuando. Había soñado con un momento como ese, con encontrárselo en la calle, y había sucedido.

–¿Qué has estado haciendo? –le preguntó él.

–Bailar, nada más –contestó ella–. Acaban de decirme que dentro de dos semanas tengo una audición para formar parte del cuerpo de baile.

Él se quedó mirándola.

–Para participar en la próxima representación –le explicó ella–. Es un papel pequeño, pero estaré en el escenario.

–Lo conseguirás.

Él había sabido siempre que llegaría lejos.

–¿Irías a verme si lo consigo?

Roman miró el teatro del que había salido ella y no pudo imaginarse dentro de él, pero, aun así, quería verla bailar.

–Sí.

Él no sabía cómo, solo sabía que algún día lo haría. Su respuesta lo significó todo para Anya y fue a acariciarle el moratón que tenía encima del ojo, pero él apartó la cabeza en un movimiento reflejo. Los únicos contactos que conocía eran los puñetazos. Jamás había recibido el más mínimo cariño.

Las chicas que rondaban por el gimnasio donde se entrenaba

adoraban a Roman y no les importaba que no fuera cariñoso con ellas, o que no quisiera que fuesen cariñosas con él.

Sin embargo, sus dedos le tocaron la piel, le acariciaron la carne hinchada con delicadeza y vio que él cerraba los ojos. Anya siempre había sido especial para él.

–Nada de chicos –decía siempre su madre–. Para bailar, hay que sacrificarse.

Había hecho muchísimos sacrificios, pero Roman era su placer clandestino y se había tocado muchas veces pensando en él. Después de la pelea con su hermano, lo habían calificado como «no apto para la adopción» y lo habían mandado al ala de seguridad, aunque ella sabía que no había hecho falta que lo metieran allí. Se marchó del orfanato a los dieciséis años y lo había echado mucho de menos durante dos años.

En ese momento, podía ver sus labios hinchados y quería deleitarse con ellos. Se le había acelerado la respiración como si hubiese hecho algún ejercicio de baile, pero estaba muy quieta. La respiración de él era más lenta y profunda, casi como si estuviese preparándose para un combate y quisiera llevar oxígeno a todas sus células.

¿Quién besó a quién? Ninguno de los dos lo supo. Sus bocas se encontraron sin más. Fue un beso delicado durante un segundo, pero él podía aguantar el dolor y la besó con más fuerza antes de introducir la lengua en su boca. Fue suya a la primera. Los dos habían esperado ese momento durante demasiado tiempo. Levantó los brazos y su mano se encontró con la nuca de él, y, entonces, su espalda se topó con la pared. La besó con más intensidad y notó que él le desabrochaba el chaquetón. Luego, sintió la calidez de sus manos mientras le acariciaba los pechos por encima del jersey como había deseado que hiciera durante tanto tiempo. Le encantaba ese contacto íntimo. Sus lenguas siguieron entrelazándose y ella bajó la mano hasta que encontró lo que había estado presionándola, era grueso y duro. Estaban besándose impudicamente en un callejón y ya no pensaba en contarle a su madre que tenía una audición, pero, entonces, él le agarró la muñeca y le apartó la mano de donde ella quería dejarla.

–Anya...

–Te deseo, Roman, siempre te he deseado. Llévame a tu casa.

Llévame.

–Tienes que volver con tu madre –replicó él con la respiración más acelerada porque se avergonzaba del sitio donde vivía.

Se alejó y ella lo observó, pero su boca y su cuerpo estaban ardiendo a pesar del frío y no iba a dejar las cosas así. Corrió por el callejón, se colgó de su espalda como un mono y él se rio aunque siguió andando. Él se rio. Entonces, le dio la vuelta hasta que le rodeó la cintura con las piernas y se quedaron el uno enfrente del otro. Él no se detuvo y ella le preguntó lo mismo que le había preguntado hacía un par de años, cuando le había llevado la cena.

–¿Cómo conseguiste el chocolate?

Entonces, él no le había contestado, se habían mirado y se habían excitado el uno al otro la primera vez que habían estado solos. Esa vez, sí le contestó.

–Sev ganó una medalla y se lo dieron. Él lo reservó para mí.

–Deberías habértelo quedado.

–Siempre quise tener algo que pudiera regalarte. ¿Qué te dijo tu madre cuando te sorprendió? Nosotros tuvimos que volver a nuestras habitaciones y solo pude ver que ella entraba en la despensa y luego oí los gritos.

–Dijo que eras un problema –Anya sonrió–. Que eras un saboteador.

Roman se paró e intentó quitársela de encima, pero ella se resistió.

–Anya...

Él no sabía cómo decirlo, pero esa palabra le había dolido porque temía que no solo podía sabotear a Anya, que también podría sabotear a su hermano si lo buscaba. Le habían repetido durante años que era una mala noticia, que era un problema y que ninguna familia quería que él entrara a formar parte de ella.

Cuando no pudo explicárselo, se besaron otra vez. Tenía su sexo sobre el abdomen y su erección anhelaba alcanzarlo. Los dos sabían cómo acabaría eso. Al día siguiente empezaba febrero y eso significaba que pronto empezaría a oscurecer aunque solo eran las cuatro de la tarde.

–Deberías irte a casa.

–Sin embargo, quiero estar contigo –replicó ella–. Quiero que tú seas el primero para mí, tienes que ser tú.

Además, Roman no podía soportar la idea de que fuese otro.

–Llévame a tu casa –siguió ella.

–No es una casa.

Era una habitación en un edificio que el Estado ponía a disposición de los jóvenes problemáticos como él.

–Nosotros haremos que sea una casa.

Se besaron entre la nieve, pero ella no tenía frío porque sus pies no tocaban el suelo, tenía las piernas alrededor de él y sus bocas se daban calor.

Roman la dejó en el suelo y caminaron para salir del callejón. La nieve era gélida, pero ella no la notaba con el brazo de él alrededor, pero llegaron a una farmacia y él le dijo que le esperara fuera. Empezaron a caminar otra vez, hasta que él se paró en otra tienda.

–¿Qué estás haciendo?

–Espérame aquí –se limitó a contestar él.

Ella se abrazó a sí misma para intentar calentarse. Él salió por fin con una bolsa y ella le preguntó qué era.

–Da igual.

Siguieron andando hasta que llegaron a un edificio grande y gris donde Roman tenía una habitación. Se separaron y ella lo siguió por un tramo de escaleras. Él sacó una llave y abrió una puerta, pero volvió a decirle que lo esperara fuera.

–Roman...

A Anya no le gustaba esa casa y sabía que podía haber problemas, pero esperó nerviosa mientras se preguntaba qué hacía él. La puerta se abrió al cabo de un rato y ella entró. Aunque no le dijo a Roman que se había dado cuenta, vio que el colchón que había en el suelo tenía sábanas nuevas y una funda de almohada limpia. Había tardado poco en hacer el camastro. Al fin y al cabo, se había pasado la vida levantándose temprano y haciéndose la cama, pero que hubiese hecho ese esfuerzo para que el cuarto pareciera todo lo agradable posible significaba muchísimo para ella.

Una vez solos, no se sintieron cohibidos, quizá, un poco torpes al principio. Hacía casi tanto frío como fuera y Roman metió unas monedas en una pequeña estufa para encenderla, pero tardaría siglos en calentar la habitación.

–Desvístete –dijo él.

Quizá no fue muy romántico, pero a medida que Anya se

quitaba la ropa, él iba poniéndola en una silla junto a la estufa para que estuviera caliente cuando volviera a vestirse. Ella estaba acostumbrada a vestirse y desvestirse delante de otras personas en los vestuarios, pero, esa vez, podía notar los ojos de él en su cuerpo y se sonrojó, aunque no de vergüenza.

Temblando, se metió entre las sábanas ásperas y lo observó mientras se desvestía. Se alegró de que el ventanuco no tuviera cortina porque la luz gris e invernal le permitía ver su cuerpo mientras se quitaba el jersey. Era magnífico. Era ancho y musculoso y aunque estaba acostumbrada a los cuerpos en forma, el suyo era espléndido. Tenía moratones en el pecho por el combate del día anterior y la blancura de su piel hizo que quisiera alargar una mano.

Roman dejó junto al colchón los preservativos que había comprado y se quitó los vaqueros negros y la ropa interior. Al verlo, ella sintió que los pulmones le abrasaban. Se sintió nerviosa y excitada por la idea de tener eso dentro de ella. Cuando se tumbó en el colchón, ella se quedó entre las sábanas por el frío, pero él la destapó y le dio calor con su cuerpo. Notó sus brazos y quiso que la abrazara mientras le pasaba una mano por un muslo para deleitarse con su fuerza y con que, por fin, pudieran acariciarse y abrazarse. Él fue a tomar los preservativos.

–Roman... Bésame primero.

Él volvió a besarla y fue un beso más profundo que la última vez, más ávido que en el callejón, y ella intentó apaciguarlo con la lengua. Sus manos le acariciaban los pequeños pechos y gimió en la boca de ella.

–Lámelos –le pidió Anya.

Él se los succionó tanto que le produjo un daño muy placentero. Podía notar su erección en el muslo y él volvió a palpar en el suelo para buscar los preservativos.

–Espera –le rogó Anya, que quería seguir sintiendo su boca.

–No quiero esperar.

Roman se tumbó de espalda, fastidiado por la demora, y Anya se sentó en su abdomen. Él quería que le besara el pecho y le tomara los pezones con los dientes. Mejor dicho, lo que no quería era sentir su sexo húmedo en el abdomen cuando quería estar dentro.

–Quiero llegar... –añadió él.

Ella se levantó y se puso de rodillas, pero en vez de volver a bajar sobre su miembro turgente, se sentó en los muslos de él, tomó la erección con una mano y empezó a acariciarla.

–Eso puedo hacerlo yo.

Ella lo hacía lenta y delicadamente y miraba su rostro enfurruñado mientras lo acariciaba.

–Ya habríamos terminado si dejara que lo hicieses tú –replicó ella.

–Quiero terminar.

Él se había acostumbrado a un orgasmo rápido en la ducha y ese seguía siendo su sitio favorito. Le gustaba el sexo rápido y sin contemplaciones, ¿qué placer había en estar tumbado de espaldas y contemplar a alguien mientras lo acariciaba?

–Eres demasiado lenta.

–Entonces, hazlo tú mismo.

Anya se bajó de su abdomen y entonces decidió hacer algo que él no podía hacer. Se arrodilló a su lado y oyó su gemido ronco cuando le pasó la lengua por el extremo del miembro antes de metérselo en la boca y succionarlo.

–Más... –gimió él.

Ella siguió lamiéndolo y succionándolo y le encantaba la presión de su mano en la cabeza y que le pidiera que lo tomara más profunda y rápidamente. La agarró del pelo mientras acometía dentro de su boca y quiso tocarse a sí misma porque estaba llegando al clímax. Entonces, notó que se ponía tenso y que explotaba dentro de la boca, paladeó ese sabor salado y oyó su respiración entrecortada mientras se quedaba tumbado con los ojos cerrados. Cuando Roman volvió a abrirlos, no pudo verla al principio porque estaba tumbada con la cabeza a sus pies.

–Ahora, me toca a mí.

Él se incorporó, se puso de rodillas por encima de ella, le separó las piernas y la miró.

–Eres hermosa, Anya –dijo él mientras le acariciaba los labios más íntimos.

Ella se apoyó en los codos para mirar lo que hacía.

–Cuando me toco pensando en ti... me toco ahí.

Él estaba excitándose otra vez por mirarla y por imaginársela tocándose pensando en él. Ella le mostró con un dedo la pequeña

protuberancia, pero él le apartó el dedo y bajó la cabeza. Su gemido le indicó que había acertado con el sitio exacto y lo succionó, lo lamió, lo sopló hasta que fue Anya quien le pidió más. Él le separó más los muslos y seguía siendo áspero, pero ya era experto. Su mentón sin afeitar era delicioso y la indagación de su lengua era tan sublime que ni siquiera los codos podían sujetarla. Se tumbó de espaldas, se arqueó y empezó a gemir. Él le dijo que no hiciese ruido, pero se lo dijo con la boca en el sexo. Anya apretó los dientes e intentó contener un grito, y mientras liberaba la tensión en su boca, él seguía el ritmo de sus palpitaciones con los labios, hasta que le bajó las caderas. Se sentía extenuada, pero tenía los muslos juntos con una mano en el sexo porque todavía estaba anhelante y excitada. Él se giró, se apoyó en los codos encima de ella y la miró.

–No quiero hacerte daño.

–Yo sí lo quiero –replicó ella mientras se quitaba la mano y él le separaba las piernas con su musculoso muslo.

Roman pareció titubear, como si estuviera conteniéndose, hasta que entró un poco. Tenía la cara al lado de la de ella y pudo oír su sollozo. Se retiró, pero volvió a intentarlo y le dolió tanto que Anya dejó escapar un grito.

–Hazlo.

–Anya...

–Por favor.

Lo hizo y el desgarró fue atroz, la sensación cuando le alcanzó el cuello del útero fue tan dolorosa que sintió náuseas. Entonces, abrió los ojos y vio que estaba dentro de ella.

La besó como no la había besado jamás. Empezó como una disculpa, pero se convirtió en un beso para alejar el dolor. Era el beso que ella quería, cariñoso y jadeante, y cuando empezó a moverse dentro de ella el dolor dejó paso a la calidez y enseguida se dio cuenta de que estaba moviéndose con él.

A Roman, la sensación de que sus pieles ardientes se mezclaban le pareció sublime. Era como un contacto real, el primer contacto con otra alma. Le encantaba sentir sus manos en los hombros y entonces, cuando las bajó a su trasero, entró más. Se pusieron de costado para mirarse y besarse mejor. Acometió con más fuerza y miró mientras lo hacía. Estaba manchado con su sangre y no volvería a hacerle daño jamás.

–Roman...

Anya lo dijo con la voz ronca y un tono apremiante. Había tenido muchos orgasmos pensando en él, pero ninguno como ese porque estaba moviéndose lentamente dentro de ella. Se sentía como si fuese una muerte placentera y perdió todos los sentidos, menos el del contacto con él.

Roman volvió a tumbarla de espaldas, se puso encima de ella y la sensación de su peso le pareció grandiosa. Entonces, alcanzó un clímax dulce y ardiente que se extendió por todo su cuerpo y se concentró entre las piernas, que le pedían que la llenara. Él lo hizo, sus rápidas acometidas eran unas sacudidas deliciosas. El orgasmo de Anya los arrastró a un lugar donde no habían estado ninguno de los dos.

Se quedaron inmóviles. Estaba oscuro, pero sus cuerpos se sentían iluminados y la estufa ya había calentado la habitación.

–No quiero irme a casa –comentó Anya rebosante de felicidad.

–Tienes que ir.

–Quiero quedarme contigo –insistió ella dándose la vuelta–. Te amo.

Él la miró fijamente y se levantó del colchón.

–Vamos, tienes que irte a casa.

La vistió con la ropa caliente y luego la acompañó por la nieve de vuelta a su mundo, a un mundo donde no quería estar sin él.

Hasta el recuerdo de ellos dos hizo que Anya tuviese hambre. Estaba en un restaurante de París y normalmente habría jugueteado con una ensalada de huevos de codorniz y habría dejado el pan frito. Esa noche, se comió una codorniz, pero ni siquiera una cena abundante le aplacó el hambre porque lo que ansiaba era a Roman.

Encendió el teléfono al final de la cena. Él no había vuelto a llamarla y frunció el ceño porque había esperado que fuese más insistente, que su persecución hubiese sido más emocionante.

La compañía volvió al hotel dando un paseo. Había carteles que anunciaban el ballet y todo el mundo comentaba que la famosa compañía de baile había llegado a París. Había un par de periodistas en la puerta y Mika le pasó un brazo por los hombros.

–¿Puedes hacerme un favor? –le preguntó Anya.

–Puedo –contestó Mika con el ceño fruncido porque era muy raro que Anya pidiera algo.

–¿Podrías quedarte mi teléfono esta noche y no dármelo aunque te lo suplique?

–¿Puedo preguntarte por qué?

Ella nunca contaba a nadie lo que pasaba en su vida, pero ya no podía soportar sobrellevar eso sola. Necesitaba amigos.

–Porque el amor de mi vida ya tiene mi número de teléfono y yo tengo el suyo. Me da miedo ser demasiado débil y usarlo porque lo necesito esta noche.

El corazón de Mika, quien gozaba de una reputación formidable con las mujeres, pero que llevaba años amando a Anya en secreto, quedó destrozado en ese momento y en ese lugar.

–Claro –dijo él mientras tomaba el teléfono.

Entraron en el lujoso vestíbulo y Mika retiró el brazo bruscamente y fue a alejarse.

–¿Adónde vas? –le preguntó ella.

Había esperado algo de conversación, contarle sus penas a alguien que podría ayudarla a entender algo.

–Al bar.

Entonces, ella lo notó. Fue lo mismo que sintió cuando robó los copos de chocolate y supo que estaban observándola. Se dio la vuelta y vio a Roman sentado, con las piernas estiradas, completamente relajado y esperando a que ella llegara. Se levantó con un brillo triunfal en los ojos. Ella quiso salir corriendo, alejarse de él, pero su cuerpo desobedeció la orden y se quedó quieta, rebosante de adrenalina, mientras él se acercaba.

–¿Cómo...?

Anya solo pudo decir una palabra, pero ¿cómo la había encontrado?

Capítulo 9

Tienes dos alternativas –dijo Roman sin contestar a la pregunta–. Podemos subir a tu suite para que hagas el equipaje o te llevo a mi casa en este momento y mando a alguien para que recoja tus cosas.

–Ya te lo he dicho, no quiero ir a tu casa. Tengo que ensayar. Tengo...

–Esto no admite discusión –la interrumpió él–. Vas a volver conmigo.

–No puedes obligarme. ¡Haré que el servicio de seguridad te expulse!

–¿Por qué iban a expulsar a un huésped del hotel?

–¿Has reservado una habitación aquí?

–Claro –contestó él–. Además, Anya, ¿de verdad crees que podrían expulsarme?

Él miró hacia la entrada y Anya hizo lo mismo. Efectivamente, los dos guardas de seguridad que lidiaban con la prensa no serían oponentes para Roman.

–Te cargaré sobre un hombro ahora mismo –le avisó él dispuesto a hacerlo–. Si no –Roman le arrebató el bolso, lo abrió y sacó la tarjeta del hotel para comprobar el número de la habitación–, podemos subir y recoger tus cosas.

–No voy a...

Él ya la había agarrado de un codo y la llevaba hacia el ascensor.

–¿Cómo? –volvió a preguntar ella mientras Roman pulsaba el botón–. Di instrucciones en recepción para que no dieran ninguna información.

–No llamé a recepción.

–¿Hiciste que me siguieran? –preguntó ella levantando la voz.

–Eres demasiado aparatosa –contestó él mientras se abrían las puertas y entraban en el ascensor.

Siempre lo había sido. Había sido muy clara con sus sentimientos y los había expresado hasta el día que él se había

marchado. Había estado aislada durante años, pero él había cambiado las tornas y había hecho que volviera a ser la mujer que había sido la última vez que él había estado en su vida.

–Quiero que me digas cómo me has encontrado.

–Tu novio puso una foto en una red social de la vista desde la habitación de su hotel. Conozco muy bien el perfil de la ciudad –le explicó Roman, pero ella captó el tono cortante de su voz cuando le hizo una pregunta–. ¿Compartes la habitación con él? ¿Por eso no quieres que esté aquí?

Anya pensó que no estaba preparada para eso. No estaba dispuesta a revelar la profundidad de su amor, que no había habido nadie después de él, que no podría haber nadie aparte de él. Tampoco estaba dispuesta a oír nada sobre su esposa y, de repente, volvió a sentir el impulso de salir corriendo que había sentido en el vestíbulo. Se dio media vuelta y corrió hacia los ascensores.

Roman hizo lo que había anunciado. La alcanzó fácilmente, la levantó y se la puso en un hombro.

–Bájame.

Él no lo hizo y ella le golpeó la espalda.

–Creía que te gustaba que le levantaran... –replicó Roman mientras volvía por el pasillo y pensaba en Mika levantándola–. ¿Él te hace esto...?

Roman le pasó una mano entre las piernas y ella sonrió, sin que él lo viera, por el tono celoso de su voz.

–Lo hace –contestó ella–, pero con unas manos mucho más diestras.

Ella notó que subía la mano por el muslo hasta que sus dedos llegaron a las bragas húmedas; estaba ardiente e inflamada para él.

–Eres una mentirosa –replicó él, porque no había manos más diestras que las suyas cuando se trataba de Anya.

Llegaron a la puerta. Él retiró la mano, introdujo la tarjeta, abrió la puerta y entró. La dejó caer en la cama y ella se quedó tumbada y mirándolo fijamente. No podía respirar.

Él tampoco, pero no era por el esfuerzo, había caminado por terrenos escarpados con cargas a la espalda mucho más pesadas que Anya.

También la miró fijamente y había una tensión peligrosa en el ambiente. Ella sintió que podía tomarla en ese momento, que podía

meterse en la cama y tomarla sin más... y reprimió el deseo de que lo hiciera.

Entonces, de repente, él se dio la vuelta y se alejó. Fue al cuarto de baño, se agarró al lavabo y vio el cepillo de dientes de ella y sus cosas, nada más. El alivio se adueñó de él cuando comprobó que no compartía la habitación con Mika. Entendió mejor a Anya, que no pudiera soportar que hablara de Celeste, porque él también tenía que resolver muchas cosas. Los celos y el instinto de posesión le revolvían el estómago y dio un buen sorbo de agua. Anya trabajaba con Mika, ensayaba con Mika y actuaría con él. Roman sabía que, si Anya y él querían tener la oportunidad de estar juntos, tendría que aprender a sobrellevar eso, tenía que aceptar el pasado de ella y su presente. Por eso, se incorporó y esperó un momento para recomponerse.

Anya no podía verlo, estaba tumbada e intentaba decidir qué iba a hacer. Roman salió y le ofreció una solución.

–Tenemos que volver a conocernos.

A ella le daba miedo ver su casa y meterse más en su vida. Al fin y al cabo, él la había abandonado sin ningún problema la última vez... ¡y se había casado!

–Yo ya te conozco, Roman.

Era verdad. Conocía su corazón porque se había unido al de ella hacía muchos años, sabía todo el dolor que podía causarle, que le había causado y que le causaba todavía.

–No puedo perdonarte –añadió ella.

–No te pido que me perdones, pero tenemos que estar juntos algún tiempo para al menos...

–No.

–No hablaré de Celeste hasta que estés preparada.

Ella cerró los ojos solo de oír el nombre de su esposa.

–Solo pasaremos algún tiempo juntos, reencontrándonos poco a poco...

–¿Por qué? –preguntó Anya.

–Porque volvemos a estar el uno en la vida del otro.

Por eso se había mantenido alejado durante tanto tiempo.

–Tengo que centrarme en la danza –replicó Anya, quien, desde que Roman había vuelto, había ensayado menos y comido más–. Tengo que ensayar y entrenarme todos los días.

–Claro que podrás ensayar y entrenarte, no voy a secuestrarte. Quiero que vayas a mi casa y sé que tú también quieres estar allí.

–No quiero compartir una cama contigo.

–Claro que quieres –Roman lo dijo como si fuera una certeza, y lo era–, pero, si quieres hacerte la remilgada, puedes quedarte en uno de los cuartos de invitados.

–¿Cuartos de invitados?

Anya se preguntó quién era ese hombre. Quizá no lo conociera después de todo.

–Pienso que...

–No pienses –la interrumpió él antes de ir al armario y sacar las maletas.

Se quedó tumbada y lo observó mientras llamaba a alguien y hablaba en francés. Luego, hizo las maletas tranquilamente. Tranquilamente porque le parecía bien. Roman iba a llevársela a casa.

Capítulo 10

Anya se montó en el coche mientras cargaban sus maletas. Había decidido no dejar la habitación del hotel, se sentía más segura si tenía una guarida a la que volver si las cosas no salían bien, y dudaba mucho que salieran bien, porque no podía imaginarse que llegaran a poder hablar de Celeste. Además, tampoco creía que llegara a perdonarle que la hubiese abandonado hacía tantos años. Había dado por terminada su relación sin contar con ella y, en ese momento, sin contar con ella tampoco, estaba empezándola otra vez.

Roman tenía un chófer. Su corazón lo conocía, pero ¿quién era ese hombre y cómo había llegado a donde estaba?

–Estoy cansada, Roman –dijo ella cuando él se montó en el coche y se sentó a su lado.

Ya había pasado la medianoche y estaba molida.

–Lo sé, pronto podrás descansar.

Su piso no estaba muy lejos del hotel, vivía en el elegante distrito ocho, al lado de la avenida de los Campos Elíseos, seguramente, la avenida más bonita del mundo.

¿Cómo era posible? Roman insistía en que el dinero era suyo, pero ella sabía de dónde había salido él y eso le parecía imposible. Cruzaron las verjas de una calle privada y se le ocurrió algo espantoso. Se pararon delante de un impresionante edificio clásico, y típico de París, y tuvo que saber algo antes de bajarse del coche.

–¿Vivías aquí con ella?

–No –contestó Roman–. Lo compré el año pasado.

Ella se bajó del coche. Entraron el vestíbulo y el conserje les saludó. Se abrieron las puertas de un ascensor antiguo, salió un hombre mayor y habló un momento con Roman en francés. Había varios ascensores y a ella le pareció que el edificio era como un antiguo hotel de lujo, y algo ajado.

–Este es el único ascensor que puedes utilizar. Te daré una llave –le explicó Roman mientras entraban–. Si pulsas aquí... –él le

mostró un botón– te llevará directamente a mi piso.

No tenía sentido, pero ella no preguntó nada y se limitó a asentir con la cabeza mientras subían. Cuando el ascensor se detuvo y él abrió la puerta, ella entró en un lujo que no tenía nada de ajado, que era impresionante. El recibidor tenía las paredes de color carmesí, como el techo y las alfombras. Había muebles antiguos y un espejo enorme con marco dorado donde ella podía ver su pálido reflejo. Una mujer mayor y rolliza entró y habló en francés con Roman antes de dirigirse a ella, que sacudió la cabeza para indicarle que no entendía. Estaba tan cansada que casi no podía ni hablar.

–Josie ha dicho que tu cuarto está preparado y pregunta que si quieres cenar algo.

–Dile que no, gracias.

–¿No hablas nada de francés? –le preguntó él.

–Conozco infinidad de términos de ballet, pero eso es todo.

El hombre mayor del ascensor volvió en ese momento y depositó las maletas en su habitación. Cuando salió otra vez, Josie y él les desearon buenas noches y ella esperó mientras hablaban un rato en francés. Estaba más que perpleja. Roman charlaba tranquilamente con ellos y Josie se rio por lo que acababa de decir. No parecían empleados y, aun así, estaban allí cuando era noche cerrada, se ocupaban de su casa y de la imprevista invitada y se marchaban por el ascensor interior.

–¿Quiénes son? –le preguntó Anya.

–Josie y Claude.

Él se rio y fue un sonido inusitado. En realidad, ella no lo había oído desde que habían vuelto a encontrarse. Era un sonido grave y profundo que llegaba de tiempos remotos y quiso oírlo otra vez.

–Venían con el piso –añadió Roman mientras la acompañaba a la que, seguramente, era la sala más bonita que había visto en su vida.

Las cortinas de seda color jade estaban cerradas y la sala estaba iluminada por lámparas con pantallas de damasco. Anya miró hacia el alto techo y la lámpara que colgaba, que, aunque era muy grande y lujosa, resultaba tranquilizadora.

–No sabía nada de ellos –siguió explicándole Roman–. La primera mañana que me desperté aquí, fui a la cocina y me encontré a Josie preparando el desayuno. «*Bonjour, monsieur*», me

saludó antes de decirme que me sacaría el desayuno a la terraza. Fui a la terraza y entonces me encontré con Claude preparando la mesa. Estaba tan desconcertado como lo estás tú ahora –ella sonrió–. ¡Solo podía pensar que me alegraba de no tener un arma en ese momento!

Esa vez, fue Anya quien se rio.

–Resulta que tienen un pisito abajo y que se ocupan de este. Llevan décadas aquí. Te acostumbrarás a ellos.

–¿Te has acostumbrado tú?

–Tardé un tiempo –reconoció él.

Anya se preguntó si ellos durarían un tiempo, si podrían estar juntos mientras eludían esos asuntos tan dolorosos que tenían que aclarar.

–¿Quieres que te enseñe la casa? –le preguntó Roman.

–Ahora no. Estoy muy cansada.

–Entonces, te acompañaré a tu dormitorio.

Roman, fiel a su palabra, no intentó convencerla de que durmiera con él y Anya se encontró haciendo pucheros cuando él le mostró la puerta y le deseó buenas noches sin darle un beso siquiera.

Entró y, otra vez, la decoración era increíble. El cuarto era tan grande como todo el piso de ella. El papel pintado era un despliegue de rosas y rojos y las cortinas tenían el mismo dibujo, pero en seda. La cama con dosel tenía una ropa preciosa y Josie había dejado en la mesilla labrada un vaso y una jarra cubierta con un paño de lino. Era impresionante de verdad. Incluso, había una zona de lectura con una *chaise-longue* oscura y unas repisas rebosantes de libros. Sin embargo, los libros estaban en francés.

No pudo resistirse y abrió las cortinas y las contraventanas. Allí estaba la torre Eiffel resplandeciente en la noche. Era la habitación más romántica y femenina en la que había estado y nunca podría haber esperado que estuviese en una casa de Roman.

Se desvistió en un cuarto de baño precioso y se puso un vaporoso camisón. Mientras subía a la cama altísima, pensó que era una casa que parecía un palacio. Había pasado semanas en hoteles y en ese momento miraba la vista desde la cama e intentaba asimilar que estaba allí.

Tenía muchas preguntas dándole vueltas en la cabeza y no podía

relajarse aunque estuviese agotada, no podía dormirse con Roman al final del pasillo. Había oído que había apagado las luces y sabía que estaba en la cama.

Se comió un copo de chocolate, pero su hambre no era por ese motivo. Se levantó de la cama, recorrió el pasillo de puntillas y giró a la izquierda. Llegó a una puerta muy alta y vio luz por debajo. Supo que él estaba allí y la abrió. Estaba sentado en la cama con la cabeza entre las manos, como abatido, y no la miró aunque habló.

–Vete a la cama, Anya.

Ella no se fue. Roman se había quitado la camisa y solo llevaba los pantalones negros. Anya creía que conocía cada centímetro de su cuerpo, pero las cicatrices de su espalda le demostraron que no lo conocía tan bien. Dejó escapar un grito muy leve que lo abrasó por dentro.

Él no quería que las viera porque sabía que la atormentarían, pero, aun así, sintió un extraño alivio. Ella también se sentó en la cama y le tocó la espalda.

–¿Qué pasó?

–Déjalo por el momento.

–¡Podrías haber muerto y yo no lo habría sabido!

Él se quedó con la cabeza entre las manos y recordó lo cerca que había estado de morir mientras ella seguía hablando con una rabia y desesperación evidentes.

–Te esperé y sentía miedo por ti. Me daba miedo que estuvieses en zonas en guerra y que pudieses estar muerto. Recé para que estuvieses vivo y que algún día me buscaras. En cambio, mientras yo hacía eso, tú te casaste con ella.

Él se levantó y, por segunda vez esa noche, la levantó y se la puso en un hombro. Ella le besó las cicatrices de la espalda mientras la llevaba a su cuarto.

–No quiero hacerme la remilgada, quiero estar en tu cama.

–Cuando seamos capaces de hablar como adultos sobre Celeste y...

Él tampoco estaba preparado, ni siquiera podía decir el nombre de Mika. Abrió las sábanas con envoltorios de copos de chocolate y la dejó en la cama.

–Ya podremos resarcirnos después.

–Nunca podré hablar amablemente de ella.

–Entonces, nunca te resarcirás.

–Vaya, ¿estás en huelga sexual? –se burló ella–. Ya veremos quién cede primero.

–No sabes la vida que he vivido. Te aseguro que sé pasar sin ello.

Él no se marchó. Cerró las contraventanas y las cortinas y se sentó en la cama.

–Es demasiado hermosa como para no mirarla –dijo él refiriéndose a la torre Eiffel–. Tienes que dormir.

–Tengo clase a las ocho.

–No falta mucho.

Ella le miró el hombro y vio que también tenía cicatrices.

–Cuéntamelo.

–Metralla.

–¿Fue grave?

–Bastante grave, me perforó un pulmón.

–¿Pudiste haber muerto?

Él asintió con la cabeza. Ella quiso preguntarle si había pensado en ella en aquel momento, pero Roman era tan sincero que le dio miedo preguntárselo por si no le gustaba la respuesta.

–Sin embargo, fue peor para mi compañero –ella siguió con la mano en su hombro, sintiendo sus músculos y las cicatrices–. Intenté mantenerlo consciente.

Le contó lo que le había dicho Dario sobre el mercado de valores y las reglas que él no había sido capaz de seguir.

–Sin embargo, yo sí pude –Roman le contó que se había recuperado en Provenza–. Iba a haber dejado La Legión a los cinco años, pero se portaron muy bien conmigo y, cuando el contrato venció, lo renové por otros cinco años.

Le contó cómo había empezado a ganar dinero y ella acabó creyéndose que todo eso era suyo.

–¿Y tu compañero?

–¿Dario? Sigue en La Legión.

–¿Te mantienes en contacto con él?

–Sí.

Roman apagó la luz, le dio un beso muy leve en los labios y se marchó. Ella se tumbó y se quedó dormida. Durmió tan profundamente que, cuando se despertó, tardó un rato en darse

cuenta de dónde estaba. Lo que había pasado la noche anterior era como un sueño.

Tomó el bolso para ver la hora en el teléfono, pero se acordó de que lo tenía Mika. Fue al cuarto de baño y se espabiló. ¿Se vestía para desayunar? ¿Era la hora del desayuno? Se puso una bata y salió apresuradamente. Tenía clase a las ocho y ensayo después.

–*Bonjour, mademoiselle* –la saludó Josie.

–*Bonjour, madame* –la saludó ella mientras salía a la terraza, donde Roman estaba leyendo el periódico.

En realidad, estaba repantingado en una butaca. Solo llevaba los vaqueros negros y no se había afeitado. Cuando levantó la mirada y le sonrió, ella tuvo que hacer un esfuerzo para no sentarse en sus rodillas y besarlo.

–¿Qué hora es? –le preguntó ella.

–Son casi las siete. Iba a despertarte a esa hora –contestó él.

Anya se sentó a la mesa de desayuno, que tenía un florero con flores, *baguettes*, bollos y una jarra de plata, seguramente, con café.

–¿Qué tal has dormido? –le preguntó ella.

–Siempre duermo bien, así que no hace falta que me lo preguntes. Si duermo mal, te lo diré. ¿Qué tal has dormido tú?

–Nunca duermo bien –contestó ella–, pero acabé durmiéndome profundamente. Mi cuarto es precioso. No elegiste tú los muebles, ¿verdad?

–No. El piso ya tenía todo, ¡hasta los empleados! Fue una de las cosas que más me gustó. No habría sabido por dónde empezar para decorarlo.

–Pues está perfecto.

Anya tomó la cafetera para servirse una taza, pero frunció el ceño cuando salió un chocolate delicioso.

–Me gustaría tomar té verde –dijo ella, enfadada con él por la tentación.

–Claro.

Roman llamó a Josie, pero Anya ya estaba sacando un yogur y unas bayas frescas que dejó en la mesa mientras él daba instrucciones a la empleada.

–Es posible que tarde un poco –comentó Roman cuando Josie se marchó–. Tiene que ir a la tienda a comprarlo.

–Entonces, que sea té Oolong o, si no...

–¿Te parezco un hombre que tiene una colección de infusiones?
–la interrumpió Roman.

–Estoy segura de que has tenido otras amantes que han pedido té verde –replicó ella con desdén.

–No traigo a mujeres aquí. Para eso están los hoteles.

Eso le dolió por un lado, porque, efectivamente, había habido otras mujeres, y la consoló por otro, porque no las había llevado allí y ella sí estaba.

–Dile a Josie que no se preocupe –gruñó ella mirando a Roman con los ojos entrecerrados mientras se servía chocolate–. ¿Estás intentando que engorde otra vez?

–Anya –contestó Roman con calma–, le he pedido a Josie que prepare un desayuno para ti –él abrió un trozo de pan y lo untó de mantequilla–. Bebí té negro en el orfanato y café en La Legión –omitió los años de los que no se podía hablar–. Entonces, aquella mañana, cuando me encontré a Josie en la cocina, me trajo el mismo desayuno que me ha traído hoy. Se levanta temprano, va a la panadería, compra pan y bollos recién hechos y hace chocolate caliente. Me gusta. Mi desayuno no tiene nada que ver contigo. Tendrás toda una selección de infusiones cuando vuelvas de bailar.

–Es posible que vuelva tarde. Esta semana tengo que trabajar mucho.

Anya lo dijo mientras se preparaba el yogur y las bayas, pero bebió chocolate caliente.

–Vuelve cuando puedas –replicó él mirando el periódico–, pero vuelve.

–Nunca habíamos desayunado juntos –comentó ella.

–No –él bajó el periódico y la miró–. Sin embargo, no podemos entretenernos, no querrás llegar tarde.

Era posible que hubiesen cambiado. Durante las dos semanas que pasaron juntos, hacían el amor por la mañana y Anya llegaba tarde a la clase. Después, cuando ella solía quedarse y ensayar más, volvía corriendo con él. Su madre la esperó un día en la entrada de artistas para que volviera a casa con ella, pero la esquivó para pasar otra noche entre los brazos de Roman.

–No volveré a sabotear tu carrera de bailarina –añadió él.

Había aprendido la lección. Después de aquella cena desastrosa y de la discusión posterior, la audición le había salido mal y no la

eligieron para el cuerpo de baile. Katya lo buscó y fue al gimnasio donde estaba entrenándose para el combate siguiente. Le dijo que Anya tenía talento y que le había ido muy bien hasta que él había reaparecido.

–Saboteas su carrera de bailarina –le había reprochado Katya, que también le había dicho que era una carga para el sistema y que ninguna familia lo querría–. La rebajas a tu nivel. Ahora, tengo que consolarla cuando llora. Después de tanto trabajo y sufrimiento, no la han elegido para el cuerpo de baile. Ojalá no hubieses existido nunca, lo deseo con toda mi alma por Anya.

Él recibió su pasaporte ese mismo día, recogió sus cosas y se marchó para alistarse en La Legión Extranjera.

No, no volvería a sabotear su carrera de bailarina.

–Tengo que irme –dijo Anya.

–Claro.

Fue a su cuarto, hizo la bolsa de baile, se puso unas medias, el *maillot*, una falda de tubo y una chaqueta de lana. Llegó a las ocho en punto, pero era tarde para ella... y para Mika.

–¿Dónde has estado? –le preguntó mientras empezaban a trabajar en la barra, él estaba detrás de ella–. Hemos estado esperándote en el vestíbulo y te han llamado desde la recepción, pero no has contestado.

–No voy a quedarme en el hotel.

Ella pudo notar que él lo censuraba, igual que Lula, que estaba delante de ella. Aunque no era muy amiga de nadie, sí eran un grupo unido. Iban de gira y muchas veces cenaban y salían juntos por la noche. Los cambios se recibían mal.

Para Anya, la clase fue muy bien, todo el día fue muy bien. El trabajo de suelo salió muy bien, aunque Mika y ella repasaron la segunda parte de *El pájaro de fuego*. Se sentía segura y estimulada solo de pensar que esa noche vería a Roman.

–Habíamos pensado que esta noche podríamos ir al cine al aire libre del parque Vilette –comentó el coreógrafo cuando ya estaban recogiendo sus cosas.

–Yo no puedo esta noche –replicó Anya.

No tenía que dar explicaciones ni excusas. Sin embargo, mientras se dirigía a casa de Roman, le pareció que debería haberlas dado porque casi había podido oír la desaprobación

silenciosa de todo el grupo. Intentó no pensar más en ello, salió del ascensor y tardó un momento en darse cuenta de que estaba sola en la casa. Llamó a Roman, pero no contestó.

Paseó por la casa. Miró el Sena desde la sala, que había tenido las cortinas cerradas la noche anterior. Luego, recorrió el pasillo, abrió una de las grandes puertas y vio una habitación enorme con el suelo de madera. Era muy moderna, al contrario que el resto de la casa, y supuso que era su gimnasio, como el de Daniil.

Oyó el ascensor, se dio la vuelta y Roman salió. Iba vestido con traje, llevaba una funda con el ordenador portátil y tuvo la ligera sensación de que volvía a casa con ella.

–He ido a ver un piso –dijo él como si quisiera explicarle de dónde llegaba.

–¿Era tan bonito como este?

–Ninguno es tan bonito como este.

Se acercó a ella y entraron en la habitación.

–Es como la habitación que había en casa de Daniil –comentó Anya–. Los dos os parecéis mucho, aunque hayáis estado separados. A lo mejor podrías poner un cuadrilátero aquí... Un día podríais pelear otra vez, pero deportivamente esta vez.

–Es posible. ¿Qué tal la clase?

–Muy bien –Anya asintió con la cabeza–. Bueno, creo que no están muy contentos conmigo, pero he bailado bien.

–¿Por qué no están contentos contigo? –preguntó él con el ceño fruncido.

–Porque no voy a quedarme en el hotel y no he salido con ellos esta noche.

–Puedes salir con ellos esta noche.

–No –Anya sacudió la cabeza–. No habría ido aunque no hubiese estado contigo. Van al cine al aire libre y me picaron los mosquitos la última vez que fui.

Cuidaba mucho la piel. Él se acordó de que le dijo que tuviera cuidado cuando la besaba porque la primera vez le había dejado un moratón.

–En cualquier caso –siguió ella–, había pensado que podíamos salir a cenar.

Ella quería comprobar si las cosas podrían ser distintas esa vez. Roman asintió con la cabeza; él también necesitaba saberlo.

Capítulo 11

Anya llevaba un sencillo vestido negro y se había maquillado con mucho cuidado.

Él estaba muy elegante con traje y ella tenía un nudo en el estómago mientras los llevaban por las calles iluminadas, pero Roman le dijo al chófer que volverían paseando a casa. La llevó a un restaurante en lo más alto de un edificio y, cuando los acompañaron a una mesa preciosa que daba al Sena, él pidió una más íntima en vez de esa.

Estaban sentados en unos mullidos asientos altos de terciopelo que amortiguaban el sonido de los otros comensales. Él apartó el candelabro de plata y a ella le gustó que lo hiciera. Se miraron, la luz de las velas le oscureció las sombras que tenía debajo de los pómulos y ella tuvo que hacer un esfuerzo para no tocarle la cara. Tenía el corazón acelerado y pensó que los asientos deberían tener cinturones de seguridad porque se sentía como si estuviese en una montaña rusa y debería estar bien sujeta. Se sentía como si estuviesen dirigiéndose hacia algo real y muy hermoso... y le daba vértigo tener esperanza.

La carta era increíble, pero los días indolentes que había pasado pensando en Roman en vez de ejercitándose significaban que tenía que elegir con cuidado.

–Los espárragos con láminas de naranja –le pidió al camarero.

Se preparó para que él comentara algo, para que le recordara que era la primera vez que cenaban juntos desde hacía más de una década, pero él no dijo nada y se limitó a pedir su cena.

Roman habló con el sumiller, pero ella negó con la cabeza cuando él se lo tradujo.

–Solo beberé agua.

No solo no podía permitírselo, tampoco quería bajar la guardia lo más mínimo. La noche anterior, cuando vio sus cicatrices, lloró mucho y no estaba dispuesta a hacerlo otra vez.

A él no le gustó la propuesta del sumiller para acompañar su

côte de veau foyot y pidió su vino preferido. Anya lo observó mientras hablaba con naturalidad.

–¿Qué vas a comer? –le preguntó ella.

–Ternera con queso parmesano y salsa de vino blanco.

–Hablas muy bien en francés –comentó ella.

–Lo sé. Hasta los franceses creen que soy francés...

–Lo eres –le interrumpió Anya en tono cáustico aludiendo a su nueva identidad.

Roman, sin embargo, negó con la cabeza.

–Cuando alguien me pregunta de dónde soy, yo contesto: «*Je suis legionnaire*» –replicó él con orgullo.

–También hablas inglés.

–No igual de bien. Empecé a aprenderlo el año pasado. Si quería poder hablar con Daniil y su familia... –él no acabó la frase.

–Entonces, no os reencontrasteis por casualidad.

Era tan observadora como él. Roman pensó en los momentos posteriores a la muerte de Celeste y en la creciente necesidad de comprobar por sí mismo cómo estaba Daniil... y Anya.

–No sabía si lo encontraría, pero quería poder conversar por si lo encontraba... –le explicó él poniendo los ojos un poco en blanco.

–Cuéntamelo.

Ella todavía lo conocía y podía interpretar esos gestos faciales, al contrario que las cicatrices.

Él podía contárselo. Por algún motivo, le pareció que podía hablar con ella de su gemelo cuando, normalmente, se quedaría en silencio.

–Cuando saludé a Libby, le di la enhorabuena por el bebé y, justo entonces, Daniil se acercó y me preguntó dónde había estado. Le contesté que había estado en París y le molestó que hubiese estado solo a una hora de distancia. Le pregunté, en ruso, qué tal estaba. Él me contestó que teníamos que hablar en inglés delante de su esposa –la miró a los ojos verdes y ella los entrecerró–. Él ha estado en Inglaterra desde que tenía doce años y como yo había saludado a Libby en inglés, se daba por supuesto que lo hablaba perfectamente.

–*Shishka*.

Ella empleó el apodo que le habían puesto a Daniil para tomarle el pelo antes de que se fuera con su nueva familia y Roman sonrió.

–Deberías haberle dicho el esfuerzo que habías hecho solo para poder hablar con su familia.

–Es posible, pero no quiero –reconoció Roman–. Todavía no me siento lo bastante unido a él como para olvidar ciertas cosas.

–Él intentó escribirte, Libby me lo contó. Además, te buscó, pero las personas que se alistaban en La Legión Extranjera no suelen querer que los encuentren.

Él miró las lágrimas que le empañaban los ojos y vio el dolor y la angustia que había causado. No dejó de mirarla hasta que llegó el camarero para servirles las bebidas. Anya dio un sorbo de agua y respiró. Dio otro sorbo y ya estuvo preparada para hacer más preguntas.

–¿Cómo fue? –Anya elevó la voz cuando hizo la siguiente pregunta–. ¿Cuándo lo solicitaste? ¿Me escondiste los formularios?

Le indignaba que hubiese estado rellenando formularios de solicitud mientras estaba con ella, que hubiese tenido pensado marcharse incluso cuando hacía el amor con ella.

–No escondí ningún formulario –contestó Roman–. No presentas una solicitud, te presentas allí y llamas a la puerta –le explicó antes de dar un sorbo de vino.

–¿Y ya está?

–No. Eso solo es el principio. Te quitan todas tus cosas, te dan un uniforme oscuro y unas botas y, durante dos semanas, hacen todo tipo de pruebas a los posibles reclutas. Estuve con una variedad increíble de hombres –él dejó escapar una risotada en voz baja al recordarlos–. Un par de ellos ni siquiera soportaron el primer día.

–Pero tú sí –ella ya estaba más contenta porque no le había escondido ningún formulario–. ¿Cómo fue el adiestramiento?

–Muy duro –reconoció él–. No consigues el quepis fácilmente, tienes que ganártelo.

–¿El quepis?

–La gorra blanca que llevamos –le explicó Roman–. Jamás en mi vida me he entrenado así y luego, si superas esa parte, te mandan a El Rancho y ahí empieza lo duro de verdad. Haces caminatas interminables y tienes que superar obstáculos físicos y psicológicos. Entonces, cuando pasé, cuando conseguí el quepis, solicité el regimiento de paracaidistas y fui a Córcega.

–¿Saltaste desde aviones?

–Muchas veces. Iban en formación...

Entonces, ella le preguntó lo que no había sido capaz de preguntarle la noche anterior y estaba preparada para oír la respuesta aunque no le gustara.

–¿Pensaste en mí alguna vez?

–Al principio, no.

Él fue implacablemente sincero, como lo era siempre, pero no le hizo todo el daño que podría haberle hecho porque había reconocido que sí había pensado en ella al final.

–Te machacan desde que llamas a la puerta, solo quieren a los hombres más fuertes. Luego, vas a El Rancho y te machacan más todavía. Algunas veces, haces tareas tan vulgares que te volverías loco si pensaras en todo lo que has abandonado. Otras veces, estás tan agotado que no tienes tiempo ni para pensar. Además, tienes que hablar en francés y eso ocupa mucho espacio en la cabeza.

Ella lo escuchó, se lo imaginó allí y se sintió orgullosa de que hubiese hecho todas esas cosas.

–Te despiertas y tomas café y pan con mermelada, pero terminas y todavía tienes hambre. Entonces, llegan las caminatas interminables y aunque tienes que hacerlas tú, y solo tú, empiezas a animar a los demás, empiezas a cambiar y te conviertes en parte de un equipo. Marchábamos y cantábamos...

Ella se rio.

–No puedo imaginarte cantando –reconoció ella.

Era tan reservado, tan inexpresivo, que no podía imaginárselo cantando con otros hombres.

–Es una parte importante.

Recordó aquel momento. Había sido una caminata muy larga y exigente y Dario se había quedado retrasado.

–*Suis-moi.*

Le había dicho a Dario que lo siguiera, que se mantuviese a su altura, y se lo había dicho en francés sin pensarlo. Fue la noche anterior a que hubiese soñado en francés por primera vez y a que hubiera sentido como si el pasado estuviese desvaneciéndose. Pensaba muy poco en su vida, no se lo permitía. Sin embargo, acabó comprobando que podía repasar el pasado.

Pensó en Daniil y se dijo a sí mismo que había hecho bien en

obligarle a que abandonara el orfanato. Pensó en Sev. Efectivamente, era un empollón, pero tenía una buena cabeza y esperó que el colegio nuevo al que había ido lo hubiese ayudado a mejorar. Luego, pensó en Nikolai y se encontró con un espacio vacío y desolador. Había desolación e intentó no pensar en Anya.

–*Suis-moi* –le había repetido a Dario.

Entonces, dos de los hombres que marchaban por delante habían empezado a cantar para animarlo y los otros se unieron.

Su pasado no se había desvanecido. Al contrario, se había acercado y lo había acompañado aquel día tan lejano. Miró a Anya.

–Un día, durante una caminata, los hombres empezaron a cantar y yo empecé a cambiar la letra en mi cabeza para poner tu nombre.

–Dime la canción –le pidió Anya.

–Es una canción de La Legión.

–Dime el nombre.

–*Mónica*.

–Dime la letra.

No se la dijo.

Les sirvieron la comida y Anya miró con envidia el plato de él. Olía maravillosamente y se le hizo la boca agua.

–Dame un trocito –le pidió Anya.

Él cortó un trocito de la parte central, la más tierna, lo mojó en salsa y se lo ofreció en el tenedor. Ella lo tomó con la boca y cerró los ojos de placer.

–¿Te cuesta renunciar a todas las cosas que te gustan? –le preguntó él, porque también sentía curiosidad por ella.

–Es necesario. Quiero mantenerme en lo más alto y eso exige disciplina.

–¿Hasta cuándo crees que seguirás bailando?

–¿Por qué lo preguntas? –preguntó ella en un tono repentinamente defensivo.

–Solo es curiosidad.

–Espero que siga otros diez años como mínimo.

Anya dio un sorbo de agua. Sabía que la conversación estaba llevándolos al porvenir.

–¿Y si quisieras tener un hijo?

Ella lo miró con desdén.

–Libby se retiró para tener a Nadia –le recordó él.

–No es verdad –replicó ella–. Libby se retiró porque su carrera había terminado y entonces tuvo a Nadia –Anya resopló–. ¿Qué les pasa a los hombres? Esperan que las mujeres renuncien a sus carreras profesionales y que se queden fregando descalzas o en la cocina y embarazadas...

–No seas ridícula, Anya. El último sitio donde quiero verte es en la cocina. Ya te he visto bastante con un delantal revolviendo el guiso. Además, también te he visto los pies y no son mi fantasía favorita.

Ella sonrió, aunque a regañadientes.

–Muy bien, yo no voy a retirarme. Es posible que Libby lo haya hecho y Rachel también, pero yo espero bailar hasta los cuarenta. No he llegado a la cumbre para dejarlo escapar.

Además, no sabía cómo decirle que no podía tener hijos e intentó cambiar de conversación.

–¿Qué tal fue todo cuando te reencontraste con los demás?

Roman, como pasó cuando Nikolai cambió de conversación, también se dio cuenta de que Anya lo había hecho. Sin embargo, no dijo nada y contestó a la pregunta.

–Estuvo bien en general. Me gustó oír lo que habían hecho. Sin embargo, no estuvo bien con Daniil –reconoció él–. Sigue pensando que, si no lo hubiesen adoptado, nosotros habríamos salido adelante. Se equivoca. Lo he vivido, Anya, y él, no. La adolescencia era un infierno allí y, aunque no fue a una casa feliz, al menos salió de aquello.

–No le gusta que tomaras la decisión por él. Como a mí tampoco me gustó que decidieras acabar lo nuestro sin decir nada.

–Venga... –Roman pidió la cuenta–. Estamos empezando a discutir y no quiero tener una discusión que no va a acabar en la cama.

Volvieron dando un paseo, aunque dieron un rodeo para evitar la plaza donde ella lo había visto besar a Celeste. Una vez en casa, él le dio las buenas noches.

–No quiero acostarme.

–Me parece muy bien –replicó él–, pero yo sí.

Le dio un beso en el recibidor. Fue un beso profundo y sensual, pero no provocador. Él mantuvo su palabra. No se resarcirían hasta que pudieran hablar civilizadamente. A ella, sola en la cama, le

pareció innecesariamente despiadado.

Capítulo 12

He dormido mal –le comentó Roman a modo de saludo a la mañana siguiente.

–Y yo.

Él podía ver sus ojeras y sabía que era el causante. Había una selección de infusiones, pero Anya tomó chocolate caliente con la esperanza de que le asentara el estómago. Tenía el estómago un poco revuelto por los nervios, porque no sabía cómo la recibirían cuando llegara al ensayo. Esa mañana tampoco le apetecían las bayas y pensar en el yogur le daba náuseas. Eligió un cruasán y Roman no dijo nada.

–No me apetece nada el día de hoy –reconoció ella.

Eso era muy raro porque, normalmente, iba corriendo a bailar en cuanto se despertaba. Le preocupaba que hubiese apagado el despertador del teléfono y se sintiera tan cansada.

La danza era muy absorbente y Roman también. Le preocupaba sinceramente que no hubiera sitio para los dos y esa preocupación se confirmó cuando llegó al estudio de danza. Ensayarían allí hasta que el teatro estuviese disponible y, naturalmente, no tenía un camerino donde pudiera refugiarse, tenía que soportar esas vibraciones tan desagradables. Era un mundo despiadado, vanidoso en el mejor de los casos, y ese no era el mejor de los casos.

Los cambios no se recibían bien y se consideraba una amenaza que hubiese abandonado el hotel. Intentó demostrar que no lo era y dio lo mejor de sí misma en el ensayo, pero estaba cansada y algo distraída. A las cinco, cuando ya estaba pensando en volver a casa, Mika insistió en que volvieran a repasarlo y el coreógrafo estuvo de acuerdo. A las siete, cuando los demás se fueron a cenar, Mika y ella lo repasaron otra vez.

–¿Puede saberse qué te pasa, Anya? –le preguntó el coreógrafo cuando se olvidó de uno de los movimientos–. Deja de pensar en irte a casa con tu amante y concéntrate en los pasos.

Ella sabía que estaban castigándola, estaban poniendo a prueba

su lealtad y era leal a la danza cuando estaba allí. Sin embargo, en ese momento, tenía hambre, pero no se atrevía a decirlo. Quería cenar, darse un baño y acostarse, pero siguió bailando.

Bailaron hasta las diez y se fue a casa agotada y a punto de llorar. Se perdió un poco y, sin querer, se encontró en la plaza donde había visto a Roman y Celeste besándose. Seguía siendo un tormento.

Tomó el ascensor hasta el piso y quiso echarse en sus brazos, pero Roman no estaba esperándola, no contestó cuando lo llamó. Abrió la puerta de su dormitorio y no estaba allí. Nunca estaba cuando lo necesitaba de verdad.

Entonces, abrió la puerta de otro cuarto, el cuarto más bonito que había visto en su vida. Era el cuarto de un niño. Tenía un papel pintado de color limón y las cortinas eran de color crema. En el centro había una cuna antigua de plata y le dolía tanto entrar que cerró la puerta precipitadamente. El cuarto siguiente fue una tortura igual. Era rosa, la cama de niña tenía una colcha de satén rosa, y salió de allí llorando.

Oyó el ascensor e intentó dejar de llorar, pero no pudo.

—¿Dónde has estado?

—La nieta de Josie está enferma. Mi chófer está de vacaciones, como la mitad de París, y los he llevado yo mismo al aeropuerto — Roman nunca había tenido que dar explicaciones, pero las dio—. Sin embargo, no estás llorando por eso.

Era verdad. Lloraba por los dos días desastrosos en el trabajo, por el recuerdo de Roman y Celeste y, lo que era peor cuando estaba tan sensible, por los niños que nunca podrían ocupar esos cuartos.

No sabía cómo decírselo. Sencillamente, era incapaz. La comida, el ayuno mejor dicho, había sido un problema entre ellos hacía años. Se acordó de la pelea que tuvieron la noche que la sorprendió vomitando. No había tenido períodos por su propia culpa, no había tenido uno desde hacía más de un año.

—Ven —él la abrazó—. Podemos hablar de ello, sea lo que sea.

—No podemos.

Ella sollozó y lo besó, quería ese olvido que encontraba en su cama. Además, él no podía resistirse más y quería lo mismo.

Sin embargo, ni los delicados besos que él le dio podían borrar

el recuerdo de lo que había visto en la plaza aquel espantoso día. Aunque lo intentó. Lo besó con pasión, pero ni siquiera así borró la imagen. Le caían lágrimas por las mejillas y él las recibió en la boca, pero ni eso podía aliviar el dolor. Su cuerpo era una mezcla de deseo, rabia y confusión y Anya se apartó.

–No estás sirviéndome de ayuda. Tengo que volver al hotel.

–No es verdad.

–Lo es. Voy retrasada con el ballet. Tengo que centrarme plenamente y no puedo hacerlo cuando estoy contigo.

–Anya...

Ella no podía soportar ese tono racional cuando estaba dominada por las emociones y lo interrumpió.

–Si me quieres de verdad, dejarás que me marche. Roman, no somos compatibles. No puedo centrarme en mi oficio cuando estoy contigo. Ya deberíamos saberlo.

Él le hizo la maleta, pero, cuando el coche paró delante del hotel, le tomó una mano mientras se bajaba.

–Te equivocas.

–No –replicó ella–. No me llames.

–No te llamaré.

–No vengas aquí.

–No vendré.

Ella sintió como si se hubiesen cortado las cuerdas de seguridad. Roman siempre hacía lo que decía.

Capítulo 13

Ala mañana siguiente, cuando se encontraron en el vestíbulo, sus compañeros le perdonaron su breve ausencia y la saludaron con cariño cuando vieron que había vuelto al hotel. Ella, sin embargo, no podía perdonarlos.

Siempre daba todo lo que tenía cuando bailaba y estaba enfadada con la compañía por haber dudado de ella, y se notó en cada ensayo. Nada salía bien. Su cuerpo, que siempre era ligero y flexible, le parecía tenso y como de cera endurecida.

–Todo cambiará cuando vayamos al teatro –la tranquilizó el coreógrafo.

Anya se agarró a eso durante los días desesperantes en los que el cuerpo no le respondía y durante las noches solitarias y anhelantes. Siempre lo daba todo cuando bailaba, pero se sentía como si no tuviese nada que dar. Siempre había bailado para Roman, para el soldado por el que sufría y por el recuerdo de ellos dos. En ese momento, parecía como si se hubiese alejado de su fuente de inspiración.

Había llorado por él y no había soportado que la hubiese dejado volver al hotel sin oponer ninguna resistencia. Efectivamente, lo había hecho. Él, al contrario que Anya, era paciente y empezó la reforma. Su sueño no era un gimnasio en recuerdo de su hermano. Puso espejos y una barra por toda la pared y pulió el suelo. No pasó cerca del hotel ni del teatro para no alterarla. Sin embargo, supo que la compañía se había trasladado allí porque lo había visto en las noticias. Estaban entrevistando a Anya y Mika y él, naturalmente, había prestado atención.

–¿Está emocionada de volver a París?

–Estoy entusiasmada –había contestado Anya mediante un intérprete–. Tengo unos recuerdos maravillosos de la última vez que estuve aquí.

Ella sonrió y Roman hizo lo mismo porque pudo captar que era una sonrisa amarga y que iba dirigida a él.

–¿Qué tal van los ensayos?

Esa vez, contestó Mika, mediante un intérprete también.

–Mañana tenemos el ensayo general.

–La sintonía cuando bailáis juntos... –había empezado a decir el entrevistador.

Roman, sin embargo, había apagado la televisión porque no quería saberlo. Sin embargo, era algo que tenían que afrontar y volvió a encender la televisión para oír el final de la respuesta de Mika.

–Bailar es amar –había dicho Mika–. No se puede bailar sin amor.

Al parecer, Mika tenía razón, porque Anya no podía bailar sin amor. Le espantaba que no pudiera hablar de Celeste y no soportaba sus propios celos. Se sonrojaba por el dolor de todo ello y se enfadaba, sobre todo, consigo misma.

Lo amaba muchísimo.

Era el día anterior a la noche del estreno y se sentía frágil y llorosa mientras se preparaban para el ensayo general. Levantó los brazos mientras le cerraban el vestido y se acordó de Roman bajándole la cremallera con mucho cuidado. Sin embargo, esa vez, no subía por muy poco, pero ese poco hizo que la jefa de vestuario empezara a quejarse. En realidad, solo había engordado unos novecientos gramos, pero eso significaba que tendrían que ensanchar el vestido. Le regañaron por haber engordado y se sentó en el camerino al borde del llanto. Sacó el teléfono, pero volvió a resistir la tentación de llamarlo y, en cambio, buscó una canción. Una canción de La Legión Extranjera francesa que se llamaba *Mónica* o *La Monique* y leyó la traducción mientras la oía. La letra era tan bonita que empezó a derramar lágrimas cuando se dio cuenta de que Roman había pensado en ella todo el rato.

Lo necesitaba como no lo había necesitado nunca y la tentación era demasiado grande. Lo llamó con el teléfono en la mano y la canción en la pantalla. Cuando oyó su voz, retrocedió a la vorágine de ellos dos, dejó escapar un sollozo, cortó la llamada y apagó el teléfono. Tenía que centrarse en la representación del día siguiente y discutían siempre que estaban juntos.

La jefa de vestuario entró con el vestido de repuesto, que era un poco más grande y permitía sacar o meter un poco las costuras. Eso

no le dio más confianza mientras se vestía.

Se quedó en el borde del escenario y esperó para seguir, pero esa tarde se sentía como si fuese de madera. No bailarían al cien por cien en ese ensayo. Era demasiado agotador y tenían que reservar la energía para el público. Repasarían todos los pasos, harían algunos saltos, aunque no hasta lo más alto, y Mika la elevaría algunas veces.

El ensayo salió fatal desde el principio hasta el final. Fue el peor ensayo general que ella había hecho en su vida. No se sentía ligera en brazos de Mika y parecía como si hubiesen perdido la confianza el uno en el otro. Una vez, ella saltó, pero Mika calculó mal y no pudo corregirlo cuando la agarró. Abochornado por su torpeza, la dejó en el suelo.

–La Navidad debe de estar cerca –comentó Mika en un tono desagradable, y ella oyó unas risitas cuando él siguió–. El pájaro de fuego está engordando.

El resto del ensayo fue igual de atroz y, cuando terminó, el coreógrafo no dijo el tópico de que todo saldría bien la noche del estreno. En cambio, se reunió con el director y ella sintió vértigo porque supo que no era el único que dudaba que fuese la idónea para la noche siguiente. Notó que el pánico empezaba a adueñarse de ella. La noche del estreno era al día siguiente y todos los ensayos habían salido mal.

Fue a probarse el vestido modificado antes de volver al hotel, pero, cuando entró, vio que Lula, su suplente, también estaba probándose el vestido de pájaro de fuego. Estuvo segura de que iban a sustituirla.

Se fue corriendo al camerino. Normalmente, se ducharía y se cambiaría, pero se limitó a quitarse el maquillaje y vestirse. Luego, antes de marcharse, recogió todas esas cositas inútiles y ridículas y las metió en el bolso. No estaban dando resultado. Nada daba resultado sin Roman.

No sabía qué hacer. Intentó dominarse y se marchó sin despedirse, como hacía muchas veces, pero no pudo controlarse más cuando abrió la puerta de salida y empezó a sollozar.

Sin embargo, allí estaba Roman esperándola. Se dejó caer en sus brazos y lloró sobre su pecho mientras él le decía que no pasaba nada.

Había contestado su llamada, había oído su sollozo y había vuelto a llamarla, pero Anya, como era típico de ella, había apagado el teléfono. No había querido interrumpir el ensayo y la había esperado fuera.

–Voy a perder el papel...

–No vas a perderlo.

–Sí voy a perderlo.

–No, Anya, no.

–Tú no lo sabes. No puedo bailar. He ensayado una y otra vez y no puedo hacerlo. Además, acabo de ver a Lula, mi suplente, probándose el vestido del pájaro de fuego...

–¿No era el ensayo general? –preguntó él. Ella asintió con la cabeza en su pecho–. ¿Acaso no se prueba todo el mundo los vestidos?

–Sí, pero Mika y yo hemos discutido. Me dijo que...

Anya cerró los ojos, se sentía demasiado humillada como para repetir lo que había dicho Mika. Roman también cerró los ojos. Claro que Mika y ella habían discutido. Él tampoco podía soportar oír hablar de sus peleas o de la reacción de Mika por su llegada. Sin embargo, escucharía si eso le facilitaba las cosas a ella.

–¿Qué te ha dicho?

–No quiero decírtelo.

–Ven a casa –le ofreció él.

–No. Voy a ir al estudio de danza y a repasarlo yo sola.

–¿Cuántas veces lo has hecho?

Anya pensó que lo había hecho infinidad de veces.

–Lo que estás haciendo, sea lo que sea, no está dando resultado –le señaló Roman.

–No.

–Entonces, ¿por qué no intentas algo distinto?

Pasearon y podrían haber dado un rodeo para evitar la plaza donde los había visto besarse, pero la había evitado muchas veces y eso no estaba llevándolos a ninguna parte, de modo que la atravesaron. Él la rodeaba con su brazo y cada vez le dolía menos.

–Te he preparado una cena ligera.

–¿Cocinas? –le preguntó Anya sin salir de su asombro.

–Sí –contestó Roman–. Josie y su marido vuelven esta noche, pero esta vez he mandado a mi chófer para que los recoja. Puedes

darte un baño, cenar algo y después acostarte.

La tranquilizó, siempre la tranquilizaba. Claro, la cautivaba y enardecía, pero era tan fuerte y comedido que se sentía segura con él a pesar de sus emociones desenfrenadas.

Llegaron al piso y Anya volvió a sentirse sosegada cuando entró en el recibidor. Era un alivio estar en casa.

–¿Por qué no vas a darte un baño? –le propuso él.

–¿Huelo mal? –preguntó ella.

–Solo un poco.

Él sonrió y consiguió que ella también sonriera.

Llenó la bañera hasta el borde y se desvistió. El agua caliente con aceites aromáticos le relajó tanto los miembros doloridos que se quedó un buen rato, hasta que sintió que el cuerpo le pedía estar con él. Se puso la bata y fue hasta la cocina.

Estaba de espaldas, llevaba unos vaqueros negros sin nada encima y ella ya empezaba a conocer las cicatrices. Se acercó, le dio un beso en el hombro y miró lo que estaba haciendo. Estaba sacando la carne de un cangrejo, uno de varios, para hacer un tartar y metió el dedo en un plato con una masa roja, la probó y era *hren*, un acompañamiento de rábano picante y remolacha, uno de sus platos favoritos. Fue lo que pidió de cena aquella noche atroz... y él sabía hacerlo.

–Me encanta –comentó ella.

–Me acuerdo.

Lo observó mientras salteaba unas setas y el olor hizo que le rugiera el estómago. Era la cena perfecta para la noche previa a una representación así y era lo que podría haber pedido si hubiesen cenado fuera. Además, también era la compañía perfecta cuando tenía los nervios a flor de piel. Algunos creían que Roman no tenía sentimientos, pero ella siempre había sabido lo contrario. Ella notaba sus sentimientos y su presencia serena de esa noche era para ella.

–¿Aprendiste a cocinar en La Legión?

–Lo único que aprendí allí fue a abrir latas.

–¿La comida era espantosa?

–Cumplía su función.

–Entonces, ¿cuándo aprendiste a cocinar así?

–Any, dejémoslo por esta noche.

–¿Celeste? –preguntó ella sin rencor.

Roman asintió con la cabeza.

–Pasemos de largo.

Todavía había muchas lagunas en su vida. La danza se había resentido desde su reaparición, pero empezaba a darse cuenta de que no había sido por Roman, sino por sus propios temores y pensamientos sombríos.

Cenaron en la mesa, que estaba preciosa con cubiertos y candelabros de plata. Roman encendió las velas y Anya pensó que Celeste también debía de haberle enseñado eso porque en el orfanato no había nada de plata y estaba segura de que en La Legión tampoco. Sintió una punzada de celos, pero se la tragó.

Roman bebió vino y ella, agua. Lo observó mientras se servía el plato. Probó el cangrejo y estaba tan fresco que supo que tenía que haberlo preparado desde el principio después de que ella lo llamara. También sabía que todo eso habría sido imposible sin Celeste. Sin todos esos años de los que no podían hablar, no estarían allí sentados en una cena tan romántica, con él medio desnudo y ella en bata y disfrutando de esa comida tan deliciosa que le había preparado él. Celeste era parte del recorrido tan complejo que había hecho él y desconocer esa parte de su vida le dolía más que los celos que la atenazaban.

–Háblame de ella –le pidió Anya.

–No. Esta noche necesitas tranquilidad.

–Estoy preparada para oírlo. Necesito saberlo, Roman. Sé que me pongo celosa...

–No quiero hacerte daño, Anya –la interrumpió él–, y no quiero que hables mal de ella.

–Intentaré no hacerlo.

Roman asintió con la cabeza. No quería alterarla esa noche, pero también era posible que hubiera que despejar el panorama.

–¿Qué quieres saber?

–Todo. Quiero saber por qué estabas buscando una esposa.

–Unos amigos me enseñaron un anuncio cuando estaba a punto de dejar La Legión. Empezó como una broma...

–¿Qué decía el anuncio?

–Que quería compañía, alguien que la acompañara al teatro y cosas así.

—¿Y que durmiera con ella?

—Sí.

—Quiero saber todo lo que decía el anuncio.

—Decía que su padre estaba muriéndose y que siempre había querido verla casada. Celeste había renunciado al amor, pero quería que su padre fuese feliz. Esperaba que el matrimonio durase dos años. Hablaba del ballet y el teatro, de que le gustaba cocinar, pero que prefería comer fuera.

—Roman... —insistió Anya.

—Quería alguien con buena presencia y, a ser posible, más joven que ella...

—Roman, ¿el anuncio insinuaba sexo?

Él se lo dijo, pero no fue despiadado. Tenía una actuación al día siguiente y hablar de relaciones sexuales estimulantes habría conseguido que el pájaro de fuego gritara como si estuviesen desplumándolo vivo.

—Decía que, además de todo eso, quería una pareja sexual.

—Entonces, fuiste como un juguete sexual.

—Sí —contestó Roman.

Podría haberlo dejado ahí, pero habría sido mentira y una forma de escabullirse. Celeste se merecía algo mejor, y Anya también. Tenían que saber la verdad si querían salir adelante y se corrigió.

—Al principio.

Sus palabras la atravesaron como un puñal. Ella casi podría sobrellevar que hubiese sido un juguete sexual, pero nunca podría soportar que hubiese sentido algo por otra mujer, que hubiese llegado a sentir amor.

—¿Quieres oírlo? —preguntó él—. ¿Estás segura de que necesitas oírlo esta noche?

Ella asintió con la cabeza, pero luego la sacudió.

—Podrías haber ido a San Petersburgo para estar conmigo. Dijiste que ya eras rico por entonces, mientras que yo no llegaba casi a fin de mes...

—Anya, si quieres oír esto, tienes que escuchar con atención. Nunca me propuse volver y encontrarte.

—¿Por qué?

—Por orgullo.

—Un orgullo ridículo.

–No. Volvería a hacerlo porque el hombre que era entonces no te habría permitido hacer lo que tenías que hacer en el mundo de la danza. Celeste me enseñó a tener paciencia.

–No, esa fui yo.

Anya se acordó de la primera vez, de que él la habría poseído en un instante y de que ella lo apaciguó.

–Ella me enseñó modales.

–No –replicó ella–. También fui yo.

–No me refiero a decir «por favor» y «gracias» en el dormitorio...

Ella sí se refería a eso.

–¿Qué más te enseñó santa Celeste? –preguntó ella con desdén. Sin embargo, hizo una mueca con la cara cuando supo que él daría por terminada la conversación–. Estoy intentándolo...

–Lo sé.

Roman, en vez de rechazarla, le tomó una mano. Había sabido que iba a ser una conversación complicada y por eso no había querido tenerla esa noche. Su reacción sería la misma si Anya le hablase de Mika o de otro amante. Pronto le llegaría el turno de sentirse dolido cuando ella le hablara de Mika y, por el momento, siguió hablando de Celeste.

–Me enseñó a sujetar una taza de porcelana y a sentarme en un restaurante...

Ella hizo otra mueca porque habían pasado la última noche en un restaurante.

–Acuérdate de cómo te abochorné.

–No me abochornaste.

–Sí –insistió Roman–. La corrección era parte de tu formación...

–Yo podría haberte enseñado.

–Pero yo no quería que me enseñaras.

–¡A ella sí le dejaste!

–Porque entonces no la quería. Celeste y yo teníamos el trato de pasar dos años juntos y me propuse aprovecharlos.

–Entonces, contestaste al anuncio.

–Sí.

–E hiciste el amor con ella.

–Sexo.

–¿Con cariño? –preguntó ella antes de cambiar de opinión–. No quiero saberlo.

–Tienes que oírlo, Anya.

Roman había decidido que había llegado el momento.

–Estuve cuatro años encerrado en la zona de seguridad. No tenía ningún conocimiento de las relaciones sociales, no entraban en la formación del orfanato.

Sus palabras eran afiladas y ella asintió al comprender que todavía le dolía recordar aquellos tiempos.

–Me acuerdo de la primera vez que fui a su casa –siguió Roman–. Nunca había estado en una casa propiamente dicha.

Ella pensó en lo desoladora que había sido su vida en aquella habitación que había intentado adecentar para ella.

–¿Fue la primera vez que la viste?

–Sí. Nos habíamos intercambiado fotos y habíamos hablado por teléfono, pero ese fue nuestro primer encuentro. Celeste también se quedó asombrada. Me dijo que era como en la foto.

Anya sonrió por primera vez.

–¿Te acostaste con ella ese día?

–No –contestó Roman aguantando su mirada de furia–. Esa noche.

–¿Y?

–Jamás hablaré de lo que pasó en el dormitorio contigo y tendré la misma consideración con Celeste. Solo diré que el cariño aumentó. Anya, cuando aparecí en casa de Daniil, Libby me abrazó. Cuando me presenté en la puerta de Celeste y ella hizo lo mismo, yo me aparté.

Anya no podía hablar.

–Quería mejorar y lo conseguí. Si no apruebas mis métodos, eso es asunto tuyo.

–No apruebo... –ella cerró los ojos–. No lo sé –Anya volvió a abrirlos y lo miró–. Debería haber durado dos años, pero se alargó...

–Celeste descubrió que estaba muriéndose. Decidí quedarme con ella hasta el final.

¿Cómo podía odiarlo por eso?

–¿Cuál es tu nombre nuevo?

Esa era la única pregunta para la que no estaba preparado.

–Roman... –le pidió ella–. Seguro que puedes decírmelo.

Sin embargo, era muy doloroso.

–Quería que mi hermano pudiera vivir una vida sin cargar a sus espaldas con el hermano pobre y quería que tú vivieras la vida que te merecías. Sin embargo, no pude darle la espalda a todo eso.

–No lo entiendo.

–Me dieron una identidad nueva, nos la daban a todos el primer año. Luego, te daban a elegir entre mantener la nueva o volver a la antigua. Si mantenía la nueva, no podría buscarte ni volvería a ver a mi hermano. No puede hacerlo y sigo siendo Roman Zverev.

–Entonces, ¿por qué te has mantenido al margen todos estos años?

–Porque nunca me sentí preparado, porque todavía creía que sería un lastre...

–Entonces, ¿qué tenía que cambiar para que pudieras encontrarme?

–No lo hice por ti, Anya, lo hice por mí.

Anya se quedó sentada mientras él se levantaba.

–No voy a disculparme por Celeste, hazte a la idea –siguió él–. Anya, si hubiésemos seguido juntos, seríamos más pobres que una rata y te lo diré ahora. No habría podido soportarlo. Te habría frenado.

Ya no iba a explicar nada más. Dejó la mesa, se fue al dormitorio y se tumbó con las manos debajo de la cabeza. No soportaba expresar sus sentimientos, no soportaba reconocer esa necesidad de Anya que le había atenazado el corazón.

Anya fue hasta la puerta y se acordó de algo que ocurrió hacía mucho tiempo. La gripe se había extendido por todo el orfanato y, para intentar contenerla, los huérfanos quedaron confinados en sus dormitorios. Katya también había caído enferma y le pidieron a ella que ayudara en la cocina. Había llevado las cenas en un carro sin la vigilancia constante de su madre. Había mirado dentro y había visto a Roman tumbado en la cama con las manos debajo de la cabeza. No estaba enfermo, pero lo habían recluido. El guarda había abierto la puerta y ella había entrado. Roman se había quedado mirando al techo y no la había mirado porque se había imaginado que era Katya quien le llevaba la cena.

–Algún día, saldrás de aquí y harás grandes cosas –había dicho ella.

Entonces, él sí giró la cara para mirarla.

Anya sonrió al recordarlo. Efectivamente, él había salido de allí y había hecho grandes cosas. Las había hecho a su manera y ella estaba orgullosa.

–¿Cómo conseguiste el chocolate? –le había preguntado ella mientras se acercaba con la bandeja.

Él no había contestado, se había limitado a sonreír. Ella había entrado en su cuarto con una inocencia absoluta, pero él la había desnudado con la mirada. Se había acercado mirándole la entrepierna y había visto su erección. Él le había clavado los ojos en los pechos, que se endurecieron.

–¿A qué hora apagan la luz? –le había preguntado ella.

–A las diez.

–¡Anya! –la había llamado un empleado para que se diera prisa.

Sin embargo, su amor ya había nacido y aquella noche, a las diez, ella pensó en él cuando estaba en su cama, y él hizo lo mismo.

–Saliste de allí, Roman –dijo Anya. Él se dio la vuelta y la miró–. Y has hecho grandes cosas.

–Tuve que hacerlas solo, por mí.

Anya asintió con la cabeza, aunque no lo entendió del todo. En ese momento, sin embargo, podía hacer lo que habría querido hacer entonces y se acercó a él con una sonrisa mientras se quitaba la bata.

Capítulo 14

No deberías estar aquí –le advirtió Roman mientras ella se acercaba–. Nada de sexo antes de un combate.

–Sergio no tenía ni idea. Además, no soy boxeadora.

Inclinó la cabeza y besó su boca mustia como había deseado hacerlo entonces. Él le acarició los pechos y la besó, y la destreza de su lengua le borró todas las preocupaciones. Ella también lo acarició, le bajó la cremallera y él se quitó los pantalones con los pies. Se inclinó sobre él, que le tomó un pecho con la boca hasta que se estremeció de placer y le despertó un anhelo infinito.

–No me dejes moratones –le avisó ella.

Él ya lo sabía.

–Date la vuelta –siguió ella.

Aunque lo dijo con la voz ronca por el deseo, tenía que hacer algo. Miró su espalda y a él le gustaron los besos que le dio. Se acordó de aquella vez, de la arena que era como sal en las heridas, pero, en ese momento, sentía la sal de sus lágrimas. Pensó en aquella noche larga y solitaria, cuando ella estuvo a su lado aunque no físicamente. También le gustaba sentir su sexo ardiente en la parte más baja de la espalda, pero se dio la vuelta, con ella debajo, porque quería más.

No existía ninguna sensación que pudiera compararse con que Roman la tomara y notó la calidez que se adueñaba de ella, una calidez profunda y perpetua que siempre estaba esperándolo. Lo miró y el entorno le daba igual cuando estaba con él. Podrían haber estado en cualquier sitio, en una habitación inmunda con una luz gris e invernal que entraba por un ventanuco o en ese piso lujoso, pero los sentimientos eran, y habían sido siempre, los mismos. Se centró en él, que, cuando se movió, lo hizo con una lentitud y con una precisión que solo Roman podía conseguir. Sabía lo que ella necesitaba, y lo necesitaba a él. Le acarició la espalda y notó sus músculos tensos bajo los dedos. Arqueó el cuello y él se lo besó mientras encontraba un punto tan sensible que ella levantó las

caderas. Se oía el sonido de los dos y lo sentía a él, era un lugar donde podía expresar la duda.

–Si vuelves a abandonarme, no regreses nunca.

–No voy a abandonarte jamás.

Entonces, él aceleró el ritmo y ese cuerpo poderoso a pleno rendimiento era vertiginoso. Sus glúteos eran turgentes y le clavó los dedos para aferrarse a él porque le temblaban las piernas y estaba ardiendo. Sentía la tensión hasta en el rincón más recóndito del cuerpo y estaba en el límite. Entonces, vio que él apretaba los dientes y que explotaba; ella se derrumbó debajo de él. Fue un orgasmo tan intenso que se quedó sin respiración. La potencia de la explosión la dejó aturrida y sus cuerpos palpitaron como uno.

–¿Por qué dices que voy a abandonarte?

–Porque lo hiciste.

Porque todavía podía abandonarla, porque todavía no le había dicho que la amaba. El rompecabezas de ellos dos estaba terminado y ella creía que el rompecabezas de Roman también. Quería decirle que no podrían tener hijos, pero no quería estropear la noche y lo miró.

–Tengo que decirte una cosa y me da miedo que te enfades.

–No tengas miedo –replicó él suponiendo que se refería a Mika.

–No voy a decírtelo esta noche. Estoy cansada y preocupada por mañana.

–Entonces, duérmete.

Ella se quedó entre sus brazos y le dijo una verdad.

–La vida es más dura sin ti, Roman.

Ella sabía que él no se lo creía.

–Tienes que decirle a Daniil lo que me has dicho a mí.

–Se lo diré.

–Ahora.

–Es medianoche.

–¿Crees que a él va a importarle?

–No.

–Entonces, llámalo.

Roman lo llamó. Su voz era tranquilizadora y triste a la vez y ella se quedó escuchando a ese hombre orgulloso que le explicaba a su gemelo todo lo que le había dicho a ella.

Se quedó dormida pensando en *El pájaro de fuego* y esperando

que al día siguiente bailarí para él.

Capítulo 15

–*Bonjour, mademoiselle.*

Josie estaba otra vez en la cocina cuando pasó por delante, pero esa vez, Anya llegaba desde el cuarto de Roman. Le había encantado despertarse en su cama, aunque él no estuviera allí.

–*Bonjour*, Josie –contestó Anya.

Entonces, se acordó de que su nieta había estado enferma y le preguntó por ella en su espantoso francés. Según lo que pudo entender, estaba mucho mejor.

–*Bon!* –exclamó Anya con una sonrisa.

Fue a la terraza y Roman bajó el periódico. Ninguno de los dos tenía que preguntar cómo había dormido el otro. Se sirvió chocolate caliente y comió algunas bayas.

–A las diez darán la lista de los bailarines –comentó Anya.

–Estarás en ella.

–No estoy tan segura.

Los nervios estaban empezando a hacer acto de presencia, pero era algo que podía esperarse porque era la noche del estreno.

–¿Quieres...?

Roman no terminó la pregunta porque se oyó un alarido de Josie y se levantó para ver qué había pasado. Anya vio la sonrisa de Roman mientras Josie le hablaba en un tono casi histérico. Se dio la vuelta y le explicó lo que pasaba.

–Josie me ha visto en la terraza y luego me ha visto saliendo del ascensor...

Daniil estaba entrando en la terraza con Libby, que llevaba a la pequeña Nadia en brazos, y los dos se reían.

–Roman no ha debido de decir que tiene un gemelo idéntico –comentó Libby–. El conserje nos abrió el ascensor sin preguntarnos nada.

–A mí me pasó lo mismo en vuestra casa –dijo Roman.

Libby, sin embargo, estaba mirando a Anya, que seguía sentada y vestida con la bata y que, evidentemente, había salido de la cama

de Roman.

–¡Pillada! –exclamó Anya.

–Nos lo habíamos imaginado –la tranquilizó Libby con una sonrisa–. Anya, hemos venido a ver a Roman después de que llamara anoche, pero, aunque sea un atrevimiento, ¿hay alguna posibilidad...?

–¿Queréis entradas para esta noche? –preguntó Anya sonriendo–. Claro. Sev y Naomi también van a venir y le he dejado unas entradas a Rachel en la taquilla. Deberíamos llamar a Nikolai...

–Estará surcando los mares en su yate –intervino Daniil.

Roman no estaba tan seguro. Miró a su hermano, que había recorrido todos esos kilómetros para hablar con él cara a cara.

–Ahora lo entiendo –siguió Daniil antes de que se abrazaran–. Lo siento.

A Daniil le avergonzaba, pero insistió en hablar en inglés.

–No lo sientas –replicó Roman.

Anya no quería irse a trabajar. Reencontrarse era maravilloso y quería quedarse para recordar y reírse, pero no podía llegar tarde esa mañana.

–Prepárate –le advirtió Roman cuando vio la hora.

Ella volvió a su precioso dormitorio, se vistió con la ropa de ballet, se cubrió con un vestido cruzado de lino gris y se puso unos zapatos planos. Luego, comprobó el bolso y volvió a la terraza para despedirse.

–¿Te vas? –le preguntó Libby con una sonrisa.

–Tengo que ensayar y comprobar la lista de bailarines –contestó ella cerrando los ojos al acordarse de lo aterrada que había estado el día anterior.

De lo aterrada que estaba en ese momento. Le parecía que había pasado mucho tiempo, pero, en ese momento, los nervios estaban empezando a atenazarla otra vez con todas sus fuerzas porque sus amigos iban a ir a verla y sería una decepción y un bochorno mayúsculos que la excluyeran.

–Existe la posibilidad de que esta noche no me veáis representar al pájaro de fuego –reconoció Anya poniéndose roja.

Miró a Roman, pero él puso los ojos en blanco como si estuviese loca por pensar que podían descartarla. Anya se lo explicó un poco

más a Libby.

–Lo he pasado mal en los ensayos y ayer fue espantoso.

Anya apretó los dientes cuando vio que Roman dejaba escapar un bostezo muy exagerado.

–Bueno, si quieres algo cuando hayan dado la lista, dímelo –le ofreció Libby.

Aunque no había llegado a la altura de Anya, sí sabía lo que era que la excluyeran y sabía que Anya podría querer que alguien estuviera con ella lejos del teatro e, incluso, de Roman y Daniil.

–Eso podría darles la oportunidad a estos dos de que se cuenten sus vidas –añadió Libby.

Anya vaciló. Le gustaba estar sola el día de una representación, pero se acordó de lo que le había dicho Roman, de que fuera lo que fuese lo que había estado haciendo esas dos semanas, no había dado resultado. Normalmente, volvería a la habitación del hotel y daría una cabezada, o, mejor dicho, fingiría que se relajaba y se prepararía mentalmente para la representación de esa noche. Quizá fuese el momento de intentar algo distinto.

–Pase lo que pase, termino a la una. Podríamos quedar y... – Anya se encogió de hombros con cierta tensión–. No puedo comer gran cosa el día de la representación.

–Claro que no –replicó Libby–. ¿Qué te parece que vayamos de compras?

Le pareció una buena idea y asintió con la cabeza. Luego, fue a marcharse, pero se encontró con Josie, que salía del gimnasio con una escoba. La puerta no se cerró y ella miró dentro. No era un gimnasio. Entonces, aunque él no se lo hubiese dicho, supo que la amaba. En su ausencia, habían puesto espejos y una barra para que pudiera ensayar. Quiso volver para darle las gracias, pero esa mañana era de Roman y su gemelo y se marchó al teatro.

Anduvo deprisa y, cuando cruzó la plaza, se olvidó de que allí lo había visto besar a Celeste, pero los nervios le oprimían la garganta y el pecho.

Ocupó su sitio en la barra y fue una mañana interminable para todo el mundo. Lo único que querían era que pusieran la lista... y la pusieron por fin. Ella intentó acercarse lentamente y que no se le

notaran los nervios.

Pájaro de fuego: Tatiana

No acababa de creérselo aunque lo viera escrito. Después de dos semanas de ensayos espantosos, había llegado a creer que podían dejarla fuera. Mika también estaba allí y también se sentía aliviado de ver que seguía siendo el príncipe Iván después del desastroso ensayo del día anterior. Era un mundo despiadado y las cosas podían cambiar en un instante. Anya pensó que quizá por eso le gustaba tanto.

Observó que Mika se alejaba, pero, si esa noche querían bailar bien, tenía que decirle algo. Fue a su camerino y llamó a la puerta. Él le dijo que entrara.

–Mika, te necesito para que todo salga bien y tú me necesitas a mí. No vuelvas a hablarme como me hablaste.

No esperó la reacción de él y fue a probarse el vestido. Se lo habían ensanchado, pero, cuando se lo probó, seguía quedándole un poco estrecho en el busto. La jefa de vestuario no dijo nada, pero ella pudo ver que apretaba los dientes porque tendría que pasarse la tarde ensanchándose unos milímetros más.

Anya se marchó del teatro durante unas horas inestimables. Aquello era un hervidero de actividad; los vestidos se desarrugaban con vapor y se llevaban a los camerinos con los tocados ya preparados y, aunque normalmente volvería al hotel para relajarse, sonrió mientras se dirigía a encontrarse con Libby.

–¡Bien! –exclamó Libby cuando la vio sonreír–. ¡No hace falta que te lo pregunte!

–Me siento muy aliviada –reconoció Anya–. La verdad es que no estaba segura de que esta noche fuese a ser el pájaro de fuego. Las cosas están tensas en el teatro y la jefa de vestuario no me habla – Anya puso los ojos en blanco–. He engordado un poco.

–Pues tienes un aspecto impresionante –comentó Libby–. Tengo que encontrar un vestido para esta noche.

No había un sitio mejor para ir de compras que París. Libby encontró algo en un carmesí muy oscuro que le quedaba de maravilla con el pelo rubio y Anya tomó a Nadia en brazos mientras su madre iba a probarse el vestido. Quería un bebé. Nunca se lo había reconocido plenamente, pero al tener a Nadia en brazos, tan pequeña y preciosa, notó que las lágrimas le abrasaban los ojos. Se

levantó y las contuvo como pudo porque sabía que parecería que estaba loca si se ponía a llorar en medio de una boutique de lujo. Empezó a ojear la ropa y sacó un vestido que no habría elegido normalmente. Era un vestido sin mangas y con el escote en la espalda del color de la cola de un pavo real. Al lado había unos zapatos de tacón alto, pero no demasiado.

–¿Qué te parece? –le preguntó Libby mientras salía del probador.

–Estás maravillosa. La verdad es que no parece que acabas de tener una hija.

–Bueno, el ballet me ha ayudado... –Libby no terminó la frase cuando vio el vestido que tenía Anya en las manos–. Anya, tienes que probártelo.

–No me gustan este tipo de vestidos...

Sin embargo, decidió que no pasaba nada por ver qué tal le sentaba con esos zapatos. Se miró en los espejos. El vestido dejaba al aire la espalda y los estilizados brazos, pero le gustó y se acordó de que Roman le había dicho que dejara de taparse. ¿Por qué lo hacía? Efectivamente, era muy delgada, pero se cuidaba el cuerpo y estaba orgullosa de él.

–¡Anya! –Libby se quedó boquiabierta cuando salió–. Nunca te había visto con algo que no fuese gris o beige... Estás increíble.

–Color topo –la corrigió Anya–. No llevo nada beige.

Sin embargo, le encantaba ese vestido. Le gustaba tanto que decidió llevárselo puesto. Hacía un día veraniego y se sentía veraniega por dentro una vez que ya no estaba enfadada por Celeste. Si acaso, pensaba con aprecio en la esposa de Roman porque él no había conocido un hogar hasta entonces.

Cuando Libby y ella cruzaron la plaza donde había visto a Roman y Celeste besarse, pensó que era una mujer que había tenido el valor de buscar lo que quería... y el universo la había mandado con Roman. Libby se quedó atónita cuando empezó a reírse en alto.

–Es que estaba pensando en... –Anya sonrió al decirlo– en Roman y su esposa.

–¿Cuánto tiempo lleváis saliendo Roman y tú? –le preguntó Libby, que ya no podía contenerse más.

–Unas semanas...

Libby entrecerró los ojos y Anya se rio antes de decirle la

verdad.

–Me robó el corazón hace mucho tiempo.

Cuando volvieron, había dos sorpresas esperándolas. Sev y Naomi estaban en la terraza y Rachel había llegado.

–¡Rachel! –Anya la besó en las mejillas–. Estaba deseando verte. Te he dejado las entradas en la taquilla y...

No terminó la frase cuando vio que Rachel llevaba un anillo de boda. Tres sorpresas.

–¿Qué es eso?

Anya frunció el ceño cuando llegó otra sorpresa y vio que Nikolai también estaba allí, con otro anillo de boda.

–Vosotros... pero ni siquiera sabía que estabais saliendo. ¿Cuándo ocurrió? –preguntó Anya.

–Hace un par de semanas –Rachel, con una sonrisa de oreja a oreja, les enseñó el anillo–. Vamos a vivir en Belgravia y... –Rachel se dirigió a Sev y Naomi– y vamos a ir a veros a Nueva York en Año Nuevo.

–Lo sabía –comentó Roman.

–¿Por qué? –le preguntó Rachel con el ceño fruncido.

–Nikolai no quiso decirnos con quién estaba saliendo y vi a Rachel esperando en el embarcadero cuando nos bajamos de su yate.

–¿Y no me lo contaste? –le reprochó Anya.

–No te lo cuento todo, Anya.

Anya entrecerró los ojos por la provocación, había cosas que ella no sabía todavía.

Era maravilloso reencontrarse con los amigos, sí, los amigos.

Mientras hablaban de la boda secreta de Rachel y Nikolai, Anya observó que Libby le pasaba a Nadia a Daniil, quien tomó a su hija con naturalidad y cariño. Quería lo mismo para Roman y le dolía saber que era algo que no podía concederle.

–Tengo que marcharme –dijo a las cuatro.

Había sido un día maravilloso, pero tenía que concentrarse para ser el pájaro de fuego esa noche.

–Merde –le dijo Libby.

–¿Merde no significa «mierda» en francés? –preguntó Sev.

–Es una superstición –Libby se rio–. Se supone que desear buena suerte a un bailarín antes de una representación da mala suerte.

Entonces, ocurrió algo increíble.

–¡Oh! –exclamó Rachel–. Anya, antes de que te marches, tengo algo para ti.

Anya tomó el regalo y lo abrió con el ceño fruncido, pero sonrió cuando sacó una caja de cristal con una pluma blanca dentro.

–Es de mi vestido de boda y de mi vestido favorito...

–Que robó –comentó Libby.

Anya abrió la caja y sacó la pluma.

–Me recuerda a ti cuando bailas... –dijo Rachel.

–Muchas gracias –era un regalo muy considerado–. La tendré en mi camerino.

–Toma.

Libby le dio otro regalo, era una figurita de porcelana con unas piernas largas y colgantes que ella recordaba haber visto en el gimnasio de Daniil. Aunque estaba segura de que no era la misma porque sabía que ese regalo era algo muy preciado para Libby y Daniil. También la sentaría en su tocador.

Entonces, Naomi se levantó.

–No sabía que fueseis tan supersticiosas con la noche del estreno, pero te hemos traído esto...

Era una bolsa enorme con copos de chocolate y, probablemente, el más dulce de los regalos. La habían visto llevarse comida a escondidas y la habían aceptado. Anya la abrazó. Naomi no conocía el mundo de la danza y parpadeó por el placer de Anya al recibir el regalo.

–Guardaré toda la vida el envoltorio de esta noche.

–Lo hará –intervino Roman mirando a Anya–. ¿Quieres que te acompañe al teatro?

–Gracias.

No hablaron mucho mientras daban un paseo y Anya se disculpó.

–Tengo que concentrarme para esta noche.

–No te preocupes. Por cierto, ese vestido te queda muy bien.

–Es estupendo ir de compras con Libby –replicó ella con una sonrisa.

Pasearon por las calles de París, cruzaron la plaza y, efectivamente, le había perdonado que se hubiese casado con Celeste. Roman tenía razón, no habría podido hacer esa carrera con

la intensidad de aquellos tiempos. Era demasiado absorbente y también tenía razón cuando dijo que habrían sido pobres como ratas. Además, nunca habría aceptado que ella lo mantuviera.

Sin embargo, también estaba silenciosa por otro motivo. Sabía que no podría bailar bien esa noche con el peso de lo que tenía que confesarle. Habían llegado a la entrada de artistas y se acordó de aquel primer beso junto a otra entrada de artistas hacía muchísimo tiempo, y él también se acordó.

—Tenías razón.

—Lo sé —él sonrió—. ¿Sobre qué?

—Roman, no soy un prodigio. He visto bailarinas más jóvenes que ascendían más deprisa que yo. He tenido que trabajar y que ser egoísta y egocéntrica para llegar aquí. No fracasé en aquella audición por tu culpa. No me han elegido para muchos papeles desde entonces. Hace dos años, cuando representé el Hada de las Lilas, fue por casualidad. Algunos críticos dijeron que era un Hada de las Lilas demasiado grande y recapacité. Cuando fui la suplente del pájaro de fuego, era más ambiciosa que nunca. Entrené hasta la extenuación e hice todo lo posible para modelar mi cuerpo por si tenía la ocasión de representar ese papel. Cuando Daniil y Libby me vieron aquella noche, cuando hice de pájaro de fuego por primera vez, no fue una casualidad que lo hiciera bien. Había esperado mi oportunidad y me había preparado, pero tuvo consecuencias.

La perfeccionista tenía que decirle que no era perfecta a la persona que más le importaba y tenía que ser en ese momento porque no podría bailar con ese peso ni siquiera una noche más.

—No puedo tener hijos, Roman.

Él la miró fijamente a los ojos.

—He dejado de tener la menstruación por mi forma de alimentarme. Es culpa mía y lo siento.

—¿Por qué te disculpas conmigo?

—Porque creo que me amas.

Él, sin embargo, no dijo nada.

—Y, si me amas, entonces es algo que te afecta.

—Any...

—No —le interrumpió ella—. No quiero que reacciones irreflexiva y precipitadamente. No quiero que me digas que no importa cuando los dos sabemos que sí importa. Sé que me lo reprocharás algún día.

–No.

–Sí lo harás. Cuando no coma o entrene demasiado, me recordarás el precio que tiene. No puedo soportar la idea de que me lo reproches.

–No lo haré.

–Por favor...

Ella le acarició la cara y se acordó de la primera vez que hizo lo mismo y él dio un respingo. Esa vez, sin embargo, no lo dio. Su amor era muypreciado y le diría la verdad.

–Te importa y también me importa a mí. Tú mismo dijiste que Daniil tenía todo lo que siempre habías deseado.

–No me refería a Nadia –replicó Roman–. Quería decir que era feliz y que tenía una familia a la que adoraba, pero la habría tenido aunque hubiesen sido Libby y él solos. Anya, admiro todo lo que has hecho, a todo lo que has renunciado por noches como esta. Además, también lo respeto. Si me crees o no, es asunto tuyo.

Entonces, ella le dijo otra verdad.

–Cada vez que bailo, bailo para ti.

Sin embargo, Roman volvió a repetirle que había llegado el momento de que hiciese algo distinto.

–Anya, esta noche, cuando salgas al escenario, baila para ti misma.

–¿Para mí misma?

–Sí. Has trabajado para conseguirlo, te mereces la recompensa.

Roman la besó. Fue un beso largo y lento, un beso que debería haberlos llevado al dormitorio, pero la soltó cuando oyeron unos pasos y Anya vio que él apretaba los dientes.

–*Privyet* –comentó Mika mientras pasaba de largo.

Había llegado el momento de marcharse.

–Estaré viéndote.

Le gustaba saberlo, pero entonces, cuando Anya entró por la entrada de artistas, se dio cuenta de que no le había dicho a Roman que Mika y ella no tenían ninguna relación ni la habían tenido. Pobre Roman, tendría que verlos actuar juntos. Entonces, por segunda vez ese día, se rio en alto.

–¡Anya!

La saludaron con alivio porque había llegado, cuando, normalmente, ya habría estado allí hacía tiempo. Los saludó con la

mano, fue al camerino, se duchó y empezó los preparativos mientras se concentraba. Sacó la pluma y la figurita de piernas largas y las dejó en el tocador. También sacó un copo de chocolate, que sería su capricho y fuente de energía durante el entreacto. Habían colgado su vestido del color de un pavo real y decidió que se lo pondría esa noche.

Entonces, pensó en Roman y empezó a creer que no solo la amaba, sino que podrían conseguirlo. Sacó todas las cositas que hablaban de su amor y, en ese momento, supo más cosas de él.

Los pendientes ya eran dos.

Cada vez que había bailado lo había hecho para él, pero tenía razón, esa noche bailarían para sí misma.

Sus amigos, sus buenos amigos, estarían entre el público, como el amor de su vida, y ya sabía la verdad. Ya podía bailar para sí misma y recibir la recompensa por todo lo que había tenido que trabajar para llegar a ese punto.

Terminó de maquillarse y se sujetó bien el tocado de la cabeza. La jefa de vestuario entró para las últimas comprobaciones y ella se miró en el espejo.

Estaba temblando de nervios mientras recorría el laberinto de pasillos para llegar al escenario. Se quedó allí intentando contener las náuseas, pero esa noche no se reprimiría y pidió un cubo. A nadie le sorprendió. Al fin y al cabo, estaban entre bastidores y los nervios eran un acicate.

–¿Mejor? –le preguntó Mika después de que se hubiese aclarado la boca y de que la maquilladora le hubiese repasado el pintalabios.

–Mejor –reconoció ella con una leve sonrisa.

Mika recogió el arco y la flecha y pensó, con cierta añoranza, que pronto la tendría en brazos.

Anya retrocedió unos pasos para prepararse a dar el salto que la llevaría al escenario.

Roman se sentó cuando empezaba la representación. Iván, el príncipe, entró en el jardín encantado y él esperó, como todos. Los amigos que habían pasado por tantas cosas esperaban ese momento y ella no los decepcionó. Cuando apareció en el escenario, él supo todo el sufrimiento que había detrás de esos hermosos y elegantes

movimientos y lo respetó. Ella también lo habría apoyado si hubiese sido boxeador. Era posible que a Anya no le hubiese gustado, pero tampoco se lo habría impedido y él haría lo mismo por ella.

Anya era fascinante y, si ella podía perdonarle lo de Celeste, él podía sobrellevar eso porque había mucha sintonía en el escenario. Anya coqueteaba, no, se corrigió a sí mismo, el pájaro de fuego coqueteaba y Mika, no, el príncipe Iván, la cortejaba, la abrazaba, le acariciaba los brazos, las piernas y la espalda con ojos de adoración. Cuánto la amaba Mika y ella era la perfección entre sus brazos, que la elevaban con las manos en los muslos. Roman giró el cuello con un chasquido.

Estaba orgulloso, muy orgulloso, pero también sintió alivio cuando llegó el entreacto y recibió con placer las bebidas.

–Yo no habría podido hacerlo –reconoció Libby mientras las mujeres se levantaban y charlaban–. Siempre he tenido envidia y me he preguntado si habría llegado a donde está Anya si me hubiese esforzado más –Libby sacudió la cabeza–. No, no habría podido. Anya es absolutamente brillante y Mika está ardiente esta noche.

–Es impresionante –comentó Rachel.

–Lo es –confirmó Naomi.

Daniil hizo un gesto con la cabeza a Roman y se apartaron un poco del grupo.

–¿Tienes pensado algo para Anya?

Eran como el reflejo en un espejo. Podían ser como un espejo que se hubiese roto hacía años, pero los espejos reflejaban aunque se rompieran.

–Tengo un anillo –contestó Roman–. En realidad, lo encargué a la vez que la cruz para Nadia. Solo estaba esperando el momento adecuado.

Estaba seguro de que era el momento adecuado, y también era el momento adecuado para volver a formar parte de la vida de su hermano. Nunca se había confirmado que él fuese el mayor, pero ese era el orden natural y no habría soportado que Daniil se ocupara de él, o Anya.

–Enséñamelo.

–No –replicó Roman–. Todas vendrían enseguida.

Salieron afuera, se quedaron debajo del cartel y las luces de *El*

pájaro de fuego y Roman sacó el estuche del bolsillo. Daniil miró la piedra roja.

–Cuando fui a encargar la cruz para Nadia, vi esta piedra. Entonces era verde claro.

Daniil pensó en Anya, en cuando lo miraba mientras le curaban la mejilla hacía muchos años. Anya ya era de su hermano incluso entonces.

En ese momento, no era verde claro, era rojo intenso. La piedra era una alejandrita. Era una de las piedras más raras y exquisitas, y la habían descubierto en Rusia. Cambiaba de color y se decía que era una esmeralda de día y un rubí por la noche. Como Anya, que era hielo de día y el pájaro de fuego esa noche.

–¿Estás nervioso por pedírselo? –le preguntó Daniil.

–*Nyet* –contestó Roman.

–Mentiroso.

–No estoy nervioso.

No lo estaba. Volvieron adentro y Daniil vio que Roman giraba la cabeza un par de veces mientras se sentaban.

–Sí estás nervioso –insistió Daniil.

–No es por eso, es que no puedo soportar a Mika –reconoció Roman–. Yo creía que solo eran chicos guapos con mallas.

Daniil sonrió al comprender por qué estaba tenso su hermano y esperaron a que empezara el segundo acto.

Anya también estaba tensa, tenía que estarlo para bailar. Mordió la chocolatina, tomó aire e hizo una bola diminuta con el envoltorio. Le dio miedo que las limpiadoras pudieran tirarla y la guardó en la caja de cristal con la pluma. Bebió un poco, se repintó los labios y salió. La orquesta afinó los instrumentos y ella cerró los ojos mientras esperaba el momento de entrar.

El segundo acto fue más impresionante todavía y Anya dio todo lo que tenía dentro. Mientras bailaba, se preguntaba si era posible vivir como una bailarina con Roman al lado. Mientras Iván la levantaba, se sintió como si estuviese tocando el cielo; quizá sí fuese posible tenerlo todo.

Cuando se abrió el huevo, ella se sintió como si también se hubiese abierto su corazón y entendió por qué tenía que bailar para

sí misma. Roman no se había abierto camino para volver con ella, se había abierto camino para ser mejor, y allí estaba por fin.

La ovación fue ensordecedora y ella sonrió cuando lo oyó gritar.
–¡Bravo, mujer hermosa!

Lo buscó con la mirada entre la oscuridad, pero, entonces, todo se tiñó de negro. Se quedó cegada un momento y cerró los ojos. Volvió a abrirlos, pero todo seguía negro y se dio cuenta de que iba a desmayarse. El príncipe Iván la agarró, pero Roman solo pudo ver que Mika la tomaba entre sus brazos.

El público se quedó boquiabierto mientras Tatiana se desmoronaba y la sacaban del escenario. Bajaron apresuradamente el telón y, unos momentos después, anunciaron que Tatiana estaba bien, que solo se había desmayado levemente después de haberlo entregado todo para el público.

Roman ya estaba entre bastidores cuando lo anunciaron y era algo más que un leve desmayo porque estaba pálida y vomitando. Los médicos prefirieron no arriesgarse con la estrella y ya habían llamado a una ambulancia. Mika le sujetaba la cabeza y le abanicaba la cara. Roman quiso arrancarle el ridículo tocado de plumas, pero se limitó a arrodillarse para comprobar cómo estaba.

–Solo necesito volver a casa y descansar –dijo Anya.

Él era su casa. Ya se había desmayado otras veces después de una representación, pero esa noche la montaron en una ambulancia con una máscara de oxígeno en la cara y Mika y Roman tuvieron un pequeño enfrentamiento para ver quién se montaba con ella.

–Yo lo he entendido –dijo Roman mientras subía a la ambulancia.

Anya pensó si lo habría entendido de verdad. Seguramente, la regañaría, le diría que tenía que cuidarse mejor y que eso tenía que acabar.

–No pasa nada, cariño –la tranquilizó él mientras le tomaba la mano.

La llevaron a la sala de urgencias y todo el personal estaba emocionado por su llegada. Hubo exclamaciones de admiración por su precioso vestido mientras Roman se ocupaba de él. Le quitó las zapatillas, las medias de ballet, los vendajes y el maquillaje y no la

regañó ni una vez.

Llegó el doctor, le hicieron algunas pruebas y Roman hizo de intérprete.

–¿Qué dice? –le preguntó Anya.

–Están preocupados por las setas que comiste anoche.

–Me envenenaste –le acusó Anya.

–Como le he dicho al doctor, yo comí diez veces más que tú y estoy bien.

–Sí, pero tú no tienes una gripe ni aunque quieras –replicó Anya mientras el doctor se marchaba–. Yo, en cambio, tengo una constitución delicada.

Roman sonrió. Ellos eran así, sabían a lo que bailaban. Sonó el teléfono de Roman y era Daniil. Le preguntó qué tal estaba Anya y le dijo que todos estaban de camino hacia el hospital.

–Se pondrá bien –contestó él–. Espera un segundo...

Roman salió y le preguntó al doctor si Anya podía tomar chocolate caliente. El doctor accedió. Le dijo a su gemelo cuál era el café donde servían el mejor chocolate caliente de París y le pidió que llevara un poco para Anya. Luego, volvió con ella.

–Tienes mejor aspecto.

Roman se agarró a la camilla y ella le hizo sitio con las piernas para que se sentara en el borde, y seguía sin estar enfadado.

–Estás recuperando el color –comentó Roman.

El pánico se había adueñado de él mientras corría entre bastidores y, en medio de ese alboroto, se había alegrado de estar al lado de ella, porque eso habría pasado aunque no hubiese estado él. Anya pensó que ya no volvería a sobrellevar nada sola, como lo había hecho durante tanto tiempo. Las expectativas de su madre, la presión, las exigencias de su profesión... ¿y su decisión de marcharse? Él seguía estando seguro de que había hecho lo que tenía que hacer, pero ella ya no tendría que hacer frente al mundo sola.

–Lo he estropeado todo –se lamentó ella–. Íbamos a salir...

–Todavía podemos salir, pero sin ti.

Él sonrió y ella supo que estaba bromeando.

–También podemos hacer una fiesta aquí –siguió Roman.

–Vaya fiesta –Anya tomó aire–. Sinceramente, no sé qué me pasó. Me sentía bien mientras bailaba...

–Estuviste increíble.

–Es posible que haya sido por el estrés de los ensayos o quizá...

Ella cerró los ojos porque no cambiaría nada de lo que había hecho el día anterior. No le había pasado por la conversación, por haberse quedado levantada hasta tarde o por haber hecho el amor. Había estado tensa y alterada toda la semana y, en realidad, el día anterior le había sentado bien.

–Bueno, ya no puedo esperar más –dijo Roman de repente.

–¿Cómo dices? –preguntó Anya frunciendo el ceño.

–He esperado muchos años para decirlo y no quiero esperar una noche más.

Sacó un estuche y un sobre desgastado del bolsillo. Ella tomó el sobre primero y dejó escapar unos grititos mientras leía la carta que había dentro.

Queridísima Anya:

Nunca he querido ser una carga para ti. Ya sé que no te lo he dicho nunca, pero te amo. Te he amado toda la vida y seguiré amándote una vez muerto.

Roman

No había besos ni corazones, ese no era el estilo de Roman.

–Nunca fuiste una carga.

Entonces, se enteró de que él se habría ocupado de ella incluso una vez muerto.

–Hice mi testamento para dejártelo todo. Si hubiese muerto, Dario u otro de mis compañeros se habría encargado de que recibieras esta carta y, si era posible, el pendiente que llevaba a todas partes.

Ella lo miró y comprobó que no solo la amaba, sino que sabía lo profundo que era su amor.

–Estabas junto a mi corazón cuando saltaba de los aviones, estabas conmigo en la guerra y, cuando creí que podía morir, también estabas conmigo.

No habría muerto sin que ella lo supiera y eso significaba un mundo para Anya. No la había olvidado.

–¿Por qué no me lo dijiste anoche?

–Anoche se trataba de despejar el ambiente.

–¿Y en la entrada de artistas? –insistió Anya–. Deberías habérmelo dicho antes de que siguiera adelante.

–No necesitabas mi amor para bailar como lo hiciste –contestó Roman–. Lo hiciste por ti misma, para ti...

Ella lo entendió un poco más. Roman abrió el estuche porque ella tenía gotas en el dorso de la mano y le temblaban los dedos.

–Ya es hora de que lo hagamos oficial, Anya. Eres mi familia, para siempre. Mañana, a la luz del sol, la piedra será del color de tus ojos. Esta noche es del color del fuego.

Roman no le pidió que se casara con él. No hacía falta. Se limitó a ponerle el anillo en el dedo y lo besó.

–Tantos años desperdiciados... –comentó Anya con un sollozo.

–No, no han sido años desperdiciados.

Efectivamente, ella se dio cuenta de que no lo habían sido. Roman era muy orgulloso y muy resuelto en todo lo que hacía y había vuelto con ella, y con su gemelo, cuando había estado preparado. Había vuelto orgulloso de poder reivindicar la vida que había tenido que dejar atrás.

–¿Y los hijos?

–Anya, te amo. Si eso es lo que quieres, podemos buscar otros métodos.

–¿Qué quieres tú?

Él nunca se había planteado que podría ser padre hasta que había tenido a Nadia en brazos. Entonces, había mirado a Anya y no la había considerado realmente una madre. Hasta ese momento. Algunos podían creer que Anya era gélida, pero él conocía su pasión y su amor.

–Sí –contestó él–. Es posible que podamos pensar en adoptar un niño algún día. Podríamos volver a Rusia... –estuvo a punto de quebrársele la voz porque nunca había pensado que podría volver, y menos a un orfanato–. Podemos resolverlo.

Una enfermera asomó la cabeza por detrás de la cortina y, al parecer, tenían visita.

–Puedo decirles que se esperen, o que se vayan a casa –se ofreció Roman.

–Me gustaría verlos –replicó Anya.

¡Quería enseñarles el anillo! Todos la rodearon. Los hombres iban vestidos con traje y estaban imponentes, sobre todo Daniil,

porque llevaba una bandeja con chocolate caliente, y las mujeres iban vestidas para ir al ballet y también estaban impresionantes. Ella podría haberse sentido espantosa porque llevaba la ropa del hospital, pero se sintió la mujer más hermosa del mundo cuando les enseñó el anillo. Observó que los gemelos se estrechaban la mano mientras los otros hombres les daban la enhorabuena y las mujeres gritaban.

–Tenéis que venir todos a Nueva York a pasar Fin de Año –dijo Sev.

Esa vez, Roman no puso los ojos en blanco y ella también iría porque la habían aceptado. Esa noche no la castigaban ni la juzgaban en silencio, al parecer, la querían como era. Brindaron con el chocolate caliente que Daniil había llevado para todos. Era la mejor fiesta después de un estreno que Anya había celebrado en toda su vida.

Entonces, el médico volvió y pidió a todo el mundo que esperara fuera, pero Roman se quedó.

–Él puede quedarse –dijo Anya.

El inglés y el ruso del doctor eran casi tan buenos como el francés de Anya y se dirigió a Roman.

–Pregunta desde cuándo has estado mareada –le tradujo Roman.

–Desde que comí las setas –contestó Anya con una sonrisa–. Desde que salí del escenario. Tuve náuseas antes, pero las tengo siempre... –pensó en todas las personas que habían trabajado tanto en la obra y en la decepción que sería que no pudiese actuar–. Dile que tengo que bailar. Quedan dos noches más y una matiné y...

–Vamos a ver cómo estás –la interrumpió Roman–. Pregunta cuándo tuviste el último período.

Ella se dejó caer en la almohada y pensó que quizá hubiese sido preferible que hubiese un intérprete porque iban a regañarla delante de Roman.

–Un año... –Anya sacudió ligeramente la cabeza mientras intentaba pensar–. Es posible que sean unos dieciocho meses. También puedes decirle al doctor que no necesito un sermón.

La traducción era malísima. Ella no podía entender que Roman tardara tanto en decir esas cuatro palabras ni que hiciera preguntas mientras hablaba el médico y no se las tradujera. Entendió que Roman hubiese necesitado tanto tiempo para aprender inglés.

–¿Puedes contarme lo que está diciendo? –le interrumpió Anya a mitad de una pregunta.

–Dice que los electrolitos y el nivel de hierro están muy bien, que estás en muy buena forma física, pero que es posible que necesites un pequeño sermón.

Roman volvió a hablar con el médico y le dijo que Anya se había excedido con la dieta, pero que últimamente había comido mejor y que nadie podía hacer lo que hacía ella todos los días y todas las noches si no estaba en una forma física increíble.

Anya se quedó tumbada con los ojos en blanco. Era la paciente y no tenía ni idea de lo que estaban diciendo. Entonces, miró a Roman, que se había quedado callado y le había agarrado la mano con más fuerza.

–¿Qué ha dicho?

Roman la miró, pero se había quedado pálido y ella tuvo la espantosa sensación de que algo iba muy mal.

–¿Estoy muriéndome?

–No, Anya –él empezó a sonreír por su exageración, pero se aclaró la garganta antes de hablar–. Dice que, si bien se alegra de que estés en tan buena forma física, vas a tener que cuidar la alimentación durante el embarazo...

El mundo empezó a darle vueltas otra vez, como cuando estaba en el escenario, pero no se oscureció. Fue como si el cielo se hubiese llenado de estrellas.

–No puedo estar embarazada. No he...

Sin embargo, ¿de qué servía decir nada? Roman estaba haciéndole preguntas al médico como si supiese lo que habría preguntado ella, y lo sabía.

–Has debido de ovular y, en vez de tener el período, te has quedado embarazada –le explicó Roman–. Quiere hacerte una ecografía.

Una enfermera le recolocó las sábanas y ella se quedó tumbada con la cabeza dándole vueltas y sin atreverse a sentir esperanza porque hasta una prueba de embarazo positiva podía estar equivocada.

Sin embargo, no lo estaba.

Todos miraron el circulito negro de la pantalla y era su hijo, vieron la palpitación de un corazón diminuto.

–Dice que la posición es buena –comentó Roman antes de quedarse escuchando lo que decía el doctor.

–¿Qué ha dicho? –le preguntó Anya.

–Que estás embarazada de seis semanas y que te harán otra ecografía más detallada dentro de unas semanas, pero que, por el momento, todo está bien.

–No puedo estar de seis semanas –replicó Anya.

–Anya –él la miró fijamente–, no pasa nada, no te alteres. Ya sé que no esperabas que yo reapareciera.

Él se dirigió al médico para hacerle una pregunta.

–Dice que eso explica las náuseas y los mareos, pero que puedes bailar y ensayar.

Sin embargo, no era eso lo que le preocupaba a ella en ese momento.

–Roman, dile que no puedo estar embarazada de seis semanas. Tú apareciste hace cuatro.

Roman volvió a hablar con el doctor.

–Dice que se concibió hace cuatro semanas, que en un ciclo normal, se calcula desde la fecha del último período.

Anya se quedó atónita y en silencio y dio las gracias con la cabeza al médico y la enfermera mientras los dejaban solos.

–Dice que puedes bailar mañana por la noche y en el futuro, que eres una atleta –él sonrió–. Y un pájaro de fuego embarazado...

–Es posible que no por mucho tiempo –Anya miró el anillo que llevaba en el dedo y le dijo la verdad–. No ha habido nadie desde ti.

–Anya, sé lo de Mika y tú...

Ella se acordó de que había apretado los dientes en la entrada de artistas y de lo mal que tenía que haberlo pasado al verlos bailar juntos cuando creía que Mika y ella tenían una relación, y supo cuánto la amaba Roman.

–No –le interrumpió Anya–. Eso solo es un rumor, lo digo de verdad. Cuando no pude conseguirte, me entregué en cuerpo y alma a la danza.

Pronto dejarían que todos entraran otra vez, le diría a su hermano gemelo que iba a ser padre y esos hombres que habían llegado desde muy lejos lo felicitarían por la maravillosa noticia, pero, por el momento, habló con el amor de su vida.

–Pasaré el resto de mi vida compensándote por los años

perdidos.

–Encontrados –replicó Anya–, no perdidos.

Epílogo

Sigue dormida.

Anya salió a la terraza y tuvo que sonreír por la impaciencia de Libby, que quería conocer a su nueva sobrina. Daniil, Libby y Nadia habían llegado esa mañana y llevaban más de una hora esperando, pero ella seguía dormida.

–Se despertó varias veces esta noche –les explicó Anya.

Se sentó y observó a Nadia, que, celosa, se dirigía con sus piernecitas rechonchas hacia el hombre que creía que era su padre y que tenía un bebé en brazos. Nadia extendió los brazos y dejó escapar un grito de asombro.

–Te has equivocado –le explicó Roman con una sonrisa.

Mientras Nadia volvía hacia su padre de verdad, Roman miró al hijo que tenía en brazos. Dominik tenía tres meses y, cuando Anya lo miró, se acordó de haber visto a Daniil con Nadia en brazos y de haber pensado que eso podría no sucederles a ellos. Sin embargo, había sucedido.

Anya había tenido que soportar las críticas de la prensa porque estaba demasiado delgada para estar embarazada, pero fue la última en reírse cuando dio a luz un chico enorme y con extremidades largas. En realidad, no se rio, había sido muy doloroso, pero Roman había estado a su lado diciéndole que podía hacerlo. Naturalmente, pudo con él a su lado.

Al ver a Roman con el recién nacido entre sus poderosos brazos, la trascendencia de ese momento permanecería en su corazón para siempre. Sus sueños se habían hecho realidad en más sentidos de los que ella se había atrevido a esperar.

Estaba de permiso en la compañía de danza, pero volverían a Rusia al cabo de tres meses. Se movían entre París y Rusia con naturalidad, les encantaban los dos países y estaban profundamente enamorados.

También habían estado en Nueva York para pasar el Fin de Año y lo habían pasado maravillosamente. Todos decidieron que lo

celebrarían todos los años. Sin embargo, Anya y Roman habían mantenido un secreto muy especial.

En Año Nuevo fueron a visitar a una niña pequeña que habían esperado que llegara a ser su hija. El comentario de Roman sobre la adopción les había hecho pensar y, cuando volvieron a Rusia para buscar una casa, después de que *El pájaro de fuego* hubiese terminado, mientras recorrían un edificio magnífico, habían hablado sobre cuántos dormitorios necesitaban y eso había llevado a que se preguntaran cuántos hijos querían tener.

–Si quieres más de uno, tienen que estar cerca –había dicho Anya con su claridad habitual.

Ella seguiría bailando. Quizá bailara menos representaciones al año, pero bailarí.

–¿Cómo de cerca? –le había preguntado Roman–. Es una pena que no vayas a tener gemelos.

–Lo sé –Anya había suspirado–. Habría sido perfecto, dos por uno...

Entonces, se habían mirado como si ninguno quisiese ser el primero en decirlo por si parecía un disparate. Sin embargo, los dos querían tener más de un hijo y lo que habían dicho antes de saber que estaba embarazada había sido casi como una promesa a un bebé que esperaba en algún sitio. El orfanato donde se había criado Roman ya no existía, pero sí había muchos niños que necesitaban un hogar. Anya notó la tensión de Roman cuando entraron en el *detsky dom*, pero se disipó enseguida. Oyeron las risas y miraron dentro del comedor. Había sido muy distinto, desde luego, pero también un poco parecido.

Los niños estaban charlando, había jarras de agua en las mesas y algunos estaban en fila para recoger la comida. Los cuidadores eran maravillosos y hacían todo lo que podían para que la infancia de esos pequeños fuese especial. Naturalmente, había problemas, pero también se veía felicidad.

Habían observado discretamente a algunos niños mientras jugaban y no habían sabido cómo podían elegir. ¿Preguntaban por el menos deseado, como había sido Roman? Ella, sin embargo, había pensado en Daniil, Sev, Nikolai y Roman y en cómo habría podido elegir. No habría podido.

El amor lo encontraba a uno.

Ella tenía tres años, el pelo rubio y unos rasgos muy especiales. Los dos la habían visto a la vez mientras jugaba y se reía.

–Háblenos de esa.

–*Tantsivat...*

La cuidadora les había explicado que le encantaba bailar y que creía que era una princesa, que lo creía de verdad. Ella se había vuelto hacia Roman, quien había sonreído. La cuidadora les había preguntado si se habían dado cuenta de que tenía el síndrome de Down.

–La mayoría la consideraría... inadecuada.

Sí, se habían dado cuenta de que tenía el síndrome de Down, pero ella era mucho más que eso.

–¿Cómo se llama? –le había preguntado Roman.

–Mónica.

Los dos supieron que había nacido para ellos. Mónica había sido la más alegre y despierta de las niñas, pero no tenía una familia, hasta ese momento.

Mónica había visto que unos desconocidos la miraban y que la mujer sonreía cuando bailaba. Había bailado un poco más y luego fue corriendo hacia ellos con los brazos extendidos. Anya la había tomado en brazos y Mónica le había llenado la cara de besos.

Dejarla allí había sido un infierno.

La habían visitado a menudo mientras se cumplían los trámites de la adopción y, entretanto, había nacido Dominik. La familia se había completado la semana anterior.

–¡Mamá! ¡Papá! –la voz de Mónica llegó por el intercomunicador.

Mónica lo repitió una y otra vez, como había hecho durante toda la semana que llevaba en casa. Era como una muñeca a la que le habían dado cuerda y practicaba las palabras que había querido decir siempre.

–Yo iré –dijo Roman.

Anya, sin embargo, no pudo evitarlo y lo acompañó. Se encontraron con Josie en la puerta, que también quería ir a saludarla. La adoraban y ella ya lo sabía.

Mónica estaba sentada en la camita rosa y tenía el pelo rubio de punta, como si se lo hubiesen frotado con un globo. Sonrió de oreja a oreja cuando entraron y alargó los brazos. Estaba encantada

porque papá y mamá habían contestado a su llamada y habían acudido con la encantadora Josie. Además, también habían llevado a su hermanito.

Roman se sentó en la cama y le entregó a Dominik. Anya lo observó mientras le enseñaba, con mucha paciencia, la mejor manera de sujetarlo. Dominik miró a su hermana mayor y sonrió.

–*Ne plach* –dijo Mónica.

Anya frunció el ceño porque Mónica le había dicho a Dominik que no llorara y estaba sonriendo. Entonces, se dio cuenta de que era Roman quien estaba llorando. Había mucho amor en ese cuarto, y fuera de él. Su gemelo estaba allí con su esposa y su hija. Tenía a toda la familia en casa. Roman se aclaró la garganta y se dirigió a su hija.

–Tenemos visita. Tu familia ha venido desde Inglaterra para verte.

Entonces, todos sonrieron cuando Mónica tomó una pequeña corona de plástico de la mesilla y se la puso. ¡Ya estaba preparada para conocerlos!

Roman llevó a Dominik y Mónica en brazos y le contó que los visitantes eran su tío, su tía y una primita que se llamaba Nadia.

–*Avísale* –le dijo Anya al acordarse del asombro de Nadia cuando corrió hacia Roman en vez de hacia su padre.

–No –replicó Roman con una sonrisa.

Él conocía a su hija. Salieron a la terraza y Mónica sonrió de felicidad y saludó a Libby con la mano como si fuese una reina. Libby se derritió en ese instante y, entonces, Mónica miró a Daniil,ladeó la cabeza y entrecerró los ojos azules. Luego, miró a su padre, volvió a mirar a Daniil y empezó a reírse. Tenía la risa más contagiosa del mundo.

Fue un día maravilloso, un día familiar, y, después de la cena, Daniil y Libby se marcharon con su hija a Londres con la promesa de que volverían muy pronto.

Mientras Roman estaba acostando a Mónica, Dominik empezó a llorar y Anya fue a tranquilizarlo. Entró en el cuarto de color limón y crema. Él estaba en la cuna antigua que ella había estado segura de que nunca se ocuparía y el corazón se le encogió de amor hacia su hijo. Tendría todo el amor que no había tenido su padre, como Mónica, y ella les daría apoyo en vez de obsesión para que fuesen lo

que quisieran ser. Igual que ella había tenido el apoyo de Roman, aunque a su manera. Abrió la puerta de su sala de danza. Tenía el picaporte muy alto para que los pequeños no pudieran interrumpirla cuando estaba entrenándose. Aunque casi siempre dejaba la puerta abierta y algunas veces hacía ejercicios con Dominik tumbado en una colchoneta. Esa misma mañana, Mónica la había acompañado y había imitado a su madre mientras se miraba en el espejo feliz de la vida. Roman había propuesto que pusieran una barra pequeña para ella.

Anya oyó la voz de barítono de Roman que le cantaba a Mónica esa canción que todavía le empañaba los ojos de lágrimas. Se tumbó en una colchoneta y lo escuchó. Roman había aprendido francés con la canción y estaba enseñándole lo mismo a su hija. Además, ya era una canción para ella.

Roman entró un poco después con dos copas y dos botellas, una de champán y la otra de agua mineral.

–¡Eh! –exclamó Roman con sorpresa cuando ella levantó la copa para que le sirviera champán–. ¿Qué es esto?

–Solo me has conocido embarazada o criando, Roman.

–No –replicó él–. Te conocí hace mucho.

Era verdad. Le llenó la copa y se tumbó mientras ella saboreaba el champán helado. Tenían muchas cosas que celebrar y chocaron las copas, pero Anya dejó la suya después de dar un sorbo... y él hizo lo mismo.

Mientras se besaban y hacían el amor, mientras él se movía dentro de ella, Anya se encontró mirando al espejo. Había cientos de imágenes de ellos, todavía creaban recuerdos inolvidables.